

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para enero-febrero de 2019
- 1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet
- 1.03. Premios y Distinciones de Montañeros de Aragón 2018
- 1.04. Reseñas desde el Comité de Montañismo
- 1.05. Nace la Fimoteca de Montañeros de Aragón: Vuelta a Casa
- 1.06. Se forma la Comisión del 90 Aniversario
- 1.07. Ciclo de Conferencias en la Sede
- 1.08. Mis primeros pasos en Montañeros
- 1.09. Felicita los 90 años del Club..., en la Biblioteca
- 1.10. Apuntes desde la Secretaría

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas socioculturales
- 2.02. Actualidad de Eduardo Martínez de Pisón
- 2.03. Pauner en el monte Vinson
- 2.04. Atlas 2018
- 2.05. Alpinist54
- 2.06. En la Biblioteca del Centro de Estudios Borjanos
- 2.07. Obituario
- 2.08. Anexo del BD66

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. Slow Mountain
- 3.03. Nuestros autores y sus libros: *Viajes al Centro de la Tierra*
- 3.04. Un texto para el cierre: *Nos ha dejado una pirineísta...*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Calendario programado para enero-febrero de 2019

13 de enero: Raquetas en el valle de Tena (Raquetas de Nieve).

20 de enero: Maestrazgo: Villarluengo, nacimiento del río Pitarque, Pitarque (Senderismo).

27 de enero: Recorrido por el entorno natural de Zaragoza (Mañanas del Domingo con Mochila).

3 de febrero: Circular por la Solana: Puyuelo, Cámpol, San Felices y Villamana (Senderismo).

10 de febrero: Raquetas en Javalambre (Raquetas de Nieve).

17 de febrero: Ruta Urbana, La Rioja (Senderismo).

24 de febrero: Raquetas en el valle del Aragón. Día del Raquetista (Raquetas de Nieve).

Febrero: Curso de Iniciación al montañismo invernal (Montañismo).

Proyecciones de montaña en el Club: una vez al mes se realizará una proyección sobre temas relacionados con la montaña y el pirineísmo en la Sede Social.

Salidas BTT: los sábados por la mañana se realizarán, previa comunicación en la web, salidas con bicicletas de montaña.

1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet

SENDERISMO

Belén Montañero.

Fecha: 16 de diciembre de 2018.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: baja.

Distancia: 9'6 km.

Desnivel acumulado de subida y bajada: + 542 m.

Material: botas de montaña, ropa de abrigo, impermeable, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

Promoción 2018: el precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificada la excursión al 50%.

Menú Navideño (en el refugio de Riglos):

Primeros a elegir: judías blancas montañesas (vegetarianas, no llevan cerdo); crema de calabaza; ensalada mixta. Segundos a elegir: carrillera de cerdo en salsa española; bacalao con salsa de piquillos; longaniza a la brasa. Postre: tarta de chocolate (si alguno no quiere hay yogures, natillas, flan...). Incluye: postre, agua, vino y café (La elección del primer y segundo plato se realizará en el momento de la inscripción).

Precio menú: 14 euros.

ACTIVIDADES SOCIALES

Mercadillo Navideño.

Compra, venta y cambio de material de montaña: del 11 al 21 de diciembre de 2018.

Ampliamos los días de nuestro Mercadillo Navideño para facilitar que puedas vender o comprar.

Recuerda que todo artículo o material que se presente habrá de estar en óptimas condiciones de uso e higiene y que la venta es exclusiva para socios. Recepción de material: del 3 al 10 de diciembre de 2018, de 18:00 a 21:00 h. Solo se admitirá material de socios de Montañeros de Aragón. La organización se reserva el derecho de rechazar el material o artículo que se considere en mal estado.

ANUARIO 2018

Los socios que deseen escribir en el Anuario 2018 deberán enviar sus artículos antes del 31 de diciembre de 2018.

Se realizará una selección entre todos los artículos recibidos.

ESCALADA

Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón

La Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón, ya está en marcha.

Las horas de entrenamiento serán los lunes de 17:15 a 18:15 y de 18:15 a 19:15 h, y los miércoles de 17:15 a 18:15 y de 18:15 a 19:15 h.

Además se realizarán salidas a rocódromos de la ciudad de Zaragoza y salidas a zonas de escalada en roca.

¡Plazas disponibles!

Si estás interesado en pertenecer a la Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón, puedes rellenar la ficha adjunta y enviarla al Club.

RAQUETAS DE NIEVE

Valle de Tena

El lugar exacto de realización en el valle de Tena se fijará más adelante, según las condiciones de la nieve.

Fecha: 13 de enero de 2019.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: fácil.

Material: raquetas de nieve, botas de montaña, ropa de abrigo, impermeable, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

Promoción: el precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificado al 50%.

COMISIÓN DEL 90 ANIVERSARIO

90 Aniversario de Montañeros de Aragón: 1929-2019.

Para el año que viene estamos preparando actividades de todo tipo, tanto deportivas como culturales o sociales, con motivo del 90 Aniversario de la fundación de *Montañeros de Aragón*. Por ello, solicitamos a nuestros

socios que, si tienen alguna sugerencia, se la hagan llegar al Comité del 90 Aniversario a través del correo: administracion@montanerosdearagon.org

Por adelantado: muchas gracias por vuestras ideas.

El número 68 del *Boletín Digital de Montañeros de Aragón* contará con un *Anexo* que, así lo esperamos, será de corte participativo. Por ello, hacemos un llamamiento a todos nuestros socios para que nos envíen, un texto en Word de unas 10 líneas explicándonos: cuándo y por qué ingresaron en Montañeros, cuáles fueron sus primeras impresiones aquí, o su primera actividad deportiva... La recogida de textos quedará cerrada el 15 de abril.

Todos los textos que recibamos serán publicados en número del mes de mayo de 2019. ¡Contamos con tu aportación...!

Nuria Moya

1.03. Premios y Distinciones de Montañeros de Aragón 2018

El pasado jueves 22 de noviembre tuvo lugar a las 20:00 h en la Sede la entrega de Premios y Distinciones de nuestro Club correspondiente a 2018. Como suele ser habitual en los últimos años, el salón social se mostraba bien surtido de rostros conocidos que acudieron para arropear a los galardonados. Así, se pudo ver entre el público a Joaquín Arcega, José Antonio Bescós, Melchor Frechín, Jesús Mustienes, José Soriano, Antonio Vicente, Carlos Pauner y largo etcétera. El acto fue conducido por Gonzalo Albasini, y en él intervino el presidente de *Montañeros de Aragón*, Ramón Tejedor, y el de la *FAM*, Luis Masgrau. Tras la referida entrega, el Club invitó a un vino español con aperitivo, que se ocuparon de hacernos llegar Manuel Calvo y sus amables colaboradores.

A destacar, entre todos estos actos, las palabras que dirigiera a los numerosos asistentes Ramón Tejedor, recordando a los miembros de nuestra Asociación recientemente desaparecidos...

En cuanto a los galardonados en este 2018, esta es la lista al completo:

Trofeo Eduardo Blanchard, a la mejor actividad en el año 2018, a Javier Camacho Gimeno.

Trofeo Rabadá Navarro, a la trayectoria deportiva, a Ignacio Javier García Berlanga.

Trofeo Edil, de veteranos, Alberto Carreras Gargallo y Julia Rouma Lauwaet.

Trofeo Víctor Carilla, a la mejor actividad juvenil, a Sonia Marquier Royo.

Placas de reconocimiento:

Javier Cantarero Nieto (q.e.p.d.).

Trofeo Jerónimo Lerín.

Club Alpino Universitario.

Alberto Martínez Embid.

Ursicino Abajo, Ramón Córdor y Luis Antonio Oro.

Socios Honorarios (Insignia de plata):

Socia nº 776, Carmen Santiago Lacarte, desde el 20 de febrero de 1954.

Socio nº 1.838, Joaquín Bravo Viesca, desde el 6 de noviembre de 1961.

Socio nº 2.838, Jesús Pérez Cuartero, desde el 3 de enero de 1968.

Insignia de Plata (50 años de pertenencia al Club):

Socio nº 1.006, Salvador Morales Arrizabalaga, desde el 1 de febrero de 1956.

Socio nº 1.149, Francisco Javier López Turón, desde el 1 de marzo de 1958.

Socia nº 1.339, María del Carmen Babier Torres, desde el 5 de julio de 1960.

Socia nº 1.848, María Ángel Montaner Roy, desde el 30 de junio de 1961.

Socio nº 1.972, José Julián Bravo Lahoz, desde el 31 de octubre de 1962.

Socia nº 2.097, María Pilar Montaner Roy, desde el 1 de enero de 1964.

Socio nº 2.160, Carlos Babier Torres, desde el 18 de marzo de 1964.

Socio nº 2.185, Alfredo Adolfo Sánchez Marco, desde el 16 de junio de 1964.

Socio nº 2.350, Luis Frechín Buil, desde el 27 de enero de 1965.

Socia nº 2.446, Esther Babier Torres, desde el 9 de septiembre de 1965.

Socio nº 2.531, Esteban de Pablo Cabrero, desde el 25 de enero de 1966.

Socia nº 2.576, María del Carmen Frechín Buil, desde el 29 de marzo de 1966.

Socia nº 2.766, María Aranzazu Díaz Saenz, desde el 31 de agosto de 1967.

Socio nº 2.767, Juan José Díaz Saenz, desde el 31 de agosto de 1967.

Socio nº 2.768, José Ignacio Díaz Saenz, desde el 31 de agosto de 1967.

Socio nº 2.931, José Enrique Gracia Pasamar, desde el 5 de octubre de 1968.

1.04. Desde el Comité de Montañismo

Actividad de Senderismo "Belén Montañero": Circular a los Mallos de Agüero con subida a punta Común.

Fecha salida: 16 de Diciembre de 2018.

Hora y lugar de salida del autobús: 7:00 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: baja.

Desnivel acumulado de subida y bajada: 542 m.

Distancia total recorrida: 9'6 km.

Monitores: Alfredo Barberán y Pilar Bernardos.

El Belén Montañero es una forma de festejar, conmemorar y empezar a celebrar en la montaña las festividades navideñas. Se trata, por lo tanto, de una actividad festivo montañera, pero más lo primero. Realizaremos una excursión corta de media mañana, llevando cada uno lo que considere, cava, sidra, moscatel, turrón, mazapanes, etcétera, que luego compartiremos entre todos, mientras cantamos villancicos y así lo celebramos. También es aconsejable llevar algún atuendo navideño como gorros de papá Noel, o lo que cada uno considere. Después iremos a comer todos juntos a un restaurante para acabar la celebración.

En esta ocasión el lugar elegido es la bella localidad de Agüero, donde recorreremos sus afamados Mallos y subiremos a punta Común.

Subiremos por la cara este de los Mallos hasta llegar a Punta Común, con bonitas vistas hacia los mallos de Riglos y de Agüero, y también de Peña Rueba. En este pico tomaremos los turroneos y bebidas aportadas por los asistentes.

Luego bajaremos hacia Agüero, pasando por la cara oeste de los Mallos, y nos acercaremos para visitar la cueva de Al Foraz. Después nos trasladaremos en el bus hasta la cercana localidad de Riglos, donde comeremos.

1.05. Nace la Filmoteca de Montañeros de Aragón: Vuelta a casa

He vuelto a Montañeros. Lo dejé con pena el día que siendo un chaval decidí irme de aquí para cimentar mi futuro. Se iban muchas alegrías, los primeros contactos con el Pirineo, la nieve, los esquís junto a mi padre... y lo recuerdo como si fuera ayer.

He ido a la biblioteca para saber de todo este tiempo pasado, leyendo publicaciones que se han ido editando a medida que iba cumpliendo años. Y es que a todos nos pasa el tiempo... la vida es otra cosa.

Y leyendo un libro del 80 aniversario, año 2009, hubo un artículo que me llamó la atención. Era sobre cine en el Pirineo de un tal Miguel Vidal (¡qué grande!) rodado cuando las películas eran en blanco y negro. Y de todas ellas, una película me cautivó, la ascensión al Aneto en un año en que mi tío Andrés Izuzquiza era presidente de Montañeros. Buscar esa película para intentar ver a mi padre y a mi tío, ha sido casualmente el comienzo del nacimiento de la videoteca en Montañeros.

Actualizar las cintas y super8 de todo Montañeros de Aragón resulta bonito, porque es recobrar el esfuerzo de nuestro pasado y descubrir nuestra identidad. Eso sí que no cambia, sigue siendo un constante a pesar de los años. ¡Y que no falte! Animaría desde aquí que aportes lo que te resulte interesante.

Comenzar con películas de Miguel Vidal será un primer paso importante para conocer nuestro pasado y el sentir de Montañeros. Un sentido homenaje y más ahora que en 2019 cumpliría cien años. Y es que ya lo dijo Almarza, primer presidente de Montañeros: Conocer para poder enseñar, lo más hermoso de Aragón: sus montañas.

Francisco Izuzquiza

1.06. Se forma la Comisión del 90 Aniversario

En la pasada Junta Directiva del 27 de noviembre, Ramón Tejedor encargó a Alberto Martínez que formara una Comisión que plantease y, de ser aprobadas, sacase adelante las diferentes actividades a realizar durante 2019 con motivo de los 90 años de la fundación de *Montañeros de Aragón*.

El 13 de diciembre tuvo lugar una primera reunión, tanto de contacto como de puesta en marcha de los asuntos más urgentes..., como este BD66, o la proyección y la exposición en la Sede de finales del mes de enero. También se

decidió realizar llamamientos a los socios para que colaboren tanto en la aportación de sugerencias como en los contenidos del Anexo del BD68.

La todavía provisional Comisión del 90 Aniversario ha quedado compuesta por diez socios de *Montañeros de Aragón*: Gonzalo Albasini, Manuel Calvo, Isabel Ezquerro, Miguel Ángel Gil, Alfonso Gimeno, Quique Gracia, Blanca Latorre, Jennifer Martín, Alberto Martínez y Nuria Moya. Entre los colaboradores que ya se han ofrecido para actuaciones puntuales, destacar a: Chema Agustín, Javier del Valle, Rubén Espinosa, Ignacio Ferrando, Alberto Hernández, Marta Iturralde, Francisco Izuzquiza, Jesús Pérez, Pedro Salaverría, Julio Viñuales...

Las diferentes actividades, una vez sean aprobadas en Junta, se comunicarán a través de nuestros medios con la mayor brevedad, con vistas a que la participación en las mismas de nuestros socios y amigos sea la mayor posible.

Todos aquellos miembros de *Montañeros* que deseen hacer llegar a esta Comisión alguna idea, lo pueden hacer a través de nuestra Secretaría.

1.07. Ciclo de 10 Conferencias en la Sede

Además de la recolecta de películas referidas a *Montañeros de Aragón* que se acaba de poner en marcha, está previsto que a lo largo de 2019 tenga lugar un ciclo de diez audiovisuales en la Sede del Club. Inicialmente programados para los últimos martes de cada mes, salvo en julio y agosto (que no habrá), a 19:00 h. Los dos primeros audiovisuales correrán a cargo de Alberto Martínez: 29 de enero de 2019: "Pioneros del Parque Nacional de Ordesa: de Ramond a Briet".

26 de febrero de 2019: "Los inicios del esquí en Aragón: 1904-1936".

¡Os esperamos!

1.08. Mis primeros pasos en Montañeros

Los seis números del BD de este 2019 tan especial para nuestra Asociación llevarán, al final, un Anexo donde se recogerán textos relacionados con *Montañeros de Aragón* o con la cultura de nuestros deportes en general. Con especial atención a las montañas más cercanas, tradicional escenario de las salidas del Club desde 1929: Pirineos y Sistema Ibérico.

Además, el número 68 del Boletín Digital finalizará con un Anexo que, al menos así lo esperamos, tendrá un espíritu especialmente participativo. Por ello, hemos realizado a través de nuestras diversas redes un llamamiento a todos los socios para que envíen a la Secretaría del Club un texto en Word de unas 10 líneas explicándonos: cuándo y por qué ingresaron en *Montañeros*, cuáles fueron sus primeras impresiones en este Club y la primera actividad deportiva que realizaron...

La recogida de artículos sobre "Mis primeros pasos en Montañeros" ya ha comenzado, y quedará cerrada el 15 de abril, dado que el BD68 subirá a *la Nube* a comienzos de mayo de 2019.

¡Contamos con tu participación!

1.09. Felicita los 90 años del Club..., en la Biblioteca.

Una de las antiguas costumbres de los inicios de *Montañeros de Aragón* era el incremento de los fondos de nuestra Biblioteca a través de las donaciones. Así, para festejar este Aniversario hemos puesto en marcha una campaña para que los socios acrecienten sus estantes, accesibles a todos, obsequiando un libro de montaña o de otras facetas relacionadas con las diversas variantes, culturales o deportivas, que se desarrollan en la naturaleza.

Se puede dejar constancia de este bonito detalle a través de una dedicatoria a los 90 años de Montañeros en la primera página, si así se desea...

Esperamos vuestras contribuciones con las que incrementar uno de los orgullos de esta Casa: su Biblioteca, todo un eje cultural...

1.10. Apuntes desde la Secretaría

Como ya hemos anticipado, a comienzos del mes de diciembre se realizó un llamamiento para la recogida de artículos con vistas a confeccionar de inmediato el Anuario 2018. Los socios que deseen escribir en este medio a papel sus experiencias montañeras, deberán entregar sus trabajos (texto, imágenes, dibujos...) en formato digital en nuestra Secretaría, ya sea trayendo un pendrive, ya sea enviando el material a: administracion@montanerosdearagon.org

Se realizará una selección entre todos los artículos recibidos.

¡No olvidéis recoger en Secretaría los ejemplares del Anuario de años anteriores que os falten!

Poco a poco, el *stock* de camisetas y cortavientos con el anagrama de *Montañeros de Aragón* va disminuyendo. Aprovechad, mientras queden tallas, para hacer un bonito y práctico regalo en estas fechas...

Por otra parte, con motivo de las fiestas navideñas, el Club permanecerá cerrado los días 24, 25 y 31 de diciembre de 2018, así como del 1 al 7 de enero de 2018.

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Notas socioculturales

Nuestro consocio Pedro Salaverría es, sin duda, un excelente montañero y un gran fotógrafo profesional. A menudo documenta de forma desinteresada los actos del Club. Recientemente ha modificado su Web, que desde aquí animamos a visitar a través del siguiente enlace:

http://pedrosalaverria.com/?fbclid=IwAR3mw7Ktt_pCK_cwR1EEsvD1loeFWXo99nym9NSCpfKKyyJXS3VS1MvBX4o

Por otra parte, el viernes 14 de diciembre nuestro apreciado Rafael Margalé presentó un libro-inventario sobre "Los Cruceros, Cruces, Pilaes y Esconjuraderos de la Comarca del Sobrarbe". Fue en la Sala de Cultura del Ayuntamiento de Boltaña a las 19:00 h.

El pasado puente de la Inmaculada, un socio de esta Casa, Julio Viñuales, participó en las Jornadas Culturales que organiza el Ayuntamiento de Biescas mediante un audiovisual sobre sus experiencias sobre dos tablas. En breve podremos ver a Julio en uno de los audiovisuales en nuestra sede...

Para cerrar, decir que Alberto Martínez presentó otro audiovisual sobre algunos "Nacederos de ríos de Aragón" el pasado 20 de diciembre a las 19:00 h. Lo hizo en la Sala Pilar Sinués del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza.

2.02. Actualidad de Eduardo Martínez de Pisón

Nuestro consocio está viviendo un otoño del todo apasionante. Tanto por su nombramiento como Catedrático de Parques Nacionales como por sus diversas publicaciones. No extraña que desde diversos foros editoriales se difundan perfiles suyos como el que aquí reproducimos:

"Catedrático Emérito de Geografía en la Universidad Autónoma, es Premio Nacional de Medio Ambiente por su implacable defensa de la naturaleza. Tiene varias medallas de oro y de plata otorgadas por la Real Sociedad de Alpinismo Peñalara en reconocimiento a su participación como coordinador científico en expediciones al Everest, al Gurja Himal y al Nanga Parbat, así como por sus trabajos geográficos en las montañas del mundo. Su contribución al conocimiento y protección de la montaña le hizo Miembro de Honor del Grupo de Alta Montaña Español (GAME), Premio Nacional 2001 de la Sociedad Geográfica Española, Premio Nacional 2002 y Socio Honorario del Club de Exploración y Aventura de España, Encomienda de Número de la Orden Civil del Mérito Medioambiental, Distinción Aurrulaque-2002 por las aportaciones a la Sierra de Guadarrama..., y un largo, larguísimo, etcétera de otras merecidas distinciones. Últimamente, además, se le ha nombrado titular de una recién creada Cátedra de Parques Nacionales".

Entre los diversos actos en los que ha participado, destacar el del 30 de noviembre, a resultas del Día Internacional de las Montañas, en el *Geoparque Mundial UNESCO Sobrarbe-Pirineos*. Fue en el Salón de Actos Pedro Sanromán, en la Sede de la Comarca de Sobrarbe, en Boltaña: a las 19:30 h. Los carteles promocionaron dicho acto: "Eduardo Martínez de Pisón, Catedrático Emérito de Geografía Física de la Universidad Autónoma de Madrid, conferencia y coloquio: La protección de la montaña".

Como es bien sabido, Eduardo editó este otoño un nuevo libro, cuyos detalles constan en la Web de su editorial:

<http://forcolaediciones.com/producto/viajes-al-centro-de-la-tierra>

Sobre estos *Viajes al Centro de la Tierra* se han escrito reseñas muy positivas, alguna tan rotunda ("simplemente brillante") como la firmada por Ángel M.R. para el *Periodista Digital*:

<https://www.periodistadigital.com/ocio-y-cultura/libros/2018/11/19/viajes-al-centro-de-la-tierra-noticias-literarias-de-homero-a-jules-verne-simplemente-brillante.shtml>

Dicho comentario puede completarse con la siguiente entrevista para *Radio Euskadi*, buscando en el minuto 19:45 del podcast:

https://www.ivoox.com/en-familia-asia-central-viajes-al-centro-de-audios-mp3_rf_30720399_1.html

Por nuestra parte, añadiremos que la reseña de su última obra, los *Viajes al Centro de la Tierra* (Fórcola, 2018), puede leerse en el apartado 3.02. de este mismo BD66.

2.03. Pauner en el monte Vinson

El pasado 16 de diciembre, Carlos Pauner conseguía cerrar felizmente su último proyecto de las "7 Cimas", tal y como se anunciaba desde las redes de *Montañeros de Aragón*:

"Carlos Pauner ha coronado el monte Vinson. Carlos Pauner, el domingo 16 de diciembre, en un segundo intento ha coronado el monte Vinson (4.892 metros), ubicado en la Antártida. Culmina así su proyecto "7 Cimas": Everest (2013), Monte Elbrus (2015), Aconcagua (2015), Kilimanjaro (2016), Pirámide de Carstenz (2016), Denali (2017), Monte Vinson (2018). ¡Enhorabuena, Carlos!".

Por su parte, desde su página oficial [<http://www.carlospauner.com/blog/>], así se anticipaba en 2017 este nuevo objetivo de nuestro consocio:

"Damos comienzo a los preparativos de la que será la sexta expedición de Carlos Pauner dentro de su proyecto "7 Cimas": la ascensión al monte Vinson en la Antártida. Tras los éxitos en las cumbres de Europa (Elbrus), África (Kilimanjaro), Sudamérica (Aconcagua), Oceanía (Pirámide Carstenz) y Norteamérica (Denali), llega el turno de desplazarnos hasta la inhóspita Antártida para coronar su montaña más elevada, el Macizo Vinson.

"El Vinson es una montaña de 4.897 metros sobre el nivel del mar, situada en la cordillera Sentinel a escasamente un kilómetro del Polo Sur. La Antártida es el último continente virgen del planeta, y las condiciones extremas de su climatología hacen que cualquier expedición que se plantee en su suelo se convierta en una auténtica aventura. Su ascensión está reservada a unos pocos y puede compararse en sus últimos 3.000 metros a la de un ochomil por su frío y dureza.

"Por todo ello comenzamos a preparar con tiempo una expedición que se antoja apasionante para Carlos Pauner, dispuesto, tras haber alcanzado las 8 cimas más altas del planeta, coronar con éxito su aventura de "7 Cimas" al hoyar las siete cumbres más representativas de los siete continentes".

Ni que decir tiene, la noticia ha tenido un amplio seguimiento desde los medios de comunicación. Así, hay que destacar el texto que se publicaba el 17 de diciembre desde la edición digital del *Heraldo de Aragón*, que recomendamos visitar para leerla al completo y disfrutar de sus imágenes [https://www.heraldo.es/noticias/deportes/2018/12/17/carlos-pauner-corona-monte-vinson-1283269-307.html?fbclid=IwAR3F4xMoV_7vI4UdNbfjJ3YVmdWJuvAX7czUDwDpKt4bViYwAMYMMuFm2Uo]:

“Carlos Pauner, tras coronar el monte Vinson: “Han sido condiciones muy duras”. De esta forma, el montañero aragonés culmina su proyecto “7 Cimas”, consistente en hollar las cimas más altas de todos los continentes.

“Tras alcanzar su objetivo, volvió a descansar al Campo 2, antes de comenzar la vuelta al campamento base. Ahora toca regresar a casa tras esta complicada ascensión al gigante helado. En principio, la llegada a España está prevista para el viernes 21 de diciembre, para lo que tendrá que tomar antes un total de cinco aviones.

“A diferencia de otras expediciones en las que ha combinado riesgo y dificultad técnica, necesarios para completar los catorce ochomiles que Pauner tiene en su haber, en esta ocasión su principal preocupación era la capacidad de adaptación “a un medio hostil”, con temperaturas de 50 grados bajo cero y con vientos catabáticos (de más de 100 kilómetros por hora) que podían provocar que la sensación térmica sea más baja aún.

“El montañero jaqués inició el desafío el martes 4 de diciembre, cuando se desplazó a Santiago de Chile. De allí viajó a la ciudad de Puerto Arenas para coger un vuelo que, finalmente, le dejó en las llanuras de la Antártida para ascender su cima más alta, el monte Vinson.

“Pauner aprovechó el verano austral, con la ventaja de que dispuso de muchas horas de luz, para tratar de hacer cima en un monte que fue ascendido por primera vez en 1966, que muy pocos aventureros han hollado, y cuya dificultad radica en los últimos 3.000 metros debido al clima continental, al aire polar, a las bajas temperaturas y a los vientos catabáticos con sus más de 100 kilómetros por hora.

“Las “7 Cimas” es un proyecto alpinístico internacional que tiene como objetivo alcanzar los siete picos más altos de cada continente (se diferencia el norte y el sur de América, y se incluye la Antártida). Pauner inició el desafío hace cuatro años, y únicamente el quedaba el Monte Vinson por completar. Anteriormente, ya logró hollar sus otras seis cimas: el Everest (2013), el Monte Elbrus (2015), el Aconcagua (2015), el Kilimanjaro (2016), la Pirámide de Carstensz (2016) y también el Denali (2017)”.

Aportaremos una segunda visión de la noticia. Esta vez, por cuenta de la edición digital de *El Periódico de Aragón* del 18 de diciembre, a la que se puede acceder a través de este link para leerla al natural [https://www.elperiodicodearagon.com/noticias/deportes/carlos-pauner-culmina-siete-cimas-vinson_1330956.html?fbclid=IwAR0kNXuC9NnpsBrRsE51vR_u30EcZ0TaOET-qKwR8kvDKTigu0-eKzfPOPk]:

“Carlos Pauner culmina las siete cimas con el Vinson. A las 21:00 (hora española) del domingo, Carlos Pauner alcanzó la cima del Vinson, en el corazón de la Antártida, de 4.897 metros de altitud. Las condiciones climatológicas de frío extremo y viento dificultaron la empresa del zaragozano, que alcanzó la cima en el segundo intento tras haberlo probado por la mañana del mismo domingo. Tras el éxito bajó a descansar al campo dos y, posteriormente, al base. Su regreso a Zaragoza está previsto para el 21 de este mes.

“Con el Vinson, Pauner culmina el último proyecto alpinístico en el que se había embarcado, llamado “7 Cimas” y consistente en hollar todas y cada una de las cumbres más elevadas de cada continente. La aventura comenzó en el Everest (8.848 metros) en el 2013. En el 2015 sumó el Elbrus (5.642 metros) y el Aconcagua (6.962 metros) correspondientes a Europa y América del Sur, respectivamente. En el 2016 añadió el Kilimanjaro africano (5.895 metros) y la Pirámide Carstensch en Oceanía (4.884 metros). El año pasado fue el turno del Denali, en América del Norte (6.194 metros) y el Vinson ha cerrado el proyecto”.

Lo dicho: nuestra más cordial enhorabuena, Carlos...

2.04. Atlas 2018

Seguimos con el mundo expedicionario de los *Montañeros de Aragón*. Durante este otoño pasado, tres conocidos socios de la Casa, Ursicino Abajo, Ramón Córdor y Luis Oro, repitieron una experiencia montañera llevada a cabo medio siglo atrás. Desde el *Heraldo de Aragón* se editó en digital este interesante reportaje sobre su aventura:

<https://www.heraldo.es/noticias/deportes/2018/11/05/atlas-marruecos-anos-primera-expedicion-montana-aragonesa-1275777-307.html>

Se puede completar dicha reseña relejendo ese cuadernillo con la descripción del primer viaje, editado por su Club hace ya cincuenta años:

http://bibliotecavirtual.aragon.es/bva/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?pat h=3708801

2.05. Alpinist54

Alpinist54 es el último proyecto del artista plástico, montañero y consocio Chema Agustín. Un ejercicio de compilación, en formato baraja de cartas, de la historia del alpinismo, la escalada, el ochomilismo y la exploración.

Desarrollado mediante dibujos a lapicero y tinta china en composiciones sobre papel y formato DIN A3. Una vez digitalizado ese conjunto de más de 50 dibujos se han maquetado al formato de baraja francesa. En ella se distinguen las siguientes características...

Baraja de naipes con los palos diferenciados por temática: alpinismo (diamantes), escalada (corazones), himalayismo (picas), exploradores (tréboles).

Veinte personajes históricos que han realizado grandes hazañas en la historia del alpinismo, la escalada, la aventura y la exploración (R. Messner, W. Bonatti, R. Amundsen, J. Cousteau...).

Montañas y lugares emblemáticos donde trazaron sus rutas increíbles (Everest, K-2, Eiger, Antártida...).

Colección de materiales (clavos, tornillos de hielo, instrumentos de navegación...).

Tablas informativas que aglutinan más de cinco siglos de historia (Paso del Noroeste, tabla UIAA, expediciones marítimas, expediciones invernales...).

Más de 200 referencias en 52 cartas y 2 comodines realizados en composiciones ilustradas a mano.

Todo ello bajo un hilo conceptual que ensalza la historia de las gestas al más puro estilo alpino, destacando las repeticiones y aperturas ligeras, rápidas o repeticiones sin oxígeno.

Una baraja que pretende con un estilo editorial acercar al espectador a ese espíritu romántico y de aventura que subyace en los personajes e historias retratadas en las 54 cartas que la componen.

Pequeños textos acompañan las cartas junto con algunas tablas informativas que ayudan a completar la extensa colección de retratos e imágenes de paredes de las distintas cordilleras recogidas.

Un juego de cartas que permitirá tener entre las manos siglos de inquietud y aventuras que siempre han recorrido y recorrerán a aquellos cuyos corazones laten fuertemente.

“Un extraño encanto se desprende de la montaña que, al atardecer, tiene la belleza del otoño” (*Gaston Rébuffat*).

2.06. En la Biblioteca del Centro de Estudios Borjanos

Es costumbre asentada entre los socios de *Montañeros de Aragón*, cuando se desplazan a otras asociaciones para conferencias, lleven como obsequio un lote de revistas. A lo largo de esta primavera, así se ha realizado con la *Tertulia Albada*, la Biblioteca Municipal de Alfamén, el Albergue de Morata, el Centro Cultural del Ayuntamiento de Tarazona, el Club Alpino Universitario... También se hizo una donación de revistas al *Centro de Estudios Borjanos*, que de este modo han querido agradecer:

<https://cesbor.blogspot.com/2018/05/revistas-recibidas-133.html#more>

2.07. Obituario

Noviembre ha sido un mes duro para *Montañeros de Aragón*. Tres de sus socios más significativos nos dejaban los días 20 y 21: Maruja Pasamar Ubau (viuda de Julián Gracia); María Pilar Sáenz Cornago (esposa de Pepe Díaz) y Santiago Tomey (yerno de Ricardo Arantegui). En pocas horas coincidieron en el Cementerio de Torrero zaragozano los Velatorios y Sepelios por los tres socios desaparecidos. Fueron muchos los miembros de *Montañeros* que se dieron cita en los diferentes Funerales para arropar a sus familiares y amigos, todos ellos notablemente apesadumbrados.

A modo de anticipo de los textos que ya hemos solicitado a sus finados, sirvan estas líneas destinadas a la desaparecida Maruja Pasamar:

“Hace unos años, cuando se fue Julián, dejé escrito que Julián siempre había sido algo más que el padre de Quique. Le ha llegado el momento a Maruja, y sí, Maruja también fue más que la madre de Quique. De pocas personas puedo guardar tan grato recuerdo. Con su inacabable oratoria, que casi era capaz de dejarte sin aire. Con las excelentes meriendas que nos preparaba los viernes

por la tarde, cuando íbamos a su casa a ver diapos y videos. Con su inagotable energía, que los amigos de Quique siempre nos preguntábamos de dónde sacaba. Maruja fue de esas personas que te dejan huella y nunca olvidas”.

Pedro Salaverría

2.08. Anexo del BD66

Junto con la aparición del Calendario de Actividades para 2019, el *Boletín Digital* número 66 es una de las primeras ocasiones en las que va a verse el Logo especial para el 90 Aniversario de la fundación de *Montañeros de Aragón*. Los seis *BD* de este año llevarán un *Anexo*; por lo general, con jalones de la historia de nuestra Asociación. Unos textos que serán complementados con escritos referidos a escenarios importantes para esta Casa. Tal es el caso del *Anexo del BD66*, dedicado a los cien años de la puesta en marcha del *Parque Nacional del Valle de Ordesa*. Abrirá su selección de artículos un oportuno prólogo de Ramón Tejedor quien, por un lado, está presente en la Comisión del centenario del parque nacional aragonés y, por otro, es el presidente de este Club que se apresta a cumplir sus noventa años de trayectoria...

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. Slow Mountain

Muro de Baños

Octubre de 2018.

A Enrique.

“De Escalona a Labuerda es un agradable paseo donde apenas hay desnivel y exige poco esfuerzo. Es subir desde Escalona a una aldea abandonada llamada Muro de Baños que se alza altiva en lo alto, dominando lejanas vistas de esta comarca denominada Sobrarbe, desde el macizo de Monte Perdido al norte hasta el pantano de El Grado al sur, unidos por el río Cinca y acompañado por la colosal peña Montañesa. ¡Una vista que llena de verdad!

“La torre vigía de la iglesia se alza sólida y aguanta firme, junto a las escasas casas abandonadas que se desmoronan con el paso del tiempo. El conjunto encierra un reducido espacio, una placita, en donde la imaginación hace soñar viendo el humo saliendo por sus chimeneas, a sus habitantes bailar en los días de fiesta al aire libre, sentir el eco de la pelota rebotar en la pared ciega jugando al frontón o ver entrar en la herrería a alguien con su mulo llevando un instrumento o una herradura para algún arreglo. Unas viejas alpargatas bajo el arco de piedra de un zaguán del siglo XVIII nos transmiten la pena y el dolor de aquellos que se marcharon ya para no volver.

“La naturaleza poco a poco va reduciendo a la nada todo aquel paisaje urbano que en un tiempo floreció, regresando al mismo paisaje natural que había antes de ser construido por el hombre para ese fin que le vio nacer, pues todo se acaba y desaparece con el tiempo y eso nos entristece. La realidad es así.

Somos un punto en el infinito. Hace pocos años se marchó el último habitante de la aldea, por soledad, sin embargo unos pocos, los últimos perdidos de la última generación perdida, decidieron quedarse y dormir para siempre, imaginando en sus sueños eternos el tañir de la campana que aún perdura y que marcaron sus vidas”.

A los pies de Tendeñera

Noviembre de 2018.

A Silvia, por su simpatía y su positivismo.

“Desde Linás de Broto se divisa río Sorrosal arriba, el macizo de Tendeñera. Hoy no se ve, se lo imagina uno, porque la niebla impide su visión y la lluvia la ilusión. Aun con todo, bajar del autobús pisando por primera vez nieve levanta el ánimo a cualquiera y es anuncio de que termina el otoño y se acerca el frío de verdad. Y son estos cambios de la naturaleza lo que me gusta realmente de cada estación. Ascender por el camino o la pista es igual de bonito, y más con la nieve que nos acompaña y el sonido del agua que baja con fuerza.

“Casualmente, al acercarnos a un puente de piedra sobre el río es cuando el tiempo cambia radicalmente y se nos abre el macizo imaginado, emergiendo sobre los montes y los pinos completamente nevados como una postal navideña. Un paisaje frío que calienta el corazón. Manuel, el gran guía Manuel, me indica hacia lo alto el Tozal de las Comas completamente nevado y que hace unos meses ascendimos. Este subir aquí y allá los domingos me hace conocer la geografía, nuestro territorio y a nosotros mismos. Y la alegría del momento hizo que algunos se convirtieran como niños y comenzaran a tirarse bolas de nieve. Será el subconsciente. ¿Acaso en la montaña no nos mostramos como niños que no paramos de descubrir algo sorprendente?

“Y ascender en fila de a dos en silencio y al mismo compás, sobre ese manto deslumbrante de nieve virgen, me hacía sentir como en una procesión religiosa, y me preguntaba si la montaña no es como una iglesia con sus agujas apuntando al cielo y a donde acudimos a buscar la soledad y a refugiarnos en nosotros mismos para encontrar nuestra verdad bajo el cimborrio de la bóveda celeste. Supongo que todo debe tener relación directa con el poder purificador del agua de la cascada como final de la ascensión y su relación con el ciclo de la vida, de nuestras vidas”.

Agüero. Belén Montañero

Diciembre de 2018.

“La última excursión del año se llama por tradición Belén Montañero y representa el inicio de las fiestas navideñas. Esta vez ha sido en Agüero y para mí una novedad por ser la primera vez que asisto. Llegar al Reino de los Mallos es ver el portal de nuestro Pirineo. Riglos con su inmensa pared vertical rojiza siempre me hace detener la mirada en la belleza de sus formas, textura y color. Muchos alpinistas logran escalarlo hasta su cima como forma de captar su poderío. ¡Grandeza moral y espiritual!

“La lluvia no ha sido impedimento para ir a la enigmática Iglesia románica de San Pedro, y sumergirnos en la oscuridad de sus muros pétreos y romper su

silencio cantando todos juntos al unísono, dirigidos por el simpático fotógrafo Roberto. Algo tienen estos espacios que nos lleva a la paz interior y al canto. Ahora y siempre, como demuestra un capitel de la entrada. Será la calidez de sus piedras.

“Subir hasta la cueva llamada de Al Foraz es adentrarse tras los mallos en un mundo mágico acogedor y sagrado. La neblina desdibujaba el paisaje del entorno, en donde surgía inesperadamente el vuelo de algún buitre a lo alto. Ver a los tres Reyes Magos bajo la bóveda pétrea, ha sido vivir de otro momento espiritual donde no hace falta más imágenes religiosas. Me he unido a ellos por sentir si todo es sueño o realidad, y poder compartir ese momento... Y en un instante, ya sin necesidad de director, la gente ha explotado cantando villancicos bailando y compartiendo la bebida y los dulces de Navidad. Me ha parecido como una misa de Navidad, donde en esencia se comparte la alegría de todas las excursiones del año y en el fondo de cada uno es pedir que vuelva a suceder. Ilusión y optimismo. Seguro que sí!”.

Francisco Izuzquiza

3.02. Nuestros autores y sus libros: *Viajes al Centro de la Tierra*

MARTÍNEZ DE PISÓN STAMPA, Eduardo, *Viajes al Centro de la Tierra. Noticias literarias, de Homero a Jules Verne*, Fórcola Ediciones, Madrid, 2018. 13 x 21 cm, 261 páginas. 22'50 euros.

Nuestro activo consocio y amigo, Eduardo, acaba de ofrecernos un libro nuevo. O, mejor dicho: acaba de cerrar con su, por ahora, última pieza de una trilogía literaria que dará mucho que hablar. A comienzos de otoño llegaban a las estanterías de las librerías estos *Viajes al Centro de la Tierra* (Fórcola, 2018) tan a propósito para completar los textos previos, dedicados a la obra sci-fi del escritor del siglo XIX Jules Verne y a su monumental antología sobre las Artes y las Montañas. Las tres obras, por cuenta de la misma editorial madrileña.

La lectura del texto que hoy nos ocupa resulta tan grata como fluida, y sin duda deparará largas horas de disfrute a sus lectores. Sin embargo, su contenido se lo pone muy difícil a quienes aborden el intento de explicar estos periplos subterráneos en cualquiera de las modalidades de la reseña literaria: tal la cantidad de datos que Eduardo enhebra con su bien conocida maestría y prosa clara. En fin; tras mostrar, una vez más, mi entusiasmo por estos *Viajes al Centro de la Tierra*, será cuestión de servir unas meras pinceladas sobre los tesoros que el libro encierra.

Arranquemos ya con la radiografía de esta creación de Eduardo curioseando entre el sumario. Inicia su obra con una primera parte dedicada a los “Viajes en el tiempo” que, a su vez, está ordenada en dos apartados de títulos sugerentes..., como el que destaca ese que “Trata de diversos trasiegos antiguos y modernos por los huecos del interior de la Tierra” (o apuntes de todo tipo sobre el ciclo literario del “trek hacia la gruta”). Nos hallamos aquí

ante un declarado homenaje a Jules Verne, autor del *Viaje al Centro de la Tierra*. Eduardo enseguida nos revelará ese dato tan escasamente o nada conocido en tierras hispanas de que sus *Veinte mil leguas de Viaje Submarino* se inspiraron tras una charla con la escritora Aurore Dupin/*George Sand*... Es un capítulo redactado frecuentemente con ojos pirineístas donde pronto nos topamos con guiños y más guiños hacia esta cordillera, desde la denuncia de la burrada recientemente cometida con los restos neolíticos de la cueva de Chaves en Guara..., hasta las resonancias poéticas de los pirenaicos *Ecós de las Montañas* de José Zorrilla. Junto a decenas y decenas de ejemplos y alusiones por todas las latitudes del Globo..., como de esa "Gruta del Amor", o salón de baile cuya música subía hasta el domicilio de Unamuno en 1935. Unas anécdotas ya divertidas, ya eruditas, pero siempre interesantes. Con protagonistas como Don Quijote, Tom Sawyer, Umberto Eco... Hay más: Eduardo abre boca con las primeras excursiones al Infierno subterráneo junto a Homero, Virgilio, Dante, Quevedo... ¡La barca de Caronte hará no pocas travesías! Todo sea por presentarnos a los personajes, ya grandes o pequeños, de un particular catálogo cavernario...

Pero mantengamos un poco el orden. Hay un segundo apartado "En el que se recogen algunas geografías del Infierno y ciertas incursiones notables por simas, cuevas y cráteres". O sea: páginas y más páginas destinadas a un desfile de espíritus aventureros y subterráneos que, comprendemos ahora, no ha hecho sino empezar. En consecuencia, visitaremos de la mano del autor volcanes y cráteres, el Infierno cristiano, la cueva del dragón de San Jorge, el mundo de los grandes cueveros y espeleólogos... Como, pongamos el caso, ese Haroun Tazieff que protagonizara la dramática aventura de la Sima de San Martín en los años cincuenta del siglo pasado. Sin desdeñar ciertos toques de simas submarinas...

Bien se ve que el método y la claridad se encuentran aquí en su casa. Martínez de Pisón prosigue su periplo con una segunda parte que oscila "De Eneas a Lidenbrock". Su correspondiente dúo de apartados alude así a las "Crónicas de dos viajes justamente célebres", donde *La Eneida* de Virgilio y *La Divina Comedia* de Dante se erigen como grandes protagonistas de lo que se entiende como un "descenso al mundo subterráneo". Textos analizados con secuelas y variantes, así como toda suerte de influjos tanto en nuestro terruño como en los alrededores: se ve que los mundos de fétidos vapores y de tinieblas siempre han fascinado a los humanos. Eso que hoy se ve generalizadamente denominado como *dantesco*, vamos. Con exhibición de mapas del Infierno, por si acaso alguien se despistara del guía. Y, sí: también hallaremos por aquí guiños pirenaicos, como el localizado en Bétharram...

Vamos ya con las páginas que se destinan al "Viaje por excelencia", rumbo a las entrañas de la Tierra, se entiende. Se trata del periplo en mayúsculas, que bien pudiera ser al Centro de la Tierra de Verne, y que en lo sucesivo comprenderemos a la perfección, merced a toda suerte de perspectivas, aclaraciones y anexos para tratar de no extraviarse. Con otros invitados de postín, como el barón de Munchausen, Fausto..., e incluso el martillo de Morloch. Con intervenciones de los Cíclopes, los más curiosos seres

infraterrestres, Prometeo, el Judío Errante de Dumas..., e incluso la diosa Venus. Con un apartado especial para ese cartógrafo célebre, primo de nuestro querido pirineísta Franz Schrader: Élisée Reclus... Una ojeada a estos periplos geológicos, tan amenos como peligrosos, condenados a no llegar jamás a su destino final, que es el fuego...

Y llegamos de este modo a la tercera porción: los "Viajes a una geoda", con sus páginas destinadas a "Precipicios, hielos y paisajes minerales en George Sand". En efecto: los pirineístas acogerán con gusto alcanzar esta tercera parte, que no deja de ser un viaje preparatorio al Pirineo. Montañas, abismos y grutas se muestran para presentarnos y ayudarnos a interpretar el cuento de George Sand sobre Laura, el también conocido como *Viaje a través del cristal*... Y a leer esta declaración del autor:

"Quienes me conocen personalmente saben que soy, desde casi siempre, pirineísta, lo que también viene a cuento, como ahora diré. El pirineísmo es una variante regional del alpinismo, aplicada al Pirineo, pero con notable entidad propia por sus propios caracteres no solo geográficos o deportivos sino culturales. Hay pirineístas exclusivos, con dedicación plena a la cordillera para recorrerla, describirla, pintarla, estudiarla; los hay más abiertos y también otros ocasionales, como Victor Hugo por ejemplo, pero que dejaron admirables obras sobre la montaña. Pues bien, George Sand pertenece a este grupo, con el ingrediente de haber repetido su visita inicial, y sobre todo, de haber guardado las impresiones recibidas en esta montaña con intensidad prácticamente toda su vida".

Esta vocación pirineísta de Martínez de Pisón logra que dé cita con pioneros de esta cordillera como José Cornide o José de VÍu. Amén de mostrarnos los desprendimientos en el Midi de Bigorre, el cruce del Caos de Coumely, los paseos por los lóbregos hayedos de Ossau..., y mil paisajes pirenaicos más, antes de acudir al Polo Norte con Mary Shelley o exploradores como Kane o Cook.

Mas, ¡ay!, todo lo bueno tiene su final. En esta ocasión se anticipa a través de un Colofón, junto varias Notas e Índices... A quien gustó el *Cosmos* de Karl Sagan, fascinará esta suerte de *Sub-Terra* de Martínez de Pisón. Sin duda alguna.

Por lo demás, los dibujos con los que se ilustra la obra son una delicia, pura maravilla, toda una declaración de amor a las cavernas. Desde la misma portada de Athanasius Kircher en 1665, autor de los *Pyrofilacios*, o su diseño del centro de la Tierra como volcán humeante con canales a la superficie...

Pero Martínez de Pisón es socio de *Montañeros de Aragón* desde antiguo. Y no suele olvidarse, cuando viene a cuento, de citar a los escritores de esta Casa. Por ejemplo, cuando profundiza en la vocación más subterránea de *Sand* promociona amablemente a alguna *Premio Desnivel de Literatura de Montaña, Viajes y Aventuras* de esta Casa:

"Nuestra autora [*George Sand*] recorrió los Alpes mirando ávidamente los paisajes, e incluso entregada a la geografía en 1836, para disgusto de alguno de sus más introvertidos o etéreos acompañantes, tal y como ella misma escribió en *Lettres d'un voyageur*, y, según cuenta Marta Iturralde (*Mujeres y*

montañas, Desnivel, 2002), hasta se hizo miembro del *Club Alpino Francés* ya avanzada su vida”.

O cuando nos hace conectar con una bella cita de Reclús sobre los nacaderos de los ríos, se detiene unos instantes para anotar sobre otro consocio zaragozano:

“Hay un bello libro de excursiones a las maravillas, a veces humildes y en ocasiones espectaculares, de los manantiales de Aragón, el reino que se dio a sí mismo nombre de río: Martínez Embid, A. (2018): *Excursiones a nacaderos. Aragón*. Bilbao, Sua”.

Sin embargo, para mí lo mejor del libro sobre los *Viajes al Centro de la Tierra* queda para el final, por cuenta de una cita de Jerónimo Feijoo que Eduardo Martínez de Pisón hace suya: “En materia de erudición soy liberal de lo poco que tengo; y siendo pobre, me porto como rico. Algún día, lector, daremos otro paseo igualmente liberal por las llanuras, los ríos o los bosques. Es cuestión de tiempo, pues, como sabes, mi propósito es que ambos sigamos caminando por paisajes y palabras”. Esperemos que sea así.

Alberto Martínez Embid

3.03. Un texto para el cierre: *Nos ha dejado una pirineísta...*

En este otoño cruel de 2018 se ha marchado María Pilar Sáenz Cornago. Esposa de un alpinista de primera como Pepe Díaz y madre de tres montañeros muy conocidos de esta Casa: Arancha, Juan José y José Ignacio. Esta temprana pirineísta trasladaba su Campo Base el día 20 de noviembre hasta otros decorados no menos verticales que los que conociera cuando estaba entre nosotros...

La siempre cordial María Pilar tenía muchas experiencias que transmitirnos. Al menos nos legó “Mis recuerdos de escalada” dentro del *Boletín de Montañeros de Aragón* número 52 (IIIª Época), correspondiente a los meses de enero-marzo de 1998. Es así como queremos recordarla, rememorando alguna de sus experiencias más trepadoras de aquella España en blanco y negro:

“Cuando, en el año 1957, me hice de *Montañeros de Aragón*, la vida en general era diferente; no era ni mejor ni peor, diferente. Los montañeros éramos gente algo loca a los que no había que hacer demasiado caso, *batalleros* incorregibles que, a poca confianza que nos dieran, contábamos la Guerra de los Cien Años como protagonistas... la verdad, creo que en esto seguimos igual.

“Las mujeres llevábamos pantalones, lo cual no era un síntoma nada bueno; si eran bávaros, ya era de confesor. Tanto es así, que en Misa de Infantes nos han sacado más de tres veces del Pilar por llevarlos, por lo que optábamos por ir con falda y llevar los pantalones subidos; luego, en el *Canfranco*, nos quitábamos la falda y ¡hala, a pecar con pantalón! Ir y volver a Riglos costaba entonces cuarenta y una pesetas, por lo que sólo una vez al mes me podía permitir el lujo de ir. El resto de los domingos, iba a las esclusas del Canal a hacer rápel, a Valdegurriana o a Valmadrid en el tren de Utrillas... Luego volvíamos andando, por lo que empleábamos todo el día.

"Mi primer contacto con la escalada, en el mismo 1957, fue, como era de precepto, en Riglos. Con Bescós y Pepe Díaz (más tarde, mi marido), hicimos la travesía de las Cuatro Puntas del Firé. Me gustó tanto, que hice el resto de los Mallos repetidas veces. Para el buen funcionamiento en la roca, una vez al año hacía un curso de escalada, con profesores tan buenos como Montaner, Bescós, Rabadá, *Nanín* y también Pepe Díaz. Salí una buena alumna, y pronto me atreví con la escalada en alta montaña, haciendo vías como la *primera* de la invernal a la cara Sur del Aspe junto a Pepe. Luego vendrían el Anayet por la cara Norte y tres o cuatro veces más por distintas vías. A las agujas de Ansabère, Vignemale, Midi d'Ossau, punta de Aragón, punta Zarra, pico Escarra, Argualas, Néouvielle, etcétera, también he subido varias veces; en los Alpes, he estado en el Cervino... Y no quiero enumerar más, ante el riesgo de que penséis que es un farol, pero es que me han pedido que escriba sobre la escalada que hacíamos las mujeres en los años cincuenta. Creo que yo hice bastante y por vías muy interesantes, generalmente huyendo de las *normales*, porque con tan buenos compañeros, me permitía el lujo de campar por mi respeto por donde me llevaban.

"No creo que las mujeres escaladoras les diésemos muchos problemas: en general, andábamos bien. Pepe se quejaba de que no nos preocupaba lo más mínimo la vertical y de que cuando una chica decía "no puedo más", era literal: estaba al borde del colapso. A pesar de los cursos de escalada, que como ya he dicho, hice, no tenía ni la menor idea de dobles cuerdas, Dülfer, estribos, tacos, clavar... estas cosas corrían a cargo de ellos. Así, nos colocaban el rápel y ya está: primero te daba un poco de canguelo tirarte al vacío, pero el siguiente te lo pedía el cuerpo.

"Los viajes en tren eran tan divertidos que hacía duelo casi llegar al destino. Claro que, si ibas a Canfranc, lo pasabas muy bien mucho rato: en alguna ocasión llegaba tan tarde el tren, que no podías salir de la estación porque ya tenías que regresar. La suerte era tener un amigo con coche, rara especie... En mi caso, éste era Eduardo Blanchard, que amablemente me esperaba con Pepe Díaz al salir del trabajo y íea, a correr aventuras por el Pirineo! Luego, el grupo de escaladores se compró un Chevrolet, de apellido *El Súper*, del que muchos de vosotros tendréis conocimiento o referencias. Eso fue una liberación, porque aunque era de dos plazas, para que el viaje saliese a cuenta íbamos seis. Pero *El Súper* era como el *Canfranero*: nunca sabías si llegarías, pues cuando no se le fundía una biela, se le partía el palier... Eso sí, junto con sus propietarios, ese coche era lo más famoso del Pirineo francoespañol.

"Para finalizar, he de añadir que, ya siendo novia de Pepe Díaz, intenté hacerme del *Grupo de Alta Montaña*. Aprovechando un día que se fue de despedida de soltero a Canfranc, me fui con *Ursi* Abajo a la aguja Roja, donde me dejó hacer de primera: ya tenía todos los requisitos exigidos [...].

"Bueno, no sé si he escrito lo que me pedían: la mujer y la escalada... Otro día os contaré más cosas. ¡Como coja confianza, estáis perdidos!".

Es una pena que María Pilar no llegara a transmitirnos alguna otra aventura montañera. Al menos, a través de la literatura, hoy la podemos imaginar escalando la aguja Roja de Riglos allá por los años cincuenta...

Alberto Martínez Embid

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. INTRODUCCIÓN

1.01. Los cien años del Parque Nacional de Ordesa, *por Ramón Tejedor*

II. 17 ARTÍCULOS PIRINEÍSTAS EN TORNO AL PARQUE DE ORDESA

2.01. Exploradores de la Fuente de Escuaín

2.02. Turismo y galiparlantes

2.03. El Sermón de la Montaña

2.04. La heterodoxa Ordesa de 1918

2.05. ¿Taillón o Tarazón?

2.06. Mouno, Munia..., ¿o Almunia (de Doña Godina)?

2.07. Donde brota el río de Gavarnie, de Lourdes y de Pau

2.08. El secreto del ibón Helado del Monte Perdido

2.09. De águilas y de tortugas (pirenaicas)

2.10. Ramond y la recolecta de casualidades

2.11. El descubrimiento de Ordesa en 1802

2.12. A propósito del Soum de Ramond

2.13. Los pastores del Som de Ramón

2.14. Un Reglamento centenario para Ordesa

2.15. Viaje a Escuaín, el pueblo al que nadie va

2.16. El mítico nacedero del Cinca

2.17. Del Centro de la Tierra..., a Ordesa

I. INTRODUCCIÓN

1.01. Los cien años del Parque Nacional de Ordesa

En 1918 se declaró el Parque Nacional del Valle de Ordesa, el primer espacio natural protegido en España conjuntamente con el Parque Nacional de Covadonga. Habían sido varios los impulsores y promotores de tal declaración con su trabajo intelectual plasmado en escritos y ensayos sobre las excelencias paisajísticas de Ordesa. Lucien Briet y Lucas Mallada, entre otros, se empaparon de la eclosión de belleza de aquel valle y apostaron por su conservación.

Cien años después hemos conmemorado en 2018 aquella efemérides que fue revalidada en 1982 con la aprobación por las Cortes Generales de la Ley de ampliación del que pasó a llamarse Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, alcanzando la protección efectiva a 15.000 Ha. que incluyen los sectores de Ordesa, Añisclo, Escuaín y Pineta. La marca Ordesa ha logrado otros retos indiscutibles en la conservación de los ecosistemas de montaña. El

más significativo ha sido la declaración por la UNESCO en 1977 de la Reserva de la Biosfera Ordesa-Viñamala, que fue una de las dos primeras Reservas declaradas en España, y que alcanza una superficie de 117.000 Ha. tras la ampliación de 2013.

El centenario del Parque ha tenido un eco indudable en España y especialmente en la sociedad aragonesa. A ello ha contribuido la declaración de este evento conmemorativo como Acontecimiento de Especial Interés Público, lo que no había sucedido en Aragón desde el año 2008 cuando este reconocimiento recayó en la celebración de la Exposición Internacional de Zaragoza. Gracias a esta decisión han sido numerosas las empresas y entidades que se han sumado al centenario del Parque Nacional aportando recursos económicos, lo que les ha proporcionado importantes incentivos fiscales. El Gobierno de Aragón, responsable de la gestión ordinaria del Parque, creó la Comisión Institucional del Centenario, que ha decidido, con esos recursos económicos allegados, las inversiones que beneficiarán a los pueblos en cuyos términos municipales se asienta el Parque. Esta senda de colaboración altruista va a prolongarse durante todo el año 2019.

Ordesa es una seña de identidad de primer orden en Aragón, un emblema de lo que significa el desarrollo sostenible y la conservación de la biodiversidad. Tenemos un compromiso de responsabilidad con las siguientes generaciones: legar nuestro patrimonio natural propiciando el desarrollo socioeconómico de la población local para combatir el fantasma de la regresión demográfica que amenaza a muchas comarcas aragonesas. En ese contexto, podemos afirmar que nuestro Parque Nacional es un activo indiscutible para un futuro de prosperidad del correspondiente entorno geográfico. En 2018 el número de visitantes del Parque ha crecido un 20% lo que se traduce en prosperidad para el territorio.

En el año 2002, con ocasión de la celebración del Año Internacional de las Montañas, adoptamos como divisa el lema "Aragón un país de montañas". Dos magníficas cordilleras, Pirineos e Ibérica, que atesoran un elenco de primer orden de espacios naturales protegidos. En ese elenco brilla como joya inigualable el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, faro primordial de la naturaleza privilegiada de nuestra Comunidad Autónoma. En los noventa años de existencia de Montañeros de Aragón, Ordesa ha sido un referente en nuestra tarea deportiva apasionante y en la tarea comprometida con la conservación y la sostenibilidad del territorio. Todo ello permanece impreso de forma indeleble en el ADN de nuestro Club.

Ramón Tejedor

II. 17 ARTÍCULOS PIRINEÍSTAS EN TORNO AL PARQUE DE ORDESA

2.01. Exploradores de la Fuente de Escuaín

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 26 de julio de 2018

Este verano las excursiones rumbo a los nacedores de los ríos pirenaicos pueden ponerse de moda. Aparte de algún que otro motivo muy concreto en el que aquí no voy a entrar, jugaría en favor de este, digamos, *montañismo de surgencia*, el hecho de que 2018 haya sido un año de fuertes lluvias primaverales, lo que habría surtido de abundante caudal a las *autopistas del agua* altoaragonesas. En concurrencia con la efeméride de los cien años del Parque Nacional de Ordesa, tales circunstancias animarían a que muchos andarines quieran conocer dónde brotan unos cursos sobrarbeses con tanta personalidad como, pongamos, el Arazas, el Cinca, el Bellós..., o el Yaga.

Aquí nos vamos a quedar hoy. Porque los surgimientos de muchos de los ríos de Huesca sirven historias que alguna de sus altas cimas circundantes bien quisiera para ella. Como se verá, el agua también interesó a los pirineístas de la *edad de oro*.

Quienes saben algo de torrentes suelen adjudicar el título de *padre del turismo fluvial pirenaico* a Diego Quiroga, un periodista de temas de naturaleza que difundió su serie sobre los "Ríos del Pirineo" en varios números de la revista *Oasis* del año 1935. Por desgracia, el estallido de nuestra Guerra Civil hizo que sus recomendaciones en favor de este *curioso anfibio* se quedaran entre el Bidasoa y el Gállego...

Pero el interés por las *cintas acuosas* de Aragón venía muy de lejos. Así, el 21 de diciembre de 1610 el cosmógrafo portugués Joao Batista Lavanha informaba de que el río que hoy nos ocupa "nace debajo de las Tres Sorores, pasa por Escoain, Revilla, entre en el Cinca debajo de las casas del Hospital". Acaso fuera esta la carta de presentación del luego celeberrimo Yaga. O la Garona, que lo mismo se dice allí.

La siguiente cita del curso que horadó la garganta de Escuaín llegaría por cuenta del navarro Pascual Madoz. Hacia 1850 nos informaba de que dicho torrente bajaba de una "montaña en terreno estéril y clima frío, terreno escabroso poblado de pinares, hayales, roblizales y arbustos, casi todo el año cubierto de nieve y parte todo el año". Aunque el pamplonica se explayó más que su predecesor lisboeta, no parece que ninguno de los dos tuviera el humor de acercarse para comprobar con sus propios ojos las informaciones que habían recolectado. ¿O sí?

Mayor misterio suscita la nota que Lucas Mallada dedicó a nuestro río en 1878. Durante varias campañas, el oscense rondó los sectores que iba a describir, aunque proporcionando pocas pistas de sus andanzas reales sobre el lugar. No por ello su texto resulta menos válido:

"Es el Yaga la única corriente, y no muy caudalosa, que por el valle se observa, la cual, procedente de las manchas de nieve entre Sesa y las Tres Sorores, cruza rápidamente los montes de Escoain y los de Mirabel, en aquellos abismos donde apenas llegan los rayos del sol; de allí con sinuosa marcha, cercada de montes más bajos y con barrancos a diestro y siniestro, vuelve al sureste para terminar en el Cinca, junto a la Infortunada [hoy, La Afortunada]".

Tras los testimonios estos pioneros peninsulares, será preciso que, como de costumbre, le cedamos el testigo a alguno de los inquietos exploradores que

llegaron desde el norte. Por suerte para nosotros, pues, si no, gran parte de la herencia pirenaica se hubiese perdido...

El descubridor para el turismo de la garganta de Escuaín pudo ser Franz Schrader. En 1877 decidió desplazarse hasta un territorio que consideró como una especie de *patio trasero* del Monte Perdido, donde pudo constatar sus "decorados africanos"; es decir: de un exotismo desbordado para los cartógrafos de espíritu norteño. Enseguida le chocó al bordelés su nombre, que supuso de resonancias vascas. También picó su curiosidad el hecho de que el guía que tomara le informase de que visitarían "un pueblo adonde no se iba jamás". Así, este Gabardous le habló de "la gran garganta, la más profunda del Pirineo, que va hasta el fondo del Marboré".

El recorrido del tándem Gabardous-Schrader, el 17 y 18 de agosto de 1877, fue difundido en esa misma añada desde publicaciones tan prestigiosas en Francia como el *Tour du Monde* o la *Revue de Géographie*. Schrader expresó en ellas su maravilla ante una "fisura de aristas vivas y paredes rojas" como era la gran grieta calcárea de Escuaín. A partir de entonces, cada verano recibiría a dos o tres grupos de visitantes. Este goteo de turistas provocó que el nombre de tales lugares comenzara a circular por el país vecino, si bien en diferentes grafías, según creyesen entender de sus interlocutores locales: *Escuaín* (Schrader), *Escoaïn* (Wallon), *Escoïn* (Cénac-Moncaut), *Esgoaïn* (Belloc)...

Sin embargo, quien hizo más por difundir las bellezas del surgimiento donde se reforzaba un río Yaga/Tonta Garona que descendía desde Gurrundué, iba a ser cierto parisino: Lucien Briet, desde luego. Un hombre que nunca se cansó de airear a los cuatro vientos, ya en francés, ya en español, las maravillas naturales que aguardaban escondidas, un poco por todo, en el Alto Aragón, y que todos cuantos amaban los paisajes irrepetibles debían visitar sin falta..., a pesar de las incomodidades de estas regiones a comienzos del siglo XX. Según Briet, esos pequeños inconvenientes no tendrían que suscitar escasez de visitas: solo veía necesario mejorar el aspecto de la poca difusión de sus más bellos parajes y, sobre todo, favorecer un tanto las comunicaciones. En el umbral de su recorrido del año 1903, el pirineísta galo aún lamentaba la "sombra de discreción con la que este desfiladero se envuelve".

El 21 de agosto Briet accedía por fin a Escuaín. Así pudo describir un desfiladero "coronado de torres y de defensas, cerrando los cielos, con los torreones, paredes, glacis, troneras y almenas que lo caracterizan". El texto que redactó para el *Bulletin Pyrénéen*, en sus números 45 (mayo-junio de 1904) y 47 (septiembre-octubre de 1904), sobre "La crevasse d'Escoaïn" en diecisiete páginas, cinco fotografías y un croquis, hoy tendría que ser de lectura preferente. Contiene fragmentos muy bellos: no hay duda de que las fuentes del Yaga fascinaron a Briet, quien constató aquí cómo "el macizo calcáreo se defendía por todos sus costados como una especie de Olimpo habitado por dioses", para presentar los "restos de un palacio feudal sobrehumano de arquitectura insensata".

El parisino se acercó a la hendidura del Yaga acompañado por un guía de Bielsa llamado Pedro Mur, así como por el galo Pierre Soulé. Desde tiempos de

Franz Schrader, un habitante de Escuaín, el célebre Don Jacinto, mostraba la Fuente de Escuaín a los turistas. Sin embargo, en 1903 ya había fallecido, por lo que una de sus hijas envió con los tres forasteros a su niño de diez años. Lucien Briet loaría a este Perico Garcés, quien les guió "como un hombre por el dédalo de la Garganta". Según le trasladaron, las cabras les habían enseñado el camino del fondo a los nativos, pues nadie se hubiera figurado lo que había allí escondido...

Resulta extraño que nuestro detallista explorador, siempre tan atento a la toponimia de las regiones que visitaba, no registrase su designación como *Fuente de los Viveros*. Parece que los sobrarbeses con los que se relacionó se limitaron a hablarle de la *Fuente de Escuaín*, término que anotó en sus textos franceses de tal modo que, pronunciado por sus compatriotas, sonara como los españoles decían. Por lo demás, el pirineísta expresó su creencia de que dicha expresión designaba a una "fuente estrangulada entre las alturas", o sencillamente, a "la fuente".

Los párrafos que nuestro galo destina al descenso hasta la Fuente de Escuaín se pueden clasificar entre los más logrados de su catálogo. Por ejemplo, en las inmediaciones de este poderoso surgimiento, hablaba de que "en ningún otro lugar de la región del Monte Perdido el mármol altivo de los Pirineos se fractura con mayor orgullo" como en esta Garganta. El Yaga le pareció una corriente no demasiado caudalosa cuyo nacedero real habría que localizar en la Fuente de Escuaín, "y no en las manchas de nieve entre Sesa y las Tres Sorores", tal y como había supuesto Lucas Mallada. También comentó que los nativos llamaban a dicha corriente "la Garona", lo que acaso significara "río rápido" o incluso "pequeña laguna".

Justo antes de acceder a este manadero, el explorador recorrió un caos por donde "el río Yaga escapaba como podía". Bien se nota que Briet disfrutó de veras recorriendo el fondo de este tajo abierto entre murallas de marmóreas:

"El alma prueba un verdadero encantamiento en el seno de las profundidades de la sorprendente garganta de Escuaín... Maravillosas paredes grises, rojizas y doradas, como impregnadas del sol de España... ¡Los Pirineos calcáreos parecen haber querido desplegar aquí todo cuanto tienen de augustos, todo lo que tienen de artístico, todo lo que tienen de fantástico, luminoso y vivos!".

Recordando sus experiencias militares argelinas, el parisino comparó Escuaín con la garganta de Rummel en Constantina, si bien reconoció que la aragonesa dejaba siempre impresiones amables debido al verde de los bosques que la recubrían. A partir de la Feixa del Onso, cerca del barranco de la Sarra, "el río Yaga, hasta entonces bastante apacible, comenzaba a emanciparse y a volverse turbulento, como si fuera consciente de su juventud". Finalmente el pirineísta llegó al punto donde se reforzaba este torrente con la gran surgencia en la roca:

"La Fuente, manantial del torrente perdido en la Garganta de Escuaín, aparece al fin, como el centro de una trama de decorado tan bien trucado que uno tiende a alzar los brazos y a lanzar exclamaciones admirativas".

Lucien Briet la constató muy abundante por varios lugares de una pared rocosa recubierta de musgos, plantas y árboles, juzgándola más bonita de frente que

de perfil. A sus lectores del *Bulletin Pyrénéen* les recomendaría una visita de al menos el primer tramo del Yaga, de unos dos kilómetros de recorrido...

Un detalle malévolo, ya para cerrar: gracias a su interés por los nombres autóctonos y a sus entrevistas con informantes locales, Briet situó perfectamente en este viaje a ciertas montañas que, según él, separaba el cuello de Añisclo:

"La punta del *Soum de Ramond*, al otro lado de los *picos de Añisclo*, ofrece como unos estigmas de nieve: finalmente, más o menos en el centro de este paisaje desolado, unas cortinas blanquecinas coronan una especie de farallón lívido donde la dirección de la Gran Garganta se presenta a medias. No se encuentra de inmediato el emplazamiento de Escuaín".

En el croquis que adjuntó este tema toponímico, ahora tan controvertido, quedaba fuera de toda duda: los nativos le debieron de informar en 1903 a Lucien Briet que el "Gran Pico de Añisclo" era el actualmente conocido como Zucón...

Pero hoy quería hablar, tan solo, tan solo, de uno de los nacederos más deslumbrantes de los ríos de Aragón. De visita obligada, diría yo.

2.02. Turismo y galiparlantes

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 10 de agosto de 2018

A caballo pasado, los buenos proyectos que salen adelante suelen contar con mil promotores. Todos ellos bien dispuestos a *hacerse* con la banqueta de privilegio en el desfile de las *mayorettes*, como se dice en el *Aragón Profundo*. Así y todo hay procesos en los que, sin duda alguna, el éxito fue resultado de la unión de múltiples y variopintas voluntades.

En los prolegómenos del hoy *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido* intervinieron personajes de muy diverso pelaje. Alguno de ellos, incluso había nacido en Huesca... Tal es el caso de un brillante periodista llamado Ricardo del Arco, quien desde diferentes tribunas abogó de un modo temprano para que se estableciese un espacio protegido en torno al río Arazas.

Entre los alegatos de Del Arco en favor del parque figura cierto artículo publicado en el número 157 de la revista *Gran Vida* (junio-julio de 1916). Nuestro oscense lo tituló con tino: "A propósito de un Proyecto de Ley. El valle de Ordesa, futuro Parque Nacional". Unas líneas poco reproducidas que merecen el examen detenido por su fecha de redacción, por su demostrado conocimiento del mundo pirineísta, por su perspectiva turística del medio natural, por su entusiasmo conservacionista, por su actitud de pesimismo frente a nuestras autoridades... En fin: un texto redondo, a mi entender.

Pero vamos ya con el galardonado periodista y con sus ruegos de hace ciento dos años para que la preservación de Ordesa fuese cuanto antes una realidad:

"Tengo para mí que el proyecto de ley leído y defendido últimamente en el Senado por su autor, el marqués de Villaviciosa de Asturias [Pedro Pidal], no pasará de ser *tomado en consideración*. No están todavía en España suficientemente arraigados estos ideales *pro natura*, acaso porque primero el trajín del desastre [de Cuba] y luego el letargo de la decadencia, no le han

dejado fijarse en su propia conveniencia y en su medro, pensando en la conveniencia y en el medro ajenos.

"El Estado protege al arte, que en cierto modo es hijo de la naturaleza, en los viejos monumentos (castillos, catedrales, templos ricos en su fábrica y abundantes en objetos arqueológicos), librándolos del humano ataque y de las injurias de los siglos. ¿Cómo, pues, el Estado no protege (o protege tan poco) en nuestro país a la misma naturaleza, como acontece en otras naciones, librándola de bravos y graves atentados?

"A toda hora estamos leyendo que nuestros añosos bosques se van despoblando, que nuestras montañas son escarpas secas y desoladas, todo ello por obra y gracia de nuestro abandono y, ¿por qué no decirlo?, de nuestra incultura.

"A la par de la afición del estudio directo de las obras de arte en su propio y legítimo marco, va creciendo la afición a la contemplación de la naturaleza en sus puntos privilegiados y exquisitos, esos vastos escenarios, depósitos de maravillas naturales. Ocioso es insistir sobre este extremo. Y fruto de ello es el paulatino desarrollo del excursionismo (*turismo* lo llaman los galiparlantes [francoparlantes]) y sus derivados.

"Yo estoy seguro de que si por arte de encantamiento el Senado y el Congreso hubieran podido trasladarse al valle de Ordesa, al corazón del Pirineo alto-aragonés, acto seguido de dar lectura el prócer asturiano a su proyecto, éste se aprobaría sin tardanza, y dentro de unos meses el ángel tutelar del Estado velaría por la integridad del maravilloso vergel de Ordesa.

"Pero ¿qué es el valle de Ordesa? Preguntémoslo, no sin sonrojo, a los extranjeros, que ellos nos lo dirán, pues que en España ante tal interrogación nos encogeremos de hombros. De poco vale que fuera un español, el ingeniero Heredia, el descubridor del incomparable cañón de Ordesa en los últimos años del siglo XVIII. Su nombre yace en el olvido; los datos que él aportó, o se han perdido o permanecen ignorados; y, en cambio, Ramond, Arbanère, Charpentier, Wallon, Schrader, y, últimamente, Briet, han sido los pregoneros de las bellezas de Ordesa en sendos trabajos científicos y de divulgación.

"Hasta algunos picos y parajes llevan sus nombres. Y aumentemos esta dolorosa afirmación diciendo que a un inglés, Charles Packe, cupo el honor de haber intentado por vez primera la vulgarización de Ordesa en una *Guía* especial de estas montañas pirenaicas.

"La apología del valle de Ordesa nos la da hecha brillantemente el indicado el señor Lucien Briet, ese patriota francés que ama a España con el fervor que la amó Alfred de Musset, y que allá en su casa del Aisne [el río Marne, en realidad] (que ha presenciado estremecida la invasión germana) espera con ánimo sereno, templado, tal vez en las alturas, los acantilados, los abismos y precipicios de nuestras montañas alto-aragonesas y en el fragor de sus cataratas, la liberación de su patria, para de nuevo dedicarnos su actividad y sus entusiasmos. Briet, pues, ensalzó el valle de Ordesa en una pequeña pero jugosa monografía [en realidad, dos muy similares: 1911 y 1913].

"Y quiero alegar aquí algunas de sus expresivas palabras, palabras de un extranjero, que no pueden ser recusables:

"¡Con cuánta facilidad —dice [Briet]— se extasía el ánimo ante la añosa y robusta selva del gran cañón de Ordesa! En sus sotos impenetrables, en sus troncos esparcidos por doquier y blanqueados por su edad, en sus escarpas superpuestas, en su torrente de espuma agitada por salvaje alegría, nos enseña lo que era la naturaleza antes de aparecer el hombre sobre la tierra, y surge el deseo de que se perpetuara, siempre joven y siempre espléndida, para admiración de los tiempos venideros.

"De lugar único en Europa califica Briet al valle de Ordesa. Y es que, por mucha costumbre que se tenga de contemplar soberbios panoramas, ante aquella mole del Cotatuero, bajo la cual se juntan en tan poco espacio prodigios tantos, el ánimo se extasía. Allí, hayas centenarias, pinos, pinabetes, prados esmaltados de flores, el río Ordesa, múltiples cascadas, al amparo de aquellos ciclópeos baluartes, rivalizan en belleza y magnificencia.

"El valle de Ordesa necesita, exige en su majestad augusta, la protección oficial, si no en la cuantía que se prodiga en el Canadá, los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra, por lo menos en la que esté a nuestro paupérrimo alcance. Para los españoles, dos vías hay para llegar a Ordesa; pero las dos imperfectas y asaz fatigosas; en ferrocarril hasta Sabiñánigo, automóvil hasta Biescas, y desde allí a Broto, Torla y Ordesa, cruzando el puerto de Cotefablo a caballo la una; la otra, por la carretera de Barbastro a Boltaña y a Broto.

"Es lamentable que el valle de Ordesa sea, en cierto modo, la leñera del de Broto; van desapareciendo, al golpe cruel del hacha, hayas y pinos (en el umbral es visible este atropello); cazadores de gamuzas y rebecos y pescadores de truchas campan por aquellas abrupteces sin dar paz a la mano; y claro está que ello demanda una solución ciertamente armónica, pero radical, si se quiere que el *Paraíso de los Pirineos* se conserve en estado que justifique la universal admiración.

"Briet esboza el programa a realizar: expropiar las propiedades privadas y las servidumbres, alejar los rebaños de las praderas, repoblar los bosques. ¿Que todo esto es amplio? Por algo hay que comenzar.

"Si no existe en España —añade [Briet]— una Sociedad para la protección de los paisajes, pueden suplir su cometido la Diputación Provincial de Huesca y la Real Sociedad Geográfica, con personalidad bastante para interesar al Gobierno de Madrid en favor del valle de Ordesa. Si éste impusiera su voluntad, el divino cañón se transformaría en la Península en un parque nacional portentoso, reflejo del creado por los norteamericanos en las orillas del Yellowstone; un parque nacional donde florecerían las siemprevivas de montaña, donde se producirían sosegadamente los rebecos y las truchas, y donde, por último, la venerable selva de los Pirineos sería respetada como una abuela; los sonadores acudirían de todas partes a solazarse en plena naturaleza salvaje en un asilo cerrado por muros olímpicos, perfectamente conservado, y el cual se aparecería a las generaciones futuras, fatigadas por el desarrollo de las artes y de las ciencias, como una reminiscencia de la Edad Dorada o del venturoso Jardín del Edén.

"Las transcritas frases valen mucho más que cuanto yo pudiera decir. Si el proyecto del marqués de Villaviciosa de Asturias (en verdad, proyecto

nacional) no fracasa o no se estanca, antes al contrario, llega a vías de ejecución, ésta tendrá que empezar por el valle de Ordesa. Todo acude en su abono; él deberá ser el primer *parque nacional* de España.

"No; no es una quimera, no es meramente romántico el proyecto citado, aun en los tiempos de negación que corremos.

"Precisamente ante la desolación reinante, ante el salvaje atavismo de los demás, debe brotar más pujante en nosotros el anhelo de reconstitución; y el enunciado es, al fin y a la postre, un aspecto, y no ciertamente de los menos interesantes.

"A la *Comisaría Regia del Turismo* incumbe propiamente ser el auxiliar poderoso del Estado, de las Cortes, en esta ocasión, y lo mismo al marqués de la Vega Inclán, su presidente, que al de Villaviciosa, les consta por propia y directa observación los merecimientos sobrados del valle de Ordesa para ser declarado parque nacional.

"Facilítese luego la comunicación, acabando la construcción de la carretera de Biescas a Broto (que, a lo que parece, es la pesadilla de los pueblos de aquel valle de Broto) y creando otra, que lo demás (hoteles, servicios, etcétera) ya vendrá de añadidura.

"Por de pronto, el excursionista que hoy acude a Ordesa encuentra allí un albergue decente y relativamente cómodo. Y el camino hasta llegar al término de la expedición está asimismo sembrado de bellezas, y el arqueólogo tiene, además, el aliciente de poder detenerse a su sabor en Barbastro, en Aínsa (villa de encantador aspecto medieval, de lo más típico) y otros lugares. Como epílogo, solo me ocurre preguntar en tono un tantico pesimista: ¿Será realidad este proyecto?"

Bien puede verse, a nada que nos paseemos por una hemeroteca: Lucien Briet no estuvo solo. En la génesis del Parque de Ordesa hubo incluso algún aragonés, como Ricardo del Arco, empeñado en que dicho proyecto saliera adelante...

2.03. El Sermón de la Montaña

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 15 de agosto de 2018

En el camino hacia el parque de Ordesa no todo fue Briet-Briet-Briet. Así, la prensa española de 1917 y 1918 aparecería bien salpicada de peticiones para que ese *Divino Cañón* que el parisino supo promocionar tan acertadamente fuera declarado un espacio protegido. Lógico: por mucho que se pudiese animar desde el lado norte del Pirineo, nada se hubiera logrado sin los oportunos apoyos y adhesiones desde la vertiente hispana. Presionando sin descanso al Gobierno, vamos.

Entre todos estos clamores que se generaban en España destacan de un modo claro los escritos de Pedro Pidal. Su estilo tan particular, colmado siempre de frases rotundas, pudo hacer mucho en favor de las ansias conservacionistas de este antiguo cazador, *reconvertido* ahora al naturalismo. Por desgracia, sus textos no circulan en exceso entre nosotros, cuando acaso fuera recomendable que se leyesen en las escuelas del Sobrarbe. Como poco.

Por ejemplo, por ejemplo... Cierta artículo de Pidal sobre la "Filosofía de los Parques Nacionales" para el diario generalista *El Imparcial* obtuvo una amplia resonancia en su aplauso del *Real Decreto* de la *Ley de Parques* de febrero de 1917. Tal es así que en mayo de 1917 sería reproducido en una publicación más especializada como era *España Forestal*. Tal y como era habitual en el marqués de Villaviciosa de Asturias, arrancaba dicho trabajo con una suerte de introducción de lo más colorista:

"Si entre el Paraíso perdido y el Paraíso prometido no guardamos el Paraíso poseído, merecemos, por *Adanes*, quedarnos sin ningún Paraíso".

Con un inicio tan prometedor, es seguro que el *Padre de los Parques Nacionales* captó la atención de no pocos lectores. De este modo desarrollaba Pedro Pidal el resto de su alegato en un tiempo en el que la cuestión de los espacios naturales protegidos no estaba del todo resuelta:

"La verdad es que entre el tronar incesante de los cañones y la metralla fuera de casa [la guerra de 1914-1918] y el zumbir continuo cargante de la murmuración y de la envidia por dentro, le dan a uno ganas de escurrirse por la tangente y salirse fuera del globo terráqueo a respirar el aire libre. Santa Teresa, que ya iba estando un tanto asqueada, pedía a la muerte que viniese tan escondida que no la sintiese venir, porque el placer de morir no fuera a darle la vida.

"Pero nosotros, en vez de llamar a la muerte, llamamos a la vida, porque todas las imperfecciones de la humanidad son faltas de vida, y porque pueden y deben corregirse tomando algunas inyecciones. ¿Quieres mejorarte, quieres corregirte? —le preguntaríamos—. ¿Quieres acrecer tu vida? ¿Quieres ir ganando más ganas de trabajar y menos de pelear o de romperte la crisma? ¿Quieres no empequeñecerte despellejando al prójimo de uno u otro modo? Pues entre el cielo y la tierra tienes precisamente tu salvación, tu sanatorio, tu apartadero, tu asilo. Tiene sobre el cielo la ventaja de que no precisas morir para alcanzarlo, y sobre la tierra el de que, conforme la dejas, te alejas del aire impuro, contaminado, de la ciudad y de los valles. La ascensión es el camino del cielo por el sendero de la vida, la marcha triunfal por los derroteros que conducen al Olimpo, que fue, es y será siempre la verdadera morada de los Dioses. ¡Oh, humanidad doliente! Convierte los Olimpos o Paraísos que poseas en cada una de tus naciones en Parques Nacionales para que la idiotez, la codicia o la barbarie no te los destruyan. Asciende, aunque sea con trabajo, que *ad augusta per augusta*, como dice el refrán, hacia las fuentes puras del bien, de la verdad y la belleza, y te sentirás física, moral e intelectualmente robustecida o rejuvenecida. El *elixir de la vida* se encuentra en las montañas.

"La verdad es que los humanos vivimos malhumorados y rabiosos porque hemos perdido el Paraíso. En cuanto lo recuperemos, nos sentiremos otros. La felicidad poseída es la felicidad irradiada. La dicha, la dulzura.

"El Paraíso, la panacea de los males. En las montañas, todo es afecto y simpatía entre los hombres. El semejante odiado, resulta siempre el prójimo querido. Subamos a la montaña y predicaremos, como es natural, el *Sermón de la Montaña*.

"El Diablo, para tentar a Cristo, lo subió a una montaña. Si San Antonio no hubiese estado en las llanuras del desierto, hubiese sufrido otro género de tentaciones. El que ha probado la montaña, repite. Conforme se sube, conforme se multiplican los términos y se agranda el horizonte, el alma se eleva, se engrandece. Ideas y sentimientos nuevos germinan. Por eso los antiguos hicieron del Olimpo, de altura aproximada a los Picos de Europa, la verdadera morada de los Dioses. Nosotros, que no queremos traerlos tan cerca para tenerlos siempre en el *Más Allá*, cuando muramos, nos limitamos a convertir el Olimpo en Parque Nacional, en reserva triple donde se respeten los árboles, los animales y el paisaje, que son las tres personalidades distintas que componen el Paraíso verdadero, la naturaleza vive en todo su esplendor.

"La naturaleza es la base, la madre de toda realidad, la realidad realísima. Dios, que nos permite dudar de lo transcendental, incluso de su propia existencia, no nos permite dudar, en cambio, de lo que experimentamos, y lo que experimentamos es la naturaleza. La naturaleza es el Dios que vemos, y Dios la naturaleza en que creemos. El arte es naturaleza imitada. La religión, naturaleza imaginada.

"Pues para imitar e imaginar como es debido, nada como partir del buen modelo, de la realidad más excelsa que nos sea dable contemplar, de los Paraísos o Parques Nacionales que tengamos. La naturaleza, que es el arte de Dios, es el templo mejor para adorarle.

"Si la pedagogía, que es conducción del niño, lo lleva a los *jardines de la infancia*, la política, que es conducción del ciudadano, debe llevarlo a los Parques Nacionales, como la religión, que es conducción del hombre, lo lleva al Paraíso. Giner [de los Ríos], el pedagogo [de la *Institución Libre de Enseñanza*], llevaba los estudiantes a los Picos de Europa. Alfonso XIII, el político, lleva los españoles con el ejemplo a la sierra de Gredos. El arzobispo de Tarragona señala a los aragoneses el camino del valle de Ordesa, que visita. La pedagogía, la política y la religión marchan de acuerdo.

"Cuando la naturaleza se acaba, cuando falta o se muere, acudimos al arte de la imitación, de la imaginación o del ensueño, y nos complacemos con las pinturas de los museos, con las decoraciones de los teatros o con la fe en la resurrección de las iglesias. Cuando nos sobra, en cambio, la naturaleza, no nos entusiasma tanto lo ficticio ni lo futuro. El bosque con su maleza y la montaña con su aspereza, es lo que nos llama, lo que perseguimos con ansia para romper y dominar, para compenetrarnos y confundirnos con la realidad realísima.

"Nunca olvidaremos las excursiones que hacíamos por el Retiro cuando chicos, las ansias de felicidad que nos dominaban corriendo y saltando por las frondas. Pero, cuando al llegar a las tapias del mismo echábamos una ojeada por encima de ellas y contemplábamos la estepa, el páramo, las arideces, la muerte, nos quedábamos mustios, pensativos, cariacontecidos, tristes, dando la razón a Cánovas [del Castillo], cuando decía en discurso memorable del Senado: *iNo me choca que un día hayamos perdido el Rosellón, el otro Cerdeña, el otro los Países Bajos, las Américas, etcétera, etcétera; lo que me*

choca es que hayamos podido sostener tanta conquista desde estas pobres y áridas llanuras de Castilla!

"Y el modo que teníamos de sacudirnos la *morriña* era el siguiente: volvíamos por el museo de pinturas; atravesábamos corriendo o poco menos la gran sala de los Velázquez, *Goyas, Rafaeles y Murillos*; cogíamos la escalera que daba acceso al Museo de Arte Moderno, hoy en el Palacio de la Biblioteca, y, una vez allí, nos quedábamos absortos contemplando el paisaje estupendo, de Haes, de los Picos de Europa. Aquello era y es la quinta esencia de la verdad en la imitación de la Naturaleza.

"¿Y qué dirían cuantos contemplan ese cuadro si supiesen que en ese mismo paisaje se están destruyendo los árboles y los animales? Pues el que esto escribe se encontró no ha mucho en las gargantas del río Cares con tilos estupendos, milenarios, recién abatidos por el hacha. Las mujeres [del pueblo] de Caín, al decir de los hombres, por no tomarse la molestia de subir al árbol o de llevar un chiquillo que lo haga, para recoger un puñado de hojas de tila, no encuentran medio más cómodo y más inteligente que el de echar el árbol abajo. Y cuando uno piensa que esto se efectúa en España sin que los Ayuntamientos ni las Diputaciones Provinciales se preocupen, hay que preguntar dónde tienen el seso las gentes y cómo se atreve a abominar de los gobiernos un pueblo que tan poco discurre. La política del poder central tiene que intervenir para irradiar una cultura que las localidades desconocen y tienen que dejar de preocuparse principalmente, como lo hace, de lo que dijeron o pudieron decir fulanito o menganito acerca de la mayor o menor proximidad de la crisis. Estamos destruyendo a España y hay que saber si los españoles somos o no capaces de hacer examen de conciencia, porque si no reflexionamos o no discurremos, apaga y vámonos.

"En medio de la insensata devastación, dice Mariano de Cavia en su notabilísimo artículo titulado "Las tierras de Mío Cid", que ha convertido las antiguas florestas en eriales, quedan todavía en el interior de la Península doce o catorce oasis, verdaderos *monumentos nacionales*, que la naturaleza ha librado milagrosamente de las garras de la codicia y las pezuñas de la estulticia.

"Pues arrancar estos oasis de estas pezuñas y estas garras, ya en ellos clavadas, es lo que se proponen los Parques Nacionales; que el yermo y el páramo, como dice Cavia, en vez de incitar al Cid a correrías y a conquistas, le hubiesen recluso humildemente en el pueblo de Vivar.

"Un paisaje sin árboles, a más de feo, resulta ininteresante. ¿Qué interés puede ofrecer lo que de una sola ojeada se conquista? Cuando aparecen los árboles, en cambio, nos alegramos instintivamente, sentimos el acicate de la curiosidad que nos espolea. ¿Qué habrá detrás?, nos preguntamos. Deseamos apearnos del tren, del coche o automóvil, y el paisaje aparece revestido con todo el encanto de lo misterioso, de lo oculto, de lo recatado, de lo ignoto.

"Un paisaje sin árboles prefiere atravesarse de noche mejor que de día, leyendo mejor que mirando por la ventanilla. El [ferrocarril] *Sur Expreso* jamás debiera llegar a Madrid a las tres de la tarde, como no fuese con la intención de exaltar el patriotismo de los extranjeros, europeos o americanos, que

obligados en pleno día a atravesar lo más feo de España, recordarán con amor y apreciación creciente sus tierras. Una patria sin árboles es como una mujer sin pelo, cejas ni pestañas.

"Pero España no es eso, España no es el páramo, la estepa. España no vive solo de reliquias, de recuerdos históricos y de esperanzas religiosas. España tiene un presente espléndido. España goza de paraísos, de Parques Nacionales, con paisajes y panoramas excelsos, estupendos, sobre toda ponderación pintorescos; poco conocidos, eso sí, de los españoles, que pecamos por demasiada afición al extranjero, pero que pueden y deben salir de la obscuridad en que yacen para gloria del solar nacional y encanto de propios y de extraños. Y al solo anuncio de la creación de los Parques Nacionales en España, ya están preguntando con interés creciente de América y otros puntos, a pesar de la guerra. Los españoles nos hemos empeñado en que a los extranjeros solo les interesa arte, y estamos equivocados de medio a medio. El original siempre fue más apreciado que las copias.

"Un paisaje sin árboles, es un paisaje sin vida, sin vista, sin música. Los vientos y las aguas, no contenidos por los árboles, se convierten, respectivamente, en huracanados y torrenciales. Las tierras, esa tierra vegetal que forma la capa anual de la caída de la hoja, no retenidas por la raigambre de las raíces en las laderas, las arrastran las aguas para ir a cegar el cauce de los ríos y enturbiar en la desembocadura el agua de los mares. La roca queda al desnudo, pelada; el suelo, estéril, y el paisaje del todo a propósito para irse con la música a otra parte. Los pobres *emigran*. Los ricos se *ausentan*. Y los que quedan se entregan en cuerpo y alma al arte o a la religión; pero no como naturaleza que se expansiona, sino como naturaleza que se suple.

"¿Cómo no había de recibir la opinión con los brazos abiertos la *Ley de Parques Nacionales*? ¿Cómo no había de recibir con igual aplauso el *Real Decreto* de 24 de febrero último [de 1917]? El señor Gasset, el cuerpo nacional de ingenieros de montes, y dentro de él, de un modo especialísimo, el señor Armenteras, a quien tanto debe la causa forestal en España, están de enhorabuena. La Junta Central de Parques Nacionales acaba de formarse.

"Ahora, manos a la obra. Lo que no pueda declararse Parque Nacional podrá declararse acaso Sitio Nacional. Todo para ser protegido. Y lo que desde luego se formará y publicará será el *Catálogo Oficial Ilustrado de las Bellezas Naturales de España*".

Así se influía en la opinión pública española del año 1917. De este modo se avanzaba un pasito más en pro de nuestros primeros parques nacionales...

2.04. La heterodoxa Ordesa de 1918

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 22 de agosto de 2018

Uno de los especialistas reputados, si no el que más, en temas montañeros de los inicios del siglo XX fue Juan Manuel Madinaveitia. A través de su pluma, siempre amena y entretenida, muchos hispanos conocieron las montañas en la prensa generalista.

Vale la pena que rescatemos del olvido uno de sus trabajos, editado desde el número 177 de *Gran Vida. Revista Ilustrada* (marzo de 1918). El artículo de Madinaveitia llevaba por título un sobrio "Valle de Ordesa". En su interior nuestro cronista brindaba una visión más que heterodoxa de un valle a punto de iniciar su andadura como parque nacional. Atentos a esta descripción del *Divino Cañón*, tan desenfadada como iconoclasta, de hace cien añadas:

"Más correcto sería el llamarlo [al valle de Ordesa] *de Arrosa* [¿fallo de imprenta?], pues este último es el nombre del río que a lo largo de él corre. Sin embargo, ha dado la gente, principalmente en España, en llamarle *de Ordesa*, debido a que lleva este nombre la pradera donde se encuentran las casas que sirven de albergue.

"En la actualidad se habla mucho de este valle, cuya belleza supera a los demás del Pirineo; a esto es debido el haberlo hecho Parque Nacional. En este valle no domina ese reposo de ambiente como en los demás restantes del Pirineo.

"Ya no es el valle plácido con sus bosques de pinos en lomas suaves, sus praderas de un verde peculiar y las casitas (bordas) donde pasan el verano los pastores. No; este valle, por el contrario, tiene un aspecto triste. El río, en algunos sitios, no se ve, por ir por un surco profundo, donde produce sus remolinos y cascadas; las praderas no abundan, pues, donde debieran existir, han sembrado trigo o cualquier otra cosa; el bosque no es una masa de pinos continua, recortada por praderas, sino que es una masa discontinua, debido a las avalanchas que en invierno lo talan, y sus bordes lo forman las grandes paredes de rocas que, por amplios lados, limitan el valle. Es estrecho y sus paredes laterales son cortadas casi a pico, con una altura rayana en los mil metros.

"Estas paredes tienen, a manera de terrazas, unos sitios, algo horizontales, donde los pinos, ávidos de vida, han tomado asiento. Por una de estas terrazas, en la pared sur, se puede recorrer todo el valle hasta el circo de Soaso. Hay un sendero todo lo largo de la terraza, al cual se llega con gran facilidad desde las Casas de Ordesa.

"También podemos llegar a este circo sin más que seguir todo el río Arrasas [que no Arrosa], por una senda bien marcada que junto a él va. En un par de horas se llega, viendo desde el camino el barranco de Cotatuero, al norte, y más tarde una preciosa cascada, formada por el río Arrasas. El circo de Soaso está cerrado por una verdadera pared de piedra, sin más salida que por donde suponemos haber entrado, por el lado sur, y por entre unas rocas por el norte. Esa última salida es difícil de encontrar, y por esto han pintado en la roca unas flechas negras, fáciles de seguir una vez encontrada la primera.

"Aquí arriba es donde se une el camino bajo con el que sigue por la cornisa. También sale de aquí otro bonito camino que, en poco tiempo, nos lleva a Fanlo (pueblo muy visitado por los alpinistas).

"Si seguimos aguas arriba, llegamos a una borda bastante mala, donde suelen pernoctar los que piensan ascender al día siguiente al Monte Perdido o al Cilindro de Marboré. Continuando junto al río, hacia su nacimiento, en dirección norte-noroeste, llegamos pronto a dar vista a la parte superior del

barranco de Cotatuero y a la brecha de Rolando (la Breca le llaman en Torla) [nada dice de Roldán]. Poco más de media hora se tarda en llegar a este curioso puerto, cuya leyenda omito por ser de todos conocida. Al norte tenemos Francia y al sur España. Ambos paisajes son completamente distintos: el de la parte de Francia es poco abrupto (excepción hecha del circo de Gavarnie, que tenemos a nuestros pies), dominándose la fértil llanura del Garona; en cambio, en España vemos los surcos del barranco de Cotatuero y del valle de Ordesa.

"Otro camino de llegar a la brecha de Rolando es el que asciende a todo lo largo del barranco de Cotatuero. Este camino es más corto pero más penoso, por tener que ascender rápidamente, al principio, por un sendero metido en el pinar. El que siga este camino, que procure no perder el sendero, pues el bosque es muy tupido y molesto para la marcha por él. Luego (al cabo de un par de horas) llegamos a la cascada más bonita de toda esta parte. Lo malo es que nosotros tenemos que ascender por un acantilado tan pino como por donde se precipita el agua, y si no vamos con guía nos costará encontrar las clavijas (como las llaman allí) que puso en el año 1881 el Gobierno Francés [más bien, un cazador inglés].

"Luego, ya no tenemos más que seguir, en dirección norte, subiendo a una serie de terrazas para, en otro par de horas, llegar a la brecha de Rolando. En esta Brecha hay un refugio, tallado en roca, por la parte de Francia [el Abrigo Russell]. Este refugio carece de comodidad en absoluto, pues no tiene ni puerta.

"De aquí se baja, en unas tres horas, por un camino pino, teniendo que atravesar un pequeño glaciar, y luego, por el circo de Gavarnie, al pueblo de Gavarnie. Este pueblo, como casi todos los de la parte de Francia, tiene magníficos hoteles, buenos medios de comunicación y un buen servicio de guías a la disposición de los alpinistas.

"De cómo se llega a Ordesa, tendré que confesar que casi el mejor camino es por Francia, atravesando la brecha de Rolando. Por España el camino es molesto y largo. Hay dos a cual peor, y que, según las aficiones del alpinista, puede elegir el uno o el otro.

"En el único tren al día que llega a Jaca podemos ir a Sabiñánigo (se sale de Zaragoza a las 7:00 h y se llega a las 13:00 h). De aquí sale un automóvil correo, que nos conduce a Biescas (dieciséis kilómetros); de aquí tenemos que pasar el puerto de Cotefablo, pasar por Fragén a dormir en Torla (seis horas de marcha), para en la mañana siguiente subir a las Casas de Ordesa [Oliván y Bergés]. Estas dos casas poseen unas veinte camas entre las dos, y, como solo distan dos horas de Torla, están bien surtidas.

"El otro camino es llegar en tren a Barbastro, de donde sale a las 5:00 h un automóvil-correo todos los días pares del mes, para llegar a Boltaña a la hora de comer. Luego quedan veintiocho kilómetros de carretera hasta Broto, más tres kilómetros de camino de herradura hasta Torla, más un par de horas hasta Ordesa.

"Claro que también resulta casi más bonito el ir y volver por Panticosa, pasando una de las veces el puerto de Tendeñera (ocho horas hasta Bujaruelo

y dos más a Ordesa) y la otra el puerto de Brazato (cerca de diez horas hasta Bujaruelo).

"Estos dos caminos tienen la ventaja de ser mucho más bonitos y más alpinos que los otros, pero, en cambio, el del puerto de Brazato tiene el inconveniente de ser casi imposible el ir con caballerías. En cambio, es el más bonito de todos ellos".

Tales eran en 1918 las perspectivas para los visitantes del, a punto de ser puesto en servicio, *Parque Nacional del valle de Ordesa o del río Ara...*

2.05. ¿Taillón o Tarazón?

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 7 de septiembre de 2018

El número de quienes hoy desconfían de los dogmas de la toponimia es importante. Y me refiero a quienes observan esas elucubraciones recientes sobre, por ejemplo, los nombres de las montañas oscenses. Conozco a varios estudiosos de nuestro deporte que las han seguido como quienes escuchan a un parapsicólogo. No es de extrañar. Cuando los supuestos *expertos* demuestran grandes aptitudes para la inventiva y desdén por esas páginas del pirineísmo que fueron escritas al alimón por montañeses y montañeros... En fin: pues, en tal caso, se acaban contemplando las disquisiciones de los *toponimistas de Corte* como un debate sobre las Caras de Bélmez.

El estudio serio de las denominaciones de unas montañas tan historiadas como, pongamos, los *tresmiles* aragoneses, hubiera exigido de un mínimo de trabajo real. Sin oscurantismos ni ausencia de explicaciones. Salvo, claro está, que los fines partidistas sean lo más importante de este *culebrón*. Cada una de las 160 cumbres afectadas hubiese tenido que ser objeto de rastreos meticulosos de topónimos como paso previo al análisis, a las propuestas lógicas y a la exposición pública. Sin prisas. Con la idea de cualquier imposición despótica bien alejada. Porque para clavarles la primera palabreja aragonesizada no hacían falta ni comisiones ni comparecencias ante los medios. Obrar bajo la sombrilla de alguna Consejería del *Gobierno de Aragón* hubiese tenido que suscitar actitudes responsables, conciliadoras, moderadas, eruditas... Lo contrario recuerda el viejo derecho de pernada. Esperemos que esta tendencia tan del gustillo medieval siga en vigor solo hasta las siguientes elecciones autonómicas.

Es una pena. Porque van a quedar bastantes asuntos por investigar sobre la toponimia del Pirineo para quienes, algún día, vengan detrás de los politizadores de nuestras montañas. Como el centenario del *Parque Nacional del valle de Ordesa o del río Ara* nos irá trayendo una generosa colección de textos, aportaré uno que posiblemente no ha sido difundido aún en nuestro mundillo.

Dicho artículo aborda el viaje hasta la gran brecha del Marboré de un tal Alfredo Serrano Jover. Es un trabajo rico en matices de todo tipo que se publicaba en el número 24 de *La Ilustración Española y Americana* del 30 de junio de 1912. La verdad es que tirar de hemeroteca nunca ha sentado mal a nadie...

Pero pasemos ya a estos "Paisajes y recuerdos: la brecha de Roldán". Veamos cómo fue el ascenso de nuestro cronista en busca del gran boquete calcáreo. Atentos, sobre todo, a las tan interesantes como, a veces, contradictorias designaciones de estos parajes del Macizo del Monte Perdido de Serrano Jover: "Frente la más generalizada leyenda de la muerte de *Roldán* [empleará indistintamente *Roldán/Roland/Orlando*] en Roncesvalles, a que me referí en mi anterior artículo, la desbordada tradición de sus hazañas ha llevado tan imaginarios recuerdos a distantes lugares, y si es verdad que en ciertos casos pudieran apoyarse en menos difundidas invenciones sobre el trágico fin del personaje carolingio, en muchos otros responden exclusivamente a un rústico afán de que los más admirados riscos pirenaicos perpetúen la más encarnizada lucha de que fueron teatro.

"El viajero que por Cambo se encamine a Roncesvalles, es probable que explique la fábula del *Paso de Roland* trayendo a la memoria la poética ficción de nuestros romances que presentan al célebre paladín indemne, como invulnerable que era, pero que camino adelante encuentra a Carlomagno, y del dolor de verle vencido y pensar en sus compañeros inmolados, muere. Una de esas composiciones (de Lucas Rodríguez, *Romancero historiado*) así pinta la muerte de Roldán en los siguientes versos:

Estando en esta congoja,
 alzó los ojos *Orlando*,
 y por una cuesta arriba,
 huyendo vio a Carlomagno,
 Solo, triste y sin corona.
 de sangre todo bañado;
 y al dolor de verlo así,
 muerto cayó del caballo.

"Y creeríase inspirada en la hoz del misterioso paso, cuando comienza diciendo:

Apartado del camino
 por *un valle muy cerrado*,
 vi venir a un caballero
 en un herido caballo.

"Pero punto menos que inexplicables por la tradición y las leyendas, parecen otras evocaciones de *Roldán* en los Pirineos. Y en verdad que así es.

"Terminada la excursión de Roncesvalles en Pamplona, nueva y larga excursión hay que emprender hasta enfrentar, allá en el Alto Aragón, las enhiestas cimas pirenaicas donde se encuentra la llamada *brecha de Roland*, también atribuida al poder de su espada.

"Es esta un corte de roca tan imponente y atractivo, como desligado de cuanto se relaciona con el decantado desastre de Carlomagno. Largo y difícil el acceso a ella por la vertiente española, puede acometerse desde la villa de Torla, en busca del renombrado puerto de Gavarnie [o de Bujaruelo], que se remonta a dos mil doscientos ochenta y dos metros de altura. El gigantesco muro de los altos picos de *Astazou* (tres mil ochenta metros), Cilindro del *Marboré* (tres mil trescientos veintisiete metros), *Marboré* (tres mil doscientos cincuenta y tres

metros), Espalda del *Marboré* (tres mil treinta y siete metros) [¿fue el primero en traducir mal *épaule*, u *hombro*?], Torres del *Marboré* (tres mil diez y ocho metros), *Taillon* o Tarazón (tres mil ciento cuarenta y seis metros) y de los *Sarradets* (dos mil setecientos cuarenta metros), se extiende de este a oeste, y domina constantemente el puerto, obligando a realizar otra penosa ascensión, que al llegar a los dos mil ochocientos cuatro metros deja expedito el paso de la célebre Brecha.

"La *brecha de Roland* muéstrase en una esbelta y elevada roca, que divide en dos derechos machones, con una separación de cuarenta metros en su base, bastante aumentada a un tercio de su altura. En aquel paraje, cubierto de nieves perpetuas y donde son tan escasas las señales de vida, semejan dos ciclópeos centinelas, y a pesar de su firme cimentación, producen la intranquilidad de una continua amenaza para la planicie en que se yerguen y aún más para el profundo abismo que se abre a sus pies.

"Señal son de uno de los tres pasos practicables de la formidable barrera que, apenas franqueada, descubre al viajero admirable paisaje. En su contraria vertiente la depresión del terreno forma a mil seiscientos metros una amplia planicie; las grandes moles de los montes próximos cercanía casi por completo, y le envían el agua deshelada de sus ventisqueros por diez y ocho cascadas, cuyo ímpetu horada los copos de nieve depositados en el fondo, y los convierte en sólidos pero lúbricos pasadizos de diversos torrentes. Únense estos en un curso que busca su salida por el lado opuesto del murado recinto, y proporcióнала a su vez al único sendero que permite abandonarlo sin tener que arremeter con fatigosas pendientes. Tal es el magnífico *circo de Gavarnie*.

"El poderoso desnivel que tan grandiosas proporciones le comunica, sálvase hasta la *brecha de Roland* por la *Escala de los Sarradets*. Escarpado y fatigoso es el camino, mas lleno de preciosos puntos de vista sobre el fondo del Circo donde los ventisqueros del *Marboré* reverberan con el sol de los días de agosto, en que suelen hacerse estas excursiones, formando espléndido nimbo a la Gran Cascada, que desde ellos se precipita con su doble salto de cuatrocientos veintidós metros.

"La cerrada salida que bordea el curso de aguas conduce al cercano burgo del mismo nombre que el Circo, cuyos bien arreglados hospedajes y variados anuncios de guías y cabalgaduras para las innumerables excursiones con que brindan los pintorescos alrededores, da idea de los muchos viandantes que atrae.

"Traspasado su caserío con dirección a la villa de Luz, admírase por última vez el fondo del Circo, y se deja el verdino y nemoroso valle de Gavarnie, penetrando en otro *Paso de Roland*, limitado a la derecha por las laderas del *Coumely*. Débese este nuevo recuerdo del sobrino de Carlomagno en la comarca, a la huella de unas herraduras que ostenta cierta piedra junto a la misma carretera; la leyenda popular imagina que es la del caballo de *Roldán*, impresa cuando allí fue a caer en prodigioso salto dado desde la Brecha abierta por su amo.

"La viva emoción que pasos más allá aguarda al viajero hace olvidar inmediatamente ese último resurgimiento de la figura del ponderado paladín.

El camino penetra en el Caos, imponente conjunto de enormes rocas desgajadas de las cumbres del *Coumely*. En el fondo del barranco, sobre el río y el espacio ocupado hoy por la carretera, forman un pétreo dédalo, que reproduce el estupor de la catástrofe. Sus cortadas y caprichosas líneas dan pábulo a la fantasía para descubrir mil grotescas figuras; en el cauce del río, el musgo dibuja sobre una roca la silueta del *Oso del Caos*; en la orilla izquierda, a cierta altura existe una oquedad en la cual se esconde el *Monje del Caos*, y a la derecha tres rapadas rocas de extraños contornos merecen el nombre de las *Tres Hermanas del Caos*.

"Cuando el paisaje se despeja de nuevo, la carretera atraviesa el villorrio de *Gèdre*, centro de otras muchas excursiones, cual la del *circo de Troumouse*, la del lago de *Estom* y la ascensión al *Piméné*. Una legión de arrapiezos se precipita a los estribos del coche, y con monótona tonadilla ofrece a los visitantes pedazos de minerales de la comarca. La desmantelada y poética torre de la iglesia antigua marca el término de los rápidos serpees del camino y de la mercantil porfía de los chicos, que, jadeantes, se acogen a su sombra para descansar, y libre ya aquél de cercanas barreras, vuélvese la vista hacia el punto de partida, y por postrera vez se percibe claramente, allá en lo alto de las últimas cumbres, la *brecha de Roldán* y la denominada *Falsa Brecha*, cual si defendieran su remembranza de la impresión del Caos.

"A veinte kilómetros de Gavarnie brinda el escondido pueblo de Luz el necesario descanso a tan larga y ajetreada excursión, y allí se acepta con más gusto que en la bulliciosa villa de los excursionistas, porque Luz cuenta para ello con dos cosas: falta absoluta de diversiones que distraigan del reposo, y un arrullador torrente junto a sus hoteles que convida al sueño.

"Por cierto que en esta expedición, y una vez en territorio francés, hubimos de sufrir los abusos de alquiladores de bestias e informalidades de los guías, sin que a mis compañeros españoles les quedara el desahogo de achacarlo a *cosas de España*".

¿Seguimos un poco más hablando sobre temas serios de pirineísmo, o nos pasamos al universo alucinado de los expertos en las Caras de Bélmez...? Optemos por el rigor. Hace no mucho descubríamos el topónimo Daillon con el que Henri Reboul y Louis Ramond designaban, allá por las postrimerías del siglo XVIII, al hoy Taillón/Punta Negra. He aquí un territorio excelente para que lo investiguen esos lingüistas que no se meten en la cama con cualquiera. Podemos añadirle, desde los arranques del siglo XX, el misterio de Tarazón... ¿Un término mal entendido, un error de imprenta o un topónimo en desuso?

Y ahora que lo pienso: Tarazón suena más a *aragonés*, ¿verdad? Me da que si los artífices de la *Lista Soro* lo hubieran conocido (¡ay, esa fobia tan clamorosa a las hemerotecas!), lo hubiesen hecho suyo al instante. Sin comprobación alguna, solo por ser raro de narices y por tener pintas de *autóctono de toda de vida*.

Por lo demás, continuamos esperando las 160 razones de su toponimia oficial tresmilera. Sentados, por si acaso se demoran otro año más.

2.06. Mouno, Munia..., ¿o Almunia (de Doña Godina)?

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 7 de septiembre de 2018

Es posible que el *cumpleaños* del parque nacional de Ordesa se extienda hacia el 2020. Hacia ese verano de su inauguración oficial, claro está. Durante dicho lapso parece lógico que se difundan textos y más textos sobre este maravilloso universo calcáreo que siempre sabe reservarnos algo novedoso.

Tradicionalmente muchos patriarcas del pirineísmo consideraban que en lo más granado de la cordillera francoespañola se concentraba en esa suerte de media luna caliza que se extendía desde el Vignemale hasta La Munia, tras vertebrar el espinazo del Monte Perdido. Hoy acudiremos justamente al extremo oriental de esta obra maestra del karst. De la mano de uno de los *padres* del parque del río Arazas, Lucien Briet, es posible conocer algún detalle no del todo promocionado de la montaña que fuera apodada como la *Dama del Pirineo*. Con algún toquecillo toponímico, ¡qué caramba!, de esos que aportaban unos estudiosos que hubieran tenido que sentar cátedra en los asuntos concernientes a los nombres de las montañas de nuestra cadena. Los de verdad, los recogidos de labios montañeses durante los siglos pasados previos a la gran despoblación.

El magnífico estudioso del Pirineo central que fue Briet firmó un trabajo titulado como "La Munia" en el número 1.537 de *La Nature*, allá por 1902. Cuando todavía no había reorientado sus pesquisas hacia la porción de las Tres Sororas del Macizo Calcáreo. Merece la pena deleitarse con un artículo que sin duda sabe a poco. Es un texto con arranque de gran gala, con tremenda potencia y efectividad, de formato casi cinematográfico. Muy *Briet*, vamos. Disfrutemos con este especialista en la presentación y la propaganda de los decorados pirenaicos:

"Las cimas de La Munia y del Vignemale, sobre la frontera francoespañola, flanquean por ambos lados ese poderoso macizo pirenaico donde el Monte Perdido reina entre muchos picos grandiosos, como un monarca en medio de sus pares. Por su naturaleza misma y por su situación, estas dos montañas, que parecen jugar un papel de connivencia junto al gigante calcáreo, reclaman simultáneamente el interés que se les destina, en razón, en cuanto a éste [el Vignemale], del majestuoso río de hielo que forma, y aquélla [La Munia], del anfiteatro que corona, el más impresionante y amplio de todas las ubicaciones de la región".

Salta a la vista que estamos, ante todo, frente a un artículo de *divulgación erudita* destinado a ese público culto y sensible que frecuentaba mayoritariamente las montañas. Se trata de un viaje de presentación emprendido desde el norte, por la entonces vía de acceso más cómoda y, en consecuencia, la utilizada mayoritariamente a comienzos del siglo XX. Acompañemos un poquillo al parisino para disfrutar de su prosa:

"Tanto desde el fondo del valle de Héas como desde la Peyrade, La Munia ocupa el horizonte con su majestuosidad blanca [...]. La noble montaña se oculta detrás de formidables cimientos para reaparecer, con todo su esplendor, una vez que se alcanza el área del circo. Desde una colina reconocible por la estatua de la Virgen que allí se alza, el panorama se vuelve maravilloso. La

explanada está encerrada por una especie de herradura donde La Munia ocupa el centro, se compone por la serie de pastos denominados la Montaña de Troumouze, donde un arroyo murmura [...].

“Ninguno de los picos que afloran desde la cresta del circo de Troumouze se esmera violentamente por destacar de sus hermanos. Cierta viento de igualdad sopla por esta asamblea de cimas. La Munia se distingue más bien por su posición y por las nieves que la sobrecargan que por su altitud. Ella se ve flanqueada por dos pasos, el col de La Munia y la brecha de Sierra Morena suficientemente practicables. Una esquina de cielo dividida por la arcada rebajada de un puente, tal es la silueta de La Munia. Sobre este sombrero tan original se estría un encaje de asperezas: la cima ocupa más o menos el centro. Unas gradas espolvoreadas por brumas se nivelan inmediatamente. El Marboré, el Monte Perdido, La Munia, obras del mismo arquitecto, están firmadas por una rúbrica idéntica. Un glaciar vierte una catarata de séracs azulados. El muro del recinto del hemicírculo que forma el zócalo por todo se macula de rebabas ocasionadas por las fuentes primaverales; ella se une a unos taludes de guijarros finos y muy extensos, el *índice* de la montaña, como dijera Ramond, que se redondean en una cubeta donde el pequeño lago de Las Aires refleja”.

Pero Lucien Briet estaba muy interesado, ya desde los arranques del siglo XX, en abrir al mundo turístico el costado aragonés de la cordillera. Una auténtica *terra incognita* para quienes deseaban recorrer sus montañas. No por eso se iba a arredrar este pirineísta irreplicable al que debemos tanto al sur de la línea de aguas:

“Visto por el otro lado, La Munia es más gigantesca todavía. Ella lanza un espolón por el lado de Barrosa que crea dos circos en uno solo. Bajo el col de Las Louseras [hoy, Robiñera], las pendientes se ven interrumpidas a mitad de camino por un asiento abrupto, en tanto que hacia La Géla, la masa entera se condensa en un rompeolas, un pedestal mágico que ofrece y dedica a las terrazas desnudas sobre las terrazas nivosas... Es la porción menos conocida, la menos frecuentada de La Munia –me refiero a los alpinistas, que no a los cazadores de Aragnouet–, el que sería más dificultoso para dibujar en gran escala y con exactitud sobre los mapas. Se aleja tanto de los caminos habituales...

“La Munia se perfila con la forma de un cono el cual, desde el litoral de la *Mer de Glace* del Monte Perdido no tendría importancia alguna si no fuera el más alto punto del paté de montañas inmovilizadas allí. Al oeste, es decir, en la cresta del pico de Barroude, la muralla del circo de La Géla rellena de tal forma el cuadro que apenas se ve sino ésta [La Munia].

“Toda la gloria de La Munia consiste, pues, en dominar Troumouze, ese croissant monstruoso que unen las dos ramas de Sierra Morena y Bounéou. Culmen esquistoso, se encuentra aquí y allí una pizarra excelente: el conjunto, más o menos puro, venoso, variado y en descomposición, se dispone en lechos verticales cuyas puntas agudas explican la estrechez de la cresta y las dificultades de su ascenso”.

Lo dicho: el *turismo verde* en el Alto Aragón le debe mucho a Lucien Briet. También la toponimia de sus montañas. No en vano, este hijo de París se molestó en recabar informes de los naturales, ya fueran cultos o no, sobre cómo se llamaban los accidentes del Sobrarbe. En el caso de la *Dama del Pirineo*, este sería el resumido análisis topo-histórico de 1902 donde resulta clamorosa la ausencia de cierto término que hoy nos han encasquetado desde la *Lista Soro* sin la menor explicación:

“La altitud de La Munia alcanza los 3.150 metros. El nombre de ese pico parece derivar de *moenia*, plural que quiere decir murallas mortificadas. Del latín se han extraído algunas denominaciones locales como las *Parets* (*parietes*) de Pineta, por ejemplo. ¿Algún servidor de la capilla [¿de Héas?] habría designado así la periferia del gran anfiteatro? En cualquier caso, quien lo inventó lo vio con exactitud. En la época de la exploración de la región de Barèges se desconocía su nombre. [Louis] Ramond dibujó bastante confusamente a La Munia bajo el epíteto de *Montaña de Troumouse*, error grave por su parte, puesto que confundía la circunferencia con el círculo, y la *Montaña de Troumouse* simplemente no estaba en la lengua y el espíritu de los nativos sino como la superficie de céspedes del circo.

“Añadamos a propósito de *moenia* y de Munia que *a priori* no es preciso rebuscar la etimología de los nombres en sus similitudes. Munia es sencillamente la corrupción debida a los paseantes extranjeros del nombre *Mouno*. La Munia en el dialecto de Barèges se llama *Et Soum d'éra Mouno*. Es decir: el *Soum de la Mouno*. El nombre de la última casa de Héas –el de la antigua familia propietaria– hace mucho tiempo que se ha instalado sobre el pico... El puente de Lartigue en Sia, el bosque de Benqué en Gèdre, etcétera, fueron por lo demás bautizados por las chozas cercanas. Además, ¿el Astazu no quedó transformado en la *Stazona* y la *Frazona* por ciertos autores? La última casa de Héas pertenece en la actualidad a François Lavignolle, guía y cazador, a quien se le llama familiarmente como *Francès de la Mouno*. Fueron los primeros visitantes de Héas quienes descubrieron a La Munia. Cuando realizó su famosa marcha de 1788, Sant-Amans se extrañó ante cierta “alta montaña por completo recargada de nieve, totalmente recubierta por glaciares azulados”, que se alzaba sobre cualquier perspectiva, pero a la que no se acercó sino diez años más tarde y en compañía de Ramond. El vencedor del Monte Perdido y su amigo se limitaron a ganar el pie de las paredes de La Munia, bajo el corredor de la Clef du Curé, que es descrita de un modo muy reconocible [...].

“En el mes de agosto de 1826 los oficiales geodestas Peytier y Hossard hicieron de La Munia un punto [geodésico] de primer orden mientras lo avistaban desde el Balaitús, el Midi de Bigorre, el Montespé y la tuca de Maupas, y usaron por su parte ese nombre indeterminado de Troumouse que su jefe respetó en su *Memoria*, y que originó más tarde una confusión lamentable. Muchos han creído que se trataba en lugar de La Munia del pico de Troumouse; es decir: del de las puntas de la cresta de Sierra Morena donde se destaca la arista fronteriza continuando por el pico de Barroude y los puertos comunes de los valles de Aure y de Bielsa. Sin embargo, estos valientes

ingenieros geodestas estaban perfectamente establecidos sobre La Munia, aunque no sobre la misma cima, sino al este de dicha cresta y por debajo, sobre un pitón secundario donde su señal está en pie todavía, una torreta de piedras planas de dos metros de altura y delgada como si fuera una columna [...].

“Los lagos de La Munia fueron seguidamente registrados sobre los mapas con sus curiosos alrededores por [Franz] Schrader y, dos años más tarde, en 1877, la vertiente meridional española era igualmente vislumbrada en la persona del circo de Barrosa, aunque los alpinistas podían ahora aventurarse con sobrado conocimiento de causa...”.

Aquí nos despediremos del siempre extraordinario Lucien Briet. Confiando en que su *modus operandi* logre que alguno de los toponimistas politizados que pululan por las faldas del Poder se caiga de su montura (¿acaso un burro autóctono?) y vea la luz durante su camino a Damasco (¿al Pignatelli, más bien?): recolecta lo más completa posible de datos en circulación, disquisiciones sobre el historial toponímico y sus variedades, exposición pública en un gran medio..., iy nada de imposiciones dictadas en plan *Dedazo de Dios!* Por lo demás, al menos para mí, la *Dama del Pirineo* siempre será La Munia. Y Lucien Briet un gran maestro.

2.07. Donde brota el río de Gavarnie, de Lourdes y de Pau

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 28 de septiembre de 2018

Entre los nacederos de ríos aragoneses que pueden presumir de una mayor originalidad habría que incluir varios cursos eminentemente *gabachos*. Es decir: unos caminos del agua pirenaica tan caprichosos que, tras venir al mundo en Huesca, fluyen después hacia los llanos de las Galias. Como, pongamos, el conocido como gave de Gavarnie, de Lourdes o de Pau, el pujante tributario con tres nombres del Adour. Cuya búsqueda primeriza de la luz se materializa de un modo fantástico a través de la Gran Cascada de Gavarnie.

Hablar de un río que, hoy lo sabemos, es de origen oscense, implica poner sobre la mesa un puñadito de citas sobre su vistoso salto inaugural. Solo unas pocas entre una colección larga donde descollan viajeros, pirineístas, poetas, literatos... Porque desde el siglo XVIII Gavarnie acogió con regularidad curiosos como cierto abogado local, Jean-Marie Noguès, quien supuso erróneamente que era en este circo colosal donde nacía el gran río. Así, en 1788 este promotor temprano consideraba el aprovechamiento turístico de sus cortinas de agua “para servir a los extranjeros de todas las razas y todos los sexos, que la curiosidad atraiga en masa a las fuentes de la Gave..., a la cima de la montaña del Marboré, que da la fuente a la Gave”.

Un año después era el científico Henri Reboul quien se fijaba en la salida al exterior del enigmático curso de agua. El texto resultante sonaba medio académico, medio lírico:

“Uno de los torrentes del costado este, cuyo volumen sobrepasa al de todos los demás juntos, se precipita desde lo alto del roquedo, que se abalanza en

saliente y cae con un ruido horrible a más de 1.200 pies de profundidad. Sus aguas, divididas en el aire, quedan reducidas a polvo, formando en torno a la cascada una bruma suspendida que se despliega ante los ojos del espectador con todo su volumen y velocidad de su caída”.

Por lo demás, buena parte de los estudiosos de los cursos de montaña pirenaicos han aireado otra cita de aquellos *Años de las Luces*, firmada por el geólogo Bernard de Palassou a propósito del nacedero hoy que nos ocupa:

“No se puede considerar sino con esfuerzo el horrible e imponente espectáculo de las torres de Marboré, situadas en las fuentes del Gave, que parecen presentar a la imaginación, incluso a la más tibia, la morada sagrada del dios que vierte las aguas saludables de este río”.

El siglo siguiente fue, sin duda, el del circo de Gavarnie. Las crónicas de trotamundos pasmados ante su Gran Cascada comienzan entonces a ser muy frecuentes. Por ejemplo, estos párrafos de 1817 redactados por Friedrich Parrot, quien desde la Prade avistó “la fuente de ese gave de Pau que surge, a 1.662 metros de altitud, de una gran masa de nieve acumulada en el fondo del circo de Gavarnie”. El científico ruso se mostró fascinado con “la célebre cascada del Monte Perdido [sic], que se parece más bien a las cascadas vaporosas de Suiza que a una caída de agua propiamente dicha, donde el agua forma un chorro liso y apretado que, a causa de su gran altura, se divide a mitad de trayectoria en numerosos chorros”. Con una intuición más que acertada, imaginó que aquel chorro de agua que daba lugar al gave de Gavarnie/Lourdes/Pau solo podía proceder del Monte Perdido. Como veremos en la siguiente entrada, Parrot dio en el blanco plenamente.

Como quiera que sea, todos los libros de viajes decimonónicos incluyeron su descripción de este prodigio del mundo hidrológico. A destacar la del *Álbum Pintoresco Universal* de 1842, donde un anónimo cronista encarrilaba a los posibles veraneantes hispanos hacia el gran hemicírculo del Pays Toy:

“Los muros de rocas que coronan las fuentes de Gavarnie son para ellos lo que a primera vista parece el último confín del mundo. Sin embargo desde las mismas alturas de aquellas gargantas, cuyo recinto parece inaccesible, y no dejan en ninguna parte la menor vía de comunicación con el país que las rodea, ¡qué inmenso campo no se abre a los ojos del viajero curioso y observado... Fijos los ojos en el desenvolvimiento pintoresco de las montañas, y en el valle de Gavarnie, que ocultan blanquizcos vapores, y del cual multitud de cimas parecen salir como de un océano sin límites, busca en vano a su alrededor asuntos propios a sus trabajos”.

Cerraremos nuestro rápido repaso de la salida a Francia de un río subterráneo de Aragón de la mano de un escritor de *bestsellers* del siglo XIX. De ese Hippolyte Taine que en 1855 se preguntaba con cierto choteo:

“Viene usted de los Pirineos, ¿ha visto Gavarnie? No. Entonces, ¿para qué ha ido a los Pirineos?”.

No solo contenía bromas amables la obra de Taine. Desde el exitoso *Voyage aux eaux des Pyrénées*, el literato divulgó entre sus pródigos lectores la enorme belleza de la surgencia del torrente de Gavarnie:

“Toda esta grandiosidad es austera [...]; grandes sombras húmedas se alzan al pie de las murallas. Es el invierno eterno y la desnudez del desierto. Los únicos habitantes son las cascadas reunidas aquí para formar el Gave. Los hilos de agua llegan por millares del más alto escaño, retozan de grada en grada, cruzan sus ranuras espumosas, serpentean, se alisan y caen en doce arroyos que se deslizan desde la última grada en regueros ondeantes, para perderse entre los ventisqueros del fondo. La decimotercera cascada, a la izquierda, tiene mil doscientos setenta pies de altura. Cae lentamente, como una nube que desciende o como un velo de muselina que se despliega; el aire suaviza la caída, la vista sigue con agrado la graciosa ondulación del bello velo aéreo. Se desliza a lo largo de la roca, y más parece flotar que fluir. El sol ilumina su melena con el resplandor más dulce y más amable. Llega abajo como un ramo de plumas finas y ondeantes, y rebota en polvillo de plata, el fresco y transparente vapor se balancea en torno a la piedra mojada, y su reguero, saltarín, sube a lo largo de los cimientos. El aire está inmóvil; ningún ruido, ningún ser viviente en esta soledad. No se oye sino el murmullo monótono de las cascadas, semejante al roce de las hojas que el viento estremece en la selva [...].

“Los buenos turistas fatigados se quedan, por lo general, en el albergue, comen copiosamente, mandan poner una silla delante de la puerta y digieren, contemplando el circo, que desde allí parece no más alto que una casa. Después de lo cual regresan, alabando el espectáculo grandioso y muy contentos de haber venido a los Pirineos”.

¿Y cómo se llegó a la conclusión de que este río *tan-tan francés* tenía, en realidad, procedencia hispana? Fue un caso de descubrimiento progresivo. Desde las primeras fases de esta exploración hidrológica, diversos montañeros rondaron el boquete por donde salía el agua que formaba la Gran Cascada de Gavarnie. Hacia 1847 el guía Laurent Passet alcanzaba el arranque de dicha cascada a través de la después llamada brecha de Passet. Llevó con él a un turista. Dos o tres años después, junto con su colega Bastien Teinturier, guiaría por el glaciar del Gave al matrimonio Alluau, de Limoges.

Aparte de estas iniciativas turísticas un tanto espaciadas, hasta 1872 nadie más se preocupó por el manadero de la Gran Cascada de Gavarnie. Fue el cartógrafo Franz Schrader quien difundió entre el público culto que las aguas del Gave surgían de un agujero de la pared del circo. Ello supuso el inicio de unas discusiones sobre si el agua procedía de los mismos glaciares galos o si, tal vez, llegaba desde más allá de la divisoria. Como nuestros vecinos decían: si el río disponía de un nacedero “tras los montes”.

En 1907 el escalador Henri Brulle quiso acercarse para estudiar la caverna que pronto llevaría su nombre... En pos de los borbotones de las aguadas, penetró en un reino mágico que calificó “como de cuento de hadas” por los grandes cristales de hielo que pendían de aquella oquedad colgada del Circo. Constató que ese Trou o Agujero de Brulle abierto al cielo sobre los 2.700 metros parecía traer unas infiltraciones que cruzaban por galerías profundas la muga de Aragón.

Entre otros exploradores, Louis Mengaud y Jean Arlaud reconocieron esa misma caverna en los años veinte del siglo XX. También se averiguó que el agua de la Gran Cascada de Gavarnie tenía otro aporte de importancia: la conocida como Surgencia de Joseph Devaux, o gruta de las *Hermanas de la Cascada*, avistada por el científico que le dio su nombre, mediante un telescopio, desde el observatorio del Midi de Bigorre en 1928. Por pura casualidad, cuando dicho astrónomo calibraba el instrumento con el que deseaba espiar el cosmos.

Los *detectives hidrológicos* siguieron con sus pesquisas: por lo que se apreciaba, ambas filtraciones unían sus aguas sobre los 2.300 metros de cota, botaban un par de veces y luego despeñaban sus caudales desde los 2.240 metros de altitud, rumbo al fondo del circo de Gavarnie. También se reparó en que sus entradas quedaban a una veintena metros del Meridiano de Greenwich. Ello le valdría para nuestro Gave el apodo de "río del Meridiano Cero".

Así se mostró al mundo, durante la llamada *Edad de Oro del Pirineísmo*, el célebre salto pirenaico. Una cascada que creó su propia leyenda: la de ser, con sus 423 metros, la de mayor caída de Europa... Aunque no, no lo fuera, dado que se conocía otros chorros en Noruega que le aventajaban en bastantes metros. Aunque sin duda fuese una de las más visitadas del mundo y, sobre todo, la reina entre las fotografiadas o pintadas. Con el permiso del Niágara, claro.

En cuanto al origen oscense del río de Gavarnie, de Lourdes y de Pau, tuvo que aguardar todavía unos añitos para que se desvelaran sus secretos...

2.08. El secreto del ibón Helado del Monte Perdido

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 3 de octubre de 2018

Pasemos ahora a la crónica hidrológica de ese iboncito recoleto que se acuna entre el Cilindro y el Monte Perdido. Cuyo nombre, aragonésizado o no (para gustos están los colores), adelantaré que es de procedencia montañera, que no montañesa. Digan lo que digan los inventores de países imaginarios y cachiruleros...

Durante los inicios del siglo XIX, cuando se sufrían los coletazos postreros de la Pequeña Edad Glaciar, creo poco probable que pastor belsetano alguno se allegase hasta el lago de marras. Parece más factible que nadie en todo el Alto Aragón sospechase siquiera su existencia. No como en el caso del ibón Helado del Marboré, registrado en textos desde al menos 1795.

Fuera que fuese, se sabe que a partir de 1802 comenzaron a desfilar los humanos por sus inmediaciones, si bien con el ritmo pausado de un cuentagotas. Aunque nadie dijera nada de ninguna laguna sobre la cota de los 2.988 metros. Al menos hasta que, ya bien pasado el ecuador del siglo XIX, nuestro protagonista lacustre llamó la atención de Henry Russell. Y en diversas ocasiones, lo cual iba a demostrar que el gran explorador pirenaico no solo tenía ojos para los picachos.

Merece la pena que repasemos cómo fueron estos encuentros producidos cuando el arqueo de pirineístas activos era clamorosamente escaso. No en vano, los textos *russellianos* que presentaron al mundo a nuestro ibón originaron igualmente su nombre. De un modo racional e histórico, se entiende: sin que interviniera en dicho proceso ninguna Comisión Asesora de Toponimia inmersa en un hipotético Proyecto Ibón...

En 1864 Henry Russell reconocía una de las rutas poco o nada utilizadas para acceder hasta la mayor de las Tres Sorores. Así narró su hallazgo desde diversos artículos y en los *Souvenirs d'un montagnard* (1878):

“Una hora más tarde, habiendo trepado en dirección sureste por un corredor difícil y muy expuesto a las avalanchas, desemboqué con mi guía en el inmenso collado del Cilindro, desde donde, sin pérdida de un minuto, bajamos hacia el oeste, hasta las orillas de un pequeño lago helado que dormía entre rocas al oeste-noroeste del Monte Perdido, situado entre este y el Cilindro.

“Desde dicho collado [del Cilindro] un peatón sin miedo puede seguir hacia el sureste, trepando por la difícil cresta que lo une al Monte Perdido. Pero es mejor salir desde la pequeña laguna situada al oeste del collado”.

Estos párrafos sencillos significaban la entrada en escena de la hoy popular *vía normal* hasta la cota 3.355 metros y, de paso, de cierto ibón pequeñito con cierta tendencia al ensueño. Que acababa de recibir, a falta de nada mejor, parte de su nombre actual, basado en una consideración más que aparente.

Russell regresó al sector en el verano de 1871. Su reencuentro con el iboncito, siete años más tarde, le suscitó otras impresiones de corte poético:

“Tras dejar a la izquierda el pico del Marboré describimos un arco horizontal por el sur del Cilindro, y en una hora desde el collado de la Cascada arribamos a ese estanque, completamente helado, del Cilindro, situado al oeste-noroeste del Monte Perdido, en una región muy alpina donde todo aparece como si estuviera apagado y helado para siempre. Se podría añadir: cadavérica. Pues la palidez y lividez de los muertos se extiende por todo sobre estos neveros y mármoles, más desolados que los cementerios”.

Aquí se ve que, por los pelos, nuestra laguna estuvo cerca de unir su denominación al Cilindro. Cualquier geógrafo lo hubiera comprendido, dado que, por entonces, el lago Helado del Monte Perdido no era otro que el actual ibón Helado del Marboré, o de Pineta, o de Tucarroya. ¿Se constatan mejor unos lóos toponímicos que venían desde antiguo y que lo último que necesitaban era que los intereses politizados fijaran sus ojos en ellos?

Pero, en este caso, existe un tercer testimonio del que fuera *Señor del Vignemale*. En la última de sus cinco visitas al *techo* de las Sorores sobrarbesas, esto decía del aspecto que brindaba este cuenco lacustre en 1891:

“Con las luces mortecinas de una luna que ya se eclipsaba remontamos al este, sobre un hielo duro en extremo, si bien bastante rugoso por fortuna, su glaciar sin grietas. Era como una lengua de plata, tan lívida como azulada, que venía para pulir el agua del pequeño lago. El viento redoblaba y rugía ahora como el trueno. ¡Los 300 metros que nos quedaban por subir [hasta el Monte Perdido] iban a ser duros!”.

Resumiré el proceso restante: de la mano de la cartografía francesa, que entonces no había otra al detalle, desde finales del XIX existió un Pequeño Lago Helado del Monte Perdido... En dicha lengua, claro está. Desde donde se tradujo al español a no mucho tardar, y eliminando con frecuencia el adjetivo de Pequeño. Desde donde, hace poco, evolucionó hacia el topónimo de *ibón Chelau* sin que nadie haya querido dar un paso al frente en esta suerte de paternidad encubierta. Sin que, por mucho que clamen ahora los nacionalistas desnortados, parezca que hubiese de por medio montañés alguno...

No es difícil rastrear en los artículos y guías de la vertiente sur cómo discurrió la transformación del topónimo lacustre. Como estos días se festeja el centenario del parque nacional, copiaré la reseña de su primera guía oficial de 1935, firmada por Arnaldo de España:

“Desde el refugio, y teniendo por faro la cumbre de Monte Perdido, diríjese uno a su base, donde se encuentra el Pequeño Lago Helado, vertiente del Cilindro, por sendas perfectamente determinadas en algunos trayectos y perdidas en otros, no siendo muy dificultoso establecer la debida continuidad”. Esta cita no ha sido elegida tan al albur. Porque en este punto voy a retomar la crónica del esclarecimiento de los enigmas del gave de Gavarnie/Lourdes/Pau iniciada en la entrada anterior. Centrándome en las porciones más elevadas de tan importante arteria...

Así, en el número 265 de la *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara* (enero de 1936), José Luis Mas nos brindaba un interesante trabajo sobre “Espeleología pirenaica: la gruta Devaux”. El erudito pirineísta fijó su atención en el sector de los llamados picos de la Cascada, o *Trois Soeurs de la Cascade*. De nuevo, ni la menor sombra por parte de los investigadores españoles de esos topónimos que se han materializado, como por arte de birla birloque, en esa *Lista Soro* de tresmiles aragoneses, oficial-se-quiera-o-no desde junio de 2017. Nuestro hombre reconoció el tramo de las surgencias de Brulle y de Devaux, constatando “el poder destructor formidable del agua y el hielo, que corroen la roca caliza que forma en gran parte el macizo”.

Mas acudió a estas oquedades galas en expedición con la familia Rösch, conjeturando sobre la posibilidad de que el arranque de la Gran Cascada estuviese relacionado con ese “minúsculo lago helado del collado del Cilindro” que habían visitado con anterioridad. Emplazado ante ese Trou de Brulle que brotaba no lejos del de Devaux, nuestro *peñalero* tomó unas fotos de impacto para su difusión en tierras hispanas. En la segunda caverna penetraron para ver si descubrían las fuentes del Gave, teniendo que “arrastrarse para poder seguir, como pidiendo humildemente a la gruta permiso de entrada”.

La exploración Mas-Rösch determinó en 1936 que “el torrente que sale por la Resurgencia Brulle, verdadero manantial de la Gave de Pau, no es otro que el arroyo de la Sala F de la Devaux”. Sin embargo, parecía poco verosímil que semejante caudal procediese únicamente de los neveros de los picos de la Cascada (o de las Tres Hermanas, recuérdese): por fuerza, el agua también tenía que fluir desde el lado sur de la frontera. Una tesis que llevaba tiempo defendiendo el profesor Mengaud de Toulouse, quien presentía que la Gran Cascada de Gavarnie llevaba flujos del Marboré.

En 1944 se obtuvieron nuevas pistas que apuntaban en esta dirección, cuando un grupo de espeleólogos de Montpellier percibieron que las aguas del ibón Helado del Monte Perdido parecían desaparecer por un desagüe de su dique sur. Una barrera calcárea que, sin embargo, simulaba no permitir que el caudal descendiera, como hubiese sido de ordenanza, valle abajo hacia Góriz y Ordesa...

El misterio del nacimiento real del Gave se resolvió de un plumazo el 31 de julio de 1952. En el curso de un campamento de verano del *Groupe des Jeunes tolosano*, los prontamente apodados como "los Hombres Azules" subieron hasta nuestro laguito con varios kilos de una potente tintura fluorescente. El resto de la expedición, apostada en los accesos a la brecha de Rolando, pudo ver cómo la Gran Cascada de Gavarnie brotó de color inequívocamente azulado. Los testigos situados en la base del hemicírculo dieron fe de que el tinte surgió tanto por el Agujero de Brulle como por el de Devaux. Bernard Martel y Pierre Mengaud determinaron así que el nacedero del gave de Gavarnie/Lourdes/Pau era el ibón Helado del Monte Perdido. Del todo oscense en su origen, vamos.

Hoy se cree que la Grande Cascade recibe aguas de otros aportes aragoneses del Marboré. Y, sin embargo, a pesar de disponer de tan abundantes fuentes, en octubre de 2017 dicho salto se secó del todo. Son los misterios de los caminos que siguen las caprichosas gotitas de agua para completar un nuevo ciclo en el mar...

2.09. De águilas y de tortugas (pirenaicas)

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 17 de octubre de 2018

Estos días del centenario del parque nacional de Ordesa se cita con frecuencia a cierto alsaciano: Louis-François-Elisabeth Ramond de Carbonnières, el divulgador de las bellezas del Macizo Calcáreo. El aclamado como *Padre del Pirineísmo* suele unir su nombre a las primeras ascensiones al Monte Perdido. No tanto al descubrimiento montañero de la fabulosa brecha del paladín Rolando de Bretaña.

Resulta injusto este olvido en el *padrinazgo* del gigantesco portillo del Marboré. Ramond lo promocionó, como antes nadie hizo, a partir de su visita de 1787. Desde su primer libro sobre esta cadena, las *Observations faites dans les Pyrénées pour servir de suite à des observations sur les Alpes* (1789), nuestro galo dedicó un amplio capítulo al sector de "Gavarnie, su valle, su cascada y su puente de nieve, el Marboré y sus hielos; la brecha de Rolando y sus glaciares". Alguno de sus párrafos, emocionantes como pocos, tendría que ser mejor conocido en tierras hispanas.

Ramond reconoció el collado que hoy nos ocupa durante su primer y breve contacto con estas montañas del estío de 1787. Un viaje de un mes en el que apenas tuvo tiempo de descubrir sino el tramo central de los Montes de Pirene: dos visitas al Midi de Bigorre, otra a la brecha de Rolando, recorridos por los alrededores de Barèges, un ascenso al puerto de Oô, el célebre intento a la Maladeta, su paso por Aran...

Sin duda alguna que el tajo que la leyenda atribuye al sobrino de Carlomagno estaba entre sus objetivos prioritarios. Así, al día siguiente de llegar a Barèges subió al Midi y, ocho jornadas después, holló la mítica Brecha.

Su ascenso al entonces poco accesible collado de los Marborés no iba a ser de carácter turístico: perfectamente acorde con el espíritu ilustrado de la época, deseaba ganar la cota 2.808 metros para “verificar la naturaleza del hielo pirenaico”. En esto, como en tantas otras iniciativas del alsaciano, se reconoce con facilidad su deseo de parecerse a Horace-Bénédict de Saussure, el científico que había trepado al Mont-Blanc en aquella misma añada. Por suerte para Ramond, no se enfrentaría con tantos problemas como el ginebrino para cobrarse la brecha de Rolando.

Vamos con su *histórica* aventura... Recién llegado a Gavarnie, el de Carbonnières buscó a un montañés para que le llevase por lo que ya era conocido como un camino de contrabandistas. En dicha aldea localizó a un improvisado guía que accedería a conducirlo al día siguiente por la ruta Sarradets-brecha de Rolando. No sin dudar sobre las posibilidades de aquel *urbanita* en los territorios de alta montaña:

“Este buen montañés, que interiormente no creía que yo pudiese llegar muy lejos, no consideró que valiese la pena indicarme las precauciones que él mismo tomaría para aventurarse por ese paso”.

Pero aquel *paquetero* había medido muy mal a Louis Ramond, quien llegaba con experiencia montañera previa, pues había aprendido a usar los crampones y el *alpenstock* en una visita previa a los Alpes suizos.

El 10 de agosto de 1787 ambos arrancaban su ascenso de los precipicios del circo de Gavarnie por las entonces complicadas Écheltes de Sarradets. Una vez superadas estas escaleras de roca, el guía de fortuna le mostró a Ramond “una especie de barranco de una escabrosidad espantosa”. Seguidamente les aguardaba el valle desolado de Sarradets, aquel verano muy cubierto por la nieve: fue preciso que lo superasen tirando de los sencillos crampones de cuatro puntas del siglo XVIII. Plenamente consciente de la finalidad científica del periplo, Louis Ramond inició sus *observaciones pirenaicas* desde la misma altiplanicie:

“Tenía la mente dispuesta y los ojos ejercitados. Así, apenas degusté en esta expedición peligrosa sino emociones agradables, como todas cuantas nacen de los peligros evitados. Una vez dominado el anfiteatro de Gavarnie, su recinto no me pareció más que un abismo oscuro. No se distinguía de forma individualizada sino la Gran Cascada, iluminada por el sol. Mientras me elevaba cada vez más, una avalancha recorrió con el ruido del trueno las gradas del Marboré.

“Enseguida comprobé que las nieves que se presentaban ante mí estaban expuestas al norte, sosteniéndose hacia de levante, y que no resistían sino de manera accidental los rayos del sol poniente y del mediodía. Reconocí que los amasijos que recubrían las gradas del Marboré contenían verdaderos glaciares que, perfectamente accesibles, no podían ser observados sino de cerca, puesto que las nieves los habían recubierto. Igualmente me convencí de que el oliváceo gris que barría la brecha de Rolando era un verdadero glaciar, el cual

comenzaba a desgajarse de sus nieves, y que el torrente que corría por debajo de mí salía de sus cavidades. No podía dudar ni de su extensión ni de la dureza de sus hielos, dado que mi guía me dijo que, una vez, estando enteramente al descubierto, fue preciso tallar allí escalones a golpe de hacha.

“Me detuve algún tiempo para contemplar la Furchetta, el pico de Allanz y la Frazona [Astazu], desde donde cae la Gran Cascada. Las capas de estas montañas se muestran todas ellas alzadas y casi verticales, aunque sean calcáreas, lo que les da un aspecto áspero y erizado. A pesar de todo, vi allí espaciosas porciones de césped: un rebaño español, como caído del cielo, pacía por allí, al borde de un precipicio espantoso. El Marboré, por el contrario, que aquí forma la cresta [fronteriza] de los Pirineos, se prolongaba en la dirección de la cadena, en una larga muralla sobre la que caían perpendicularmente las direcciones aparentes de estos montes. El Marboré no estaba cubierto sino de nieves; su masa regular, recortada en grandes tajadas que, vistas en este sentido, parecían tan horizontales como un cúmulo de aguas tranquilas, presentaba desde estas alturas formas de una extraña simplicidad.

“Después de haber franqueado los glaciares, me encontré frente a un portón gigantesco”.

Se trataba, desde luego, de la brecha de Rolando. Al llegar a la pendiente final que la franqueaba, el joven Ramond vio cómo una gran grieta, producto del deshielo originado por los rayos de sol que pasaban desde España a través de su resquicio, le impedía traspasarla. El de Carbonnières tuvo que trepar por uno de sus contrafuertes rocosos laterales auxiliado por su contrabandista. Pero el esfuerzo bien valdría la pena: sus célebres líneas sobre La Brecha no iban a ser, hablando con precisión, las primeras noticias que de este accidente recibiría el mundo civilizado. Sin embargo, sí que gozarían del privilegio de ser la descripción más temprana, detallada y personal, a varias generaciones de montañeros:

“Imagínese una muralla de roca de trescientos a seiscientos pies de altura, alzada entre Francia y España, a las que separa de forma física. Imagínese esta muralla curvada en forma de *croissant*, de manera que la convexidad quede vuelta hacia Francia. Imagínese, en fin, que en medio mismo, Rolando, montado sobre su caballo de batalla, hubiera querido abrir un paso y, que de un golpe de su famosa espada, hubiese producido una brecha de trescientos pies de abertura. Así se tendrá una idea de lo que los montañeses llaman la brecha de Rolando. El muro tiene poco espesor, pero adquiere todavía más del lado de las Torres de Marboré [entonces, el Casco y la Torre] que se elevan majestuosamente por encima de la puerta y de todas sus avenidas, como una ciudadela que Rolando hubiera situado para defender el paso.

“Además de la puerta, dos ventanas están abiertas en el mismo muro, en medio de los dos cuernos del *croissant*, a una distancia igual de la puerta. Y frente a las dos puntas de estos dos cuernos, dos montes piramidales, colocados a distancias parecidas, sirven de antecuerpo al edificio, como para proteger el circo que él encierra. Porque aquí todo es simétrico, dado que

Rolando trabajó sobre un plano que hizo honor tanto a su inteligencia como a la fuerza de sus brazos”.

Unos párrafos históricos, pues significaban una tempranísima recolecta de impresiones montaÑeras. Aquel 10 de agosto de 1787 Louis Ramond comenzó la crónica de nuestro deporte justo tras su experiencia debutante en el Midi de Bigorre.

Una vez situado en el boquete fronterizo, el joven alsaciano decidió “sentarse sobre una piedra, a los dulces rayos de un sol sin nubes pero carente de ardor”, para así saborear el montaÑero goce de “la pereza de proceder y de pensar que se respira poco a poco con el aire de las alturas”. En cuanto a sus impresiones sobre las vistas desde la divisoria, Ramond las relató con suma amplitud:

“A pesar de todo, me encontraba en un espantoso desierto: nada de vegetación y nieves acumuladas por el lado de Francia hasta una altura considerable. Eran más raras en el lado de España y menos duraderas: dichas nieves, a pesar de los ardores del mediodía, descubrían unos barrancos largos y las vastas ruinas que la Naturaleza todavía no había fecundado. Había rocas de todas partes, más ásperas y erizadas por el lado de Francia, más degradadas por el lado de España, así como suspendidas sobre los precipicios de una forma más amenazante. Los montes más amontonados y altos quedaban hacia el norte, donde la forma y blancura de sus cumbres sin igual recordaban la idea de unas olas encolerizadas. Por su parte, las cumbres verdes y redondeadas de estas montaÑas, que siempre iban a abatirse hacia el Sur, parecían las ondas de un mar más tranquilo.

“Se abría aquí una inmensa perspectiva: a través de las ventanas del circo, por encima del circo mismo, el ojo podía recorrer Aragón. En efecto: nada se elevaba entre el marco de este circo maravilloso y las llanuras que huían hasta los bordes del horizonte. Se veía también cómo los montes se abatían insensiblemente y los valles tortuosos se abrían cada vez más para perderse en las campiñas”.

El fin de la excursión del erudito francés no pudo haber sido más fructífero. Descendiendo con precaución entre las rocas del contorno del glaciar, Ramond halló el tesoro científico que tan afanosamente buscaba:

“Estaba entonces sumergido bajo cuarenta pies de nieve, y distinguí allí todas las capas. Vi allí cómo los inviernos famosos separaban perfectamente los años. Reconocí los veranos ardientes en las bandas más débiles y las más transparentes”.

La glaciología pirenaica echaba a andar. Este viaje iniciático hasta los accesos de la alta montaña, además de permitirle examinar “el hielo verdadero, el hielo azul de los Alpes”, le descubriría a lo lejos un increíble macizo que su guía “nombraba Plan del Aubo, en tanto que el ángulo bajo el cual lo veía me llevaba a pensar que era el Vignemale”. Sin embargo, el tan corto como tormentoso estío de 1787 no dio para que nuestro pirineísta se acercara hasta aquellos otros hielos.

Ramond regresó al gran collado de las MontaÑas de Mármol en 1792, inmerso en sus exploraciones en torno al Monte Perdido... El *Padre del Pirineísmo* envió

hasta el portalón de Rolando a varios científicos amigos suyos, como Mirbel y Pasquier, quienes tuvieron serios problemas con los heleros del glaciar en 1797. También dirigiría hacia la Brecha del Marboré a su colega La Boulinière para que buscara fósiles marinos en sus paredes...

Curiosamente Ramond nunca consideró que en La Brecha estuviese la más evidente ruta desde Francia hacia ese Monte Perdido que tanto ansiaba ascender. No obstante, a no mucho tardar, miles de compatriotas suyos, rehaciendo sus pasos de 1787, preferirían ganar la cúspide del Macizo desde tan prodigioso portillo calcáreo.

Tras leer estas líneas, a nadie le resultará extraño que Ramond fuese un ídolo en su tiempo y que sus libros se devoraran con pasión. Así, en el año 1792, otro de los ancestros de la conquista pirenaica, Jean Dusaulx, obsequió a su maestro con un apodo muy de la época: "Sois el Águila de los Pirineos; nosotros no somos sino tortugas". Dijo bien: al lado de Louis Ramond de Carbonnières, todos somos tortugas.

2.10. Ramond y la recolecta de casualidades

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 22 de octubre de 2018

No siempre apreciamos el legado de nuestros ancestros. En los últimos tiempos, merced a las reediciones y a los textos en español, el interés por la crónica pirenaica parece haberse acrecentado. Por eso choca que en el temprano 1898 un historiador y *ramondiano* convencido, Henri Beraldi, proclamara desde el prólogo de sus *Cent ans aux Pyrénées*:

"El Pirineísmo retrospectivo se conoce poco, mal o nada. Ciertamente, el nombre de Ramond ha prevalecido y nadie ignora que subió al Monte Perdido. Pero, ¿quién puede precisar hoy su obra e itinerarios, decir lo que hizo y lo que no? ¿Cuántos son, en la actualidad, no ya quienes han leído el relato de su viaje al Monte Perdido, sino quienes sospechan siquiera su existencia?"

En esta segunda entrega vamos a airear algún que otro dato relevante de las descubiertas *ramondianas* del hoy centenario parque nacional de Ordesa. Como, justamente, la irrupción del valle del Arazas en los anales del Pirineísmo. Tras el texto de la aventura inicial de Louis Ramond de Carbonnières en la brecha de Rolando, le acompañaremos ahora en su reconocimiento del más célebre Cañón sobrarbés.

Puede decirse que nuestro alsaciano había arribado a la cadena francoespañola un poco de rebote: como parte del séquito de un cardenal de Rohan exiliado tras el escándalo del collar de la reina María Antonieta. De este modo llegaba a Barèges hacia el 31 de julio de 1787. Louis Ramond de Carbonnières, entonces con treinta y tres años de edad, reconoció quedar fascinado por unas montañas que vislumbró en la lejanía desde los altos tarbeses de Laguian:

"Se descubren los Pirineos desde una gran distancia, y en algunos aspectos que presentan aparecen como los Alpes: un amasijo de cumbres recortadas, agudas, erizadas, de las que el color es tan blanco como las nubes y tan azul como el cielo, según reflejen la luz o estén cubiertas por la sombra".

Cierta leyenda posterior insinúa que Ramond se interesó tempranamente por cierta montaña calcárea un tanto esquiva... Tal es así que, en el curso de sus reconocimientos iniciales por Gavarnie, el interesado dijo tener grandes problemas para recolectar datos sobre esa prominencia misteriosa llamada *Moum-Pergut* que, por lo que se comentaba, constituía el remate de la cordillera. Lo explicó ampliamente desde sus *Voyages au Mont-Perdu* (1801):

“De todas las molestias, la más seria y menos prevista fue saber dónde se encontraba exactamente el Monte Perdido... ¿Dónde se situaba su acceso, y desde dónde era preciso abordarlo? Unas preguntas a las que nadie estaba en condiciones de responder. La montaña se escondía detrás de unos taludes de aspecto más que incómodo y se rodeaba de desiertos deficientemente conocidos incluso por los pastores... Si consultaba a éstos, iniciaba una competición con todo tipo de jactancias de amor propio y de todos los cuentos de la mayor credulidad. ¿El Monte Perdido?, no había niño que no lo reconociera con los ojos cerrados, sin que se estuviera más de acuerdo ni sobre ese objeto ni sobre sus nombres. Uno lo situaba en Francia, el otro en España. Tal persona lo había visto pasando por la brecha del Taillón, pero, a su vez, había dos o tres *Montes Perdidos*. Tal otra persona lo trataba con gran familiaridad dado que, en su juventud, había llevado a pastar hasta allí a las ovejas, en tanto que aseguraba que el más osado cazador del país había alcanzado su cima con ayuda del Diablo, quien le condujo hasta arriba. El Monte Perdido de los habitantes de Gavarnie no era otro que el Astazu de los pastores de Estaubé; en tanto que el Astazu de los primeros era el Marboré de los otros y, al mismo tiempo, el Allanz de todos... Estaba claro que nadie conocía el Monte Perdido y que nunca, desde que se nominaba las montañas, hubo ninguna otra tan bien designada”.

En efecto: de ese modo confuso se referían los habitantes de los valles altos a una montaña mítica que, por el decir de pastores y de cazadores de sarríos, se alzaba “perdida hacia la frontera con España”. Por su flanco norteño, la silueta del Coloso apenas podía apreciarse con claridad sino desde el Midi de Bigorre, el Pimené, la Hourquette d’Ossoue, las granjas de Coumely, el llano de Agos... Como observó el propio Ramond: “El Monte Perdido, que cuando se sube a otros picos se ve desde todas partes, no sale por ninguna desde los valles”.

Sin embargo, en los planteamientos *ramondianos* chirriaba un poco cierto dato aireado recientemente: en el verano de 1787 Henri Reboul y Jean Vidal coincidieron con él en Estaubé, cuando medía el ángulo de las capas geológicas. Y le indicaron, con croquis incluido, dónde quedaba exactamente el *Moum-Pegut*. Una montaña que, por lo demás, se veía apuntar desde allí sobre las murallas de la muga...

Cambiamos de cuadro. Tras su mes de debut pirenaico en 1787, el de Carbonnières regresó a Barèges el 4 de agosto de 1792. Durante esta segunda estancia, más o menos de unos ocho años de duración, comenzaron sus tratos con un peculiar habitante de Gèdre que estaba emparentado con el célebre hostelero Périssère: Gregorio Taula, de supuesta procedencia hispana, a quien se le apodaba *Arrondou* o *Rondo*, e incluso *el Intrépido*.

Los análisis minuciosos que se están llevando a cabo de los diarios del explorador galo parecen indicar que su interés por el Monte Perdido durante este periodo fue muy relativo. Hoy en día se tiende a creer que el asedio a la mayor de las Tres Sorores, se supone que realizado con gran tesón entre 1787 y 1802, es una fábula creada *a posteriori*. Al parecer, durante estas añadas intermedias nuestro naturalista se centró en unos macizos del Midi de Bigorre y del Néouvielle que tenía mucho más a mano desde Barèges. Lo cual no quita para que tuviera siempre un ojo puesto en la cima que terminó procurándole fama. Sobre todo a resultas de sus dos visitas desde Tucarroya al Balcón de Pineta de 1797...

La inicial, concretada un 12 de agosto dentro de la numerosa expedición conjunta con Philippe Picot de Lapeyrouse, entró de pleno en la hagiografía de nuestro deporte por cuenta de la escalada del "corredor de hielo de la Tuque". Hay historiadores que han querido fijar el *Año Cero del Pirineísmo* en esos precisos momentos en los que Louis Ramond ganaba los 2.666 metros de la brecha de Tucarroya:

"Nos apresuramos, nos abalanzamos, alcanzamos jadeantes la meta deseada. Un grito alegre anuncia el cambio de escena: un silencio triste le sucede ante el aspecto de un nuevo mundo, de profundidades que nos separan, de los glaciares que lo rodean y de la nube que lo cubre, ¡un espectáculo horrible y sublime del cual se colman todas nuestras facultades! [...]: ¡aquí está el Monte Perdido!, ¡aquí está el Monte Perdido!, nos decíamos unos a otros. Sin embargo, nadie lo distinguía aún entre aquellos caos de rocas, de nieves y de brumas. Era el dios cuya presencia se presentía más que se percibía, manifestándose en todo cuanto le rodeaba antes de revelarse él mismo".

No extraña que Ramond prefiriera, con mucho, su segundo ascenso a Tucarroya del 7 de septiembre del mismo año, dado que disfrutó en ella de un clima más benévolo. Así narraba, ya en 1813, esta nueva trepada de cinco largas horas uno de los participantes en la misma, Étienne-François Dralet:

"El señor Ramond da el orden de la escalada, que se intenta sobre el costado occidental [del corredor de Tucarroya]. Se prueban los crampones y los bastones de hierro, que resbalan sobre la superficie de hielo sin penetrarla. Pero estamos bien provistos de instrumentos cortantes y nuestros guías los emplean para tallar los escalones. Subimos entonces sobre una escalera de hielo y no dudamos que sería un camino de rosas en comparación con el que habíamos sido obligados a abrirnos paso. El hielo nos presentó un abombamiento que en vano se podía franquear. Fue preciso evitarlo y ganar el roquedo vecino, pues era inaccesible en este lugar. ¿Qué hacer? Rebajamos la viva arista que terminaba lateralmente el glaciar, arriesgándonos como sobre una cuerda extendida entre dos precipicios hasta el momento en que se aproximó a otros roquedos menos amenazadores. Tocamos tierra al fin y no la abandonamos sino cuando un promontorio nos obligó a tallar nuevos escalones sobre el hielo, que se había vuelto practicable".

Sin embargo, el hallazgo de fósiles marinos en el Balcón de Pineta pudo enfriar las ganas de Louis Ramond por hollar una cima que, desde aquel flanco septentrional, prometía ser poco menos que imposible. El logro de sus

objetivos científicos a través de las expediciones por Tucarroya pareció desviarle de promover un viaje incierto hasta la cota 3.355 metros. Aún con todo, nuestro inquieto alsaciano realizó en 1798 nuevos reconocimientos de los puertos de Pineta y de la Canau, de Troumouse, la brecha de Allanz y del Pimené. Su regreso a París en 1800 para ocupar un puesto como Diputado por los Hautes-Pyrénées podría haber significado el final de su carrera montañera. En este sentido resultan interesantes las declaraciones pesimistas que afloran, como de rondón, en unos *Voyages au Mont-Perdu* (1801) que huelen un poco a punto y final de sus peripecias:

“Si el testimonio de un cazador fuera una autoridad suficiente, conozco a uno que pretende haber llegado a la cumbre [del Monte Perdido] por una ruta parecida, pero, por tres veces, me ha hecho tres relatos diferentes y no he sacado nada en claro de la topografía de los lugares: todo lo que he podido inferir de la relación y de sus variantes es que si realmente había llegado a una cima, fue a lo sumo a la del Cilindro”.

El supuesto desapego *ramondiano* por el Monte Perdido se evaporó de repente en el estío de 1802. Fue a raíz de que se enterara de la inminente partida de la expedición de Isidore Lapeyrouse en pos de dicha montaña. Una cumbre de la que nuestro alsaciano decía, por aquel entonces, que resultaba absolutamente impracticable y que, además, no brindaría excesivo interés para la Ciencia tras sus “exitosas” campañas de 1797.

La continuación de la historia resulta bien sabida: el 7 de agosto de 1802 ganaba la cima del Gigante Calcáreo un pastor belsetano y dos guías del Lavedan, enviados para que exploraran sus faldas meridionales. Una cumbre que el presuroso Ramond subió tres jornadas después, entonando su célebre: “¡Todos los Pirineos estaban a mis pies!”. Por no hablar de cierta grieta o cañón misterioso que, desde tales alturas, no podía ofrecer un aspecto más tentador...

2.11. El descubrimiento de Ordesa en 1802

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 6 de noviembre de 2018

De un modo abreviado y rápido, en las dos entradas previas hemos seguido el proceso que condujo a Louis Ramond hasta la cima del Monte Perdido. Tras un laborioso cerco de quince años, según unos; de un modo un tanto casual y oportunista, según otros. Sea como fuere, desde la cota de los 3.355 metros arrancó, de la mano del de Carbonnières, la crónica montañera del valle de Ordesa. A tenor de sus diversas versiones del *Voyage au sommet du Mont-Perdu* (1803), se sabe que cierto accidente geográfico llamó poderosamente la atención del pirineísta galo. Así fue su perspectiva desde este último puntal el 10 de agosto de 1802:

“Hacia el sur el espectáculo era muy distinto. Todo el conjunto se abatía de golpe y a la vez. Era un abismo de 1.000 a 1.100 metros [...]. Pero lo que más llamaba especialmente mi atención era ver el costado sur de los Pirineos, claramente dividido en dos porciones diferentes. La más próxima a los llanos mostraba unos lomos largos y unos valles despejados que formaban las

pendientes de calcáreo a lo largo de las grandes cadenas [...]. Había un tan ancho como largo altiplano cuya superficie, vista desde las alturas, parecía quedar al mismo nivel. Únicamente se veían algunas colinas y varios montes poco alzados que separaban los valles, anchos y poco profundos. En mitad de estas irregularidades en la superficie se abrían cuatro o cinco enormes grietas [cañones] cuyas murallas eran completamente verticales. Surgían desde las bases del pico [del Monte Perdido] y se expandían hasta los confines del altiplano [¿de Góriz?], con el cual compartían de modo indistinto las prominencias y vallecillos con los que dividían sus zócalos. Igualmente captaban sus aguas, encerrando bosques tupidos que se distinguían en sus profundidades. Parecía como si estas grietas tan evidentes se hubieran formado ayer mismo, y hubiesen conservado tan bien sus perfiles saledizos y concavidades, las ondulaciones de sus murallas y las de sus cimas. Podía pensarse que sus márgenes aguardaban para unirse otro esfuerzo del poder que las había separado.

“Era preciso observar esas grietas [insisto: cañones] más de cerca, pero parecía impensable descender hacia ellas desde la cumbre. Había un abismo de los que no se desafiaban de forma impune. Por eso decidimos dar un rodeo de unos 53 ó 66 kilómetros en busca de su confluencia, ya en el valle de Broto, ya en el de Fanlo, retomando el camino de las cascadas de Bielsa de forma que al menos tuviésemos la seguridad de pernoctar donde fuese posible encender una hoguera”.

Pues manos a la obra. Apenas completado su descenso del Monte Perdido, Ramond preparó un reconocimiento del Alto Arazas. Permaneceremos un poco más en su compañía gracias a ese *Discurso* que preparó para el *Institut National* del 9 de mayo de 1803, publicado inicialmente en el *Journal des Mines* y luego en los *Annales du Museum National d’Histoire Naturelle*. Entre sus líneas se describía el primer recorrido de un explorador en lo que sería el futuro parque nacional de Ordesa:

“Me quedaba por ver el altiplano y sus grietas [cañones] inmensas. El 21 de agosto de 1802 me encontraba en Gavarnie y, al día siguiente, crucé el puerto [...]. En Bujaruelo verifiqué que el altiplano que se alzaba por mi izquierda resultaba completamente inaccesible, por lo cual fue necesario recorrer el valle hasta Torla, que es una villa de importancia situada como a unos 15 kilómetros. Allí pude ver por el este la confluencia de un valle grande que ingresaba en el altiplano. Se conocía como valle de Ordesa y estaba completamente deshabitado. Después de vadear el río Ara, entré en él y enseguida me percaté de que me hallaba dentro de una de las grietas que había percibido desde lo más alto del Monte Perdido. Su entrada se encontraba a la misma altura que Torla, que mi barómetro fijó en 1.081 metros. Marché unas cuatro horas por dicha grieta, casi siempre bajo las umbrías de un bosque muy frondoso, siempre confinado entre dos muros verticales de una altura terrorífica. Caía el día cuando llegué a su final, llevando el altiplano sobre mi cabeza y sitiado por unos muros que no percibíamos cómo se ascenderían. Pernoctamos bajo un roquedo tapizado con plantas de *Genista lusitanica*, un

arbusto muy raro que utilizamos para encender y sostener la hoguera. Nos hallábamos a 1.802 metros [¿en la cueva de Frachinal?].

"En cuanto amaneció fuimos para observar los muros y, después de dos tentativas infructuosas, finalmente logramos escalarlas corriendo grandes riesgos. Una vez sobre el altiplano, todo cuanto percibíamos había cambiado tanto de aspecto que no acertábamos a reconocer el lugar. El Monte Perdido y el Cilindro, con sus muros y tajaduras, se hallaban ante nosotros, pero no sabíamos de qué modo diferenciarlos frente a semejante caos de roquedos amontonados. Fue necesario que recorriésemos una porción del altiplano [¿de Góriz?] para relacionar las observaciones realizadas sobre la cumbre.

"Consulté el barómetro varias veces en distintos lugares del altiplano, que dio algo más de 2.430 metros de media. Dicha altitud, en contraste con la registrada en el fondo del valle [...] daba 896 metros de profundidad media de esta grieta [...].

"Con el retroceso de las aguas se trazaron en estas montañas los primeros valles donde se habían reconocido ciertos vestigios. Una vez que estas aguas regresaron a sus actuales niveles lo dejaron todo al desecamiento y a la gravedad. Hubo hundimientos tanto generalizados como parciales que conformaron las grandes grietas meridionales, quizá trazando igualmente todos los valles excavados por el norte y el este, que surgían de un modo divergente con el Monte Perdido como centro.

"Sin duda que tales grietas comenzaron siendo unas fisuras estrechas. Poco a poco irían ampliándose con el desmoronamiento de sus muros [...]. Al sur [del Monte Perdido] la tendencia de las capas había sido la de cortarse de forma vertical en todas las direcciones, produciendo persistentes escarpas perpendiculares por detrás de las vertientes derrumbadas, por lo que esta destrucción, que se ejercía siempre de igual modo sobre los materiales idénticos, había ampliado sin tregua estas fisuras con tajos en paralelo a su primera dirección, por lo que los ángulos que salían y entraban habían mantenido por todo su correspondiente original".

El ejemplo de Ramond resultaría contagioso. Sus textos y artículos originaron, desde los mismos arranques del siglo XIX, cierto goteo de imitadores. Como, pongamos el caso, Gabriel-Étienne Arbanère, un natural de Sète que ya había visitado el *Macizo Calcáreo* en 1806. Sin embargo, hasta catorce añadas después no lograría su objetivo de encaramarse sobre la cúspide del grupo. Cuando aún se creía que el Monte Perdido constituía la "llave de la bóveda del gran edificio de los Pirineos"...

Lo primero que hizo este seguidor de Ramond fue buscar en Gèdre a su antiguo guía *Rondou*. Por desgracia, el compañero del alsaciano se encontraba enfermo y no podía ascender a las montañas con la ligereza de antaño. Así, le ofreció a cambio los servicios de su hijo, Jean-Grégoire. Arribados sin novedad por la vía de Góriz-las Escaleras a las pedrizas cimera, de este modo registró Arbanère la subida final hacia la más céntrica de las Tres Sorores:

"La cumbre, por el lado de España, no ofrecía sino rocas rotas y secas. La nieve, en un banco que no decía nada de su espesor, estaba amontonada del lado francés [*sic*], sobre el reverso; después, se curvaba en un pequeño valle

para alzarse y formar una segunda cresta paralela y más alta que la meridional de cuatro metros aproximadamente... Al fin, la masa entera de los Pirineos estaba bajo mis pies [¿remedo de la frase de Ramond?], y el cielo más puro lucía sobre mi cabeza [...]. Pude seguir todo el arco interior de este valle [de Ordesa], casi siempre sobre la arista de sus altas murallas, sobre todo en una cornisa azarosa que se extraplomaba sobre su base, y que nuestro guía Joseph llamaba *Facheloigné* [¿faja-lejana?]. Constantemente veo estos muros parecidos por su regularidad a los de un edificio de hombres...".

Louis-François-Elisabeth Ramond de Carbonnières no solo fue el descubridor de los parajes más significativos del *Macizo Calcáreo*: también destacó como uno de los adelantados teóricos de nuestro deporte. Sus escritos sobre esta actividad nos revelan a todo un ideólogo del montañismo que animaba, desde el temprano 1789, a seguir su impronta:

"Cualquiera que no haya practicado las montañas de primer orden, se formará difícilmente una idea justa de lo que resarce de las fatigas que allí se prueban, y de los peligros que allí se corren. Se figurará todavía menos que esas fatigas no llegan sin placeres, y que estos peligros tienen sus encantos; y no podrá explicarse la atracción que lleva allí sin cesar al que los conoce, si no recuerda que el hombre, por su naturaleza, ama vencer obstáculos; que su carácter le lleva a buscar los peligros, sobre todo las aventuras; que es una propiedad de las montañas la de contener, en el menor de los espacios, y de presentar en el menor tiempo, los aspectos de regiones diversas, los fenómenos de climas diferentes; de reunir los sucesos que separan largos intervalos; de alimentar con profusión esta avidez de sentir y conocer, una pasión primitiva e inextinguible del hombre".

¿Extraña, pues, que a este hombre irrepetible se le considere como el *Padre del Pirineísmo*? Con todas sus luces y sus sombras, desde luego...

2.12. A propósito del Soum de Ramond

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 13 de noviembre de 2018

Tengo un pálpito en lo que respecta a esta gran montaña sobrarbesa: nunca disfrutó de nombre diferenciado sino hasta el último tercio del siglo XIX. Algo parecido a lo que sucedió con los puntales de los Montes Malditos benasqueses, denominados durante un tiempo en genérico, que no de forma individualizada, como *Malahita*, *Malheta* y demás derivados. En el caso del Macizo Calcáreo, con el apelativo de las Tres Sorores y sus variantes locales también pudo bastar. Al menos, antes de que los montañeros se interesaran por visitar su colección de cumbres al completo.

Seamos mínimamente realistas: ¿con qué fin le iban a asignar nuestros *archipráticos* tatarabuelos un topónimo a cada uno de los múltiples resaltes de sus tierras altas? O a los 160 tresmiles censados en Huesca desde más o menos 1989... Alguno de ellos, poco o nada visible desde las regiones *humanizadas*. En bastantes casos, ni siquiera perceptibles a ojos de cabreros o de cazadores. Para los nativos, el grueso de prominencias de su terruño tuvo que despertar la misma curiosidad que las estrellas que recubrían el

firmamento: con distinguir el lucero del alba y los astros que marcaban el norte era suficiente...

Pero centrémonos ya en nuestra *cima ramondiana*: yo diría que con la representación de un mítico trío de hermanas hecho roca y nieve, los aragoneses de antaño pudieron manejarse de sobra. Cuando faltaban siglos para que a nadie se le ocurriera ni *veranear en el Piri* ni menos aún *atesorar tresmiles*... Así, no tendría que sorprender que tanto la situación exacta como la antigüedad toponímica del actual "pico de Añisclo" despierte serias dudas entre los estudiosos: ¿se trataba de la hoy llamada punta de las Olas? ¿O de alguna cima de la corporación Suca-Tres Marías...? ¿Y no sería más bien que los "picos de Añisclo" abarcaban antaño las cuatro cumbres de este último grupo?

Los textos de los siglos XVIII y XIX señalan que la existencia de las Tres Sorores era bien conocida en ambos lados de la muga, donde sus moradores andaban por entonces bastante entremezclados. Durante la albada del pirineísmo, dichos puntales se trataron de identificar, desde el sector de la *semiaragonesa* aldea de Gavarnie, como "el Marboré, el Cilindro y el Monte Perdido". Parece que nunca se manejaron otros nombres. En el mejor de los casos, se desglosó a nuestra trilogía como "el Cilindro y las dos puntas del Monte Perdido".

Por otra parte, debido a una mera cuestión de perspectiva, desde la vega del Cinca se excluyó del trío al primero de estos resaltes, cuya plaza fue ocupada por la actual punta de las Olas, suponiendo así que el Monte Perdido era el posteriormente llamado Soum de Ramond. En fin: la *anarquía nominativa* reinaba de tal modo en 1797 que los montañeses de ambas vertientes que acompañaron a Louis Ramond en su primer ascenso por el corredor de Tucarroya se empeñaban en presentarle al Cilindro como si fuera el Monte Perdido. Nada le dijeron de esa cima que se alzaba hacia el este, de aspecto discreto según se apreciaba desde el Balcón de Pineta...

A nadie le debiera extrañar semejante caos: sin mapas detallados ni vistas aéreas fue difícil aclararse durante los arranques del pirineísmo. El clásico apostadero de la época para otear la porción central de la cordillera, el Midi de Bigorre, no brindaba perspectivas que explicaran la identidad de las Tres Sorores del Alto Aragón. Topónimo que, he de insistir, bien se ocuparon de registrar los cronistas foráneos de entonces. Aunque fuera en múltiples versionados, que ese es otro asunto.

Choca más el hecho de que los tempranos visitantes del Monte Perdido no reparasen (excesivamente) en la característica montaña que los flanqueaba, algo más abajo, por su costado sureste. El propio Ramond dibujó en 1802 a su futuro Soum desde el remate central, así como a la otra Soror, el Cilindro. Si bien el número de pirineístas que ganó la cota 3.355 metros durante el tercio inicial del siglo XIX fue corto, conformó un listado de gran calidad. Por no hablar del rol de los guías francoespañoles que les acompañaron, quienes aparentemente nada contaron sobre la tercera de estas *Hermanas*. ¿Ni siquiera su nombre? ¡Hala!, más misterios para la colección...

De ese modo funcionaban las cosas cuando un geógrafo inicialmente *amateur*, Franz Schrader, compareció por el Macizo Calcáreo para prendarse al punto de sus montañas. Junto a unos amigos, los hermanos Lourde-Rocheblave, determinó "hacer algo" en el escenario del Monte Perdido, explorando las regiones superiores un poco al estilo del gran precursor, Louis Ramond. En un principio planearon un diorama en tres dimensiones como ese relieve de los Montes Malditos que confeccionara el ingeniero Toussaint Lézat, proyecto que terminó trocándose en una carta del Marboré a escala apropiada para el uso de los montañeros. Una tarea descomunal a la que le dedicarían su tiempo libre durante varios veranos intensos.

El propio Schrader narró con pluma entusiasta las peripecias en este, su primer gran reto cartográfico. Y en repetidas veces, pues al hombre le gustaba ser claro en sus explicaciones. Hoy recurriremos al texto sobre los "Estudios geográficos y excursiones por el macizo del Monte Perdido", extraído de las *Mémoires de la Société des Sciences Physiques et Naturelles de Bordeaux* de 1874. Un trabajo asimismo presente dentro del tomo primero de su recopilatorio sobre los *Pirineos: viajes y ascensiones* (1936), editado hace no demasiado por el *Organismo Autónomo de Parques Nacionales*. Puede resultar útil que, para entender sus motivaciones, atendamos a la presentación que el geógrafo realizara tanto de las montañas en las que fijó su curiosidad como del pionero que le precedió en sus descubiertas:

"Entre los exploradores que han recorrido después de [Louis] Ramond el cañón calcáreo del Marboré y del Monte Perdido hasta ese momento [1874], si no estoy equivocado, ninguno había emprendido sus recorridos con propósitos exclusivamente geográficos. Aunque la naturaleza de estas montañas se conocía desde mucho tiempo antes, su forma apenas se intuía y aún no existía ningún mapa centrado en esta zona. Así, tanto las circunstancias como el apasionamiento por recorrer las montañas, más que una decisión tomada de antemano, me llevaron a tratar de rellenar esa laguna. Solo ahora, cuando puedo dar cuenta del trabajo realizado, me percibo de que he tenido suerte, si no en la plena realización de la empresa, al menos en la elección de la zona que he tratado de reproducir [...].

"Ramond lo comprendió admirablemente, por lo que me sentiría orgulloso si mi trabajo, inspirado por la lectura de sus *Viajes al Monte Perdido* [de 1802], pudiese contribuir a hacer de esta región lo que él deseaba destacar de ella: el modelo perfecto y clásico de las formaciones calcáreas. Para llegar a esta conclusión, simplemente he tratado de determinar no solo los emplazamientos y altitudes sino, además, la fisonomía y las formas particulares de sus montañas [...]. Me he visto holgadamente recompensado con el placer de comprobar cómo coincidían todas las observaciones parciales en un modo más armonioso de lo que me hubiese atrevido a esperar, para que se fijaran en un cuadro de conjunto esos trazos que Ramond esbozó de una manera magistral". Pues vamos al asunto... En el curso de sus reconocimientos en torno al Macizo Calcáreo, Schrader y sus compañeros se toparon con no pocas sorpresas. Acaso una de las mayores fuese el *descubrimiento* de la identidad real de la tercera de las Sorores altoaragonesas. En este punto le cederé la pluma al

propio cartógrafo para que nos explique cómo se produjo el *nacimiento toponímico* del Soum de Ramond, o la Cima de Ramond, en el seno mismo de una familia montañera que no pensaba sino en visitar sus rocas:

“El carácter de esta montaña nos impresionó en 1872 de una manera muy especial. Desde unas crestas de ese pic Long que habíamos escalado para abarcar de un vistazo tanto el valle de Cestrède como el complicado cañón de Saint-Sauveur, el Macizo Calcáreo nos apareció con un esplendor inaudito. Sobre dicho observatorio alzado a 3.100 metros [...] se apreciaba al completo, por vez primera, la ordenación grandiosa del Marboré y del Monte Perdido, la continuidad y las inmensas inflexiones de murallas o de terrazas heladas y, sobre todo, el sorprendente paralelismo entre todas las porciones de este cañón. Por desgracia, a partir de la frontera nos faltaba la documentación, y el aspecto de las grandes cimas españolas no concordaba con los vagos informes que habíamos podido rebuscar aquí y allí.

“A la izquierda, un tanto por detrás del Monte Perdido, un segundo pico redondeado, nivoso y cargado de glaciares se elevaba casi hasta la altura de la cumbre principal del grupo. Dicho pico, invisible desde el Pimené, el Bergons y el Néouvielle (hay que decir con rigor que desde el Pimené y el Bergons se ve, pero que es preciso poner una atención extrema, pues surge como una pequeña línea de rocas sobre el lomo nivoso del Monte Perdido), ciertamente se hallaba más *perdido* que el mismo Monte Perdido. No había sido mencionado jamás: ocupaba el emplazamiento donde, a partir de las descripciones de Ramond, se había situado hasta entonces el collado de Añisclo. Los guías no conocían su denominación. El nombre de *Soum de Ramond* le fue asignado de inmediato. En el pedestal de gradas que servía como base a esta montaña soberbia se abría la amplia depresión del collado de Añisclo, mucho más al este de lo que habíamos supuesto. Algo más alejadas se elevaban cuatro pirámides nivosas de altura y formas parecidas [¿los verdaderos picos de Añisclo?], cuyas estratificaciones horizontales brillaban como si fueran cinturones de plata. El resto del macizo español quedaba escondido”.

Fue este un momento clave dentro de la epopeya pirenaica. Al menos así lo entendió el historiador Henri Beraldi, quien en 1902 brindaba su propio relato de este *hallazgo sorpresivo* del actual Soum de Ramond:

“En 1872 [Franz Schrader] se fue con los hermanos Lourde-Rocheblave, Léonce (quien ya había comenzado un relieve del Monte Perdido) y Albert, para subir al pic Long, o más bien a su cresta [...]. Hacia el sur el Macizo Calcáreo surgió con un esplendor inaudito. Por vez primera Schrader comprendió completamente su ordenación grandiosa: he aquí las Tres Sorores, el Cilindro, el Monte Perdido y, a su izquierda, un tercer gran pico, invisible desde el Pimené y el Bergons, nunca antes mencionado, sin nombre. Desde ese momento quedó bautizado: será la Cumbre o Soum de Ramond (¿alguna vez fue Ramond mejor honrado?). Y ello suscitó, por añadidura, su fascinación y apasionamiento por el Marboré [...]. Los mapas del *Dépôt de la Guerre* todavía incluían el tan imaginario como famoso lago del Marboré. En consecuencia, ísería preciso tomarle el relevo a Ramond y realizar el esclarecimiento

cartográfico de estas maravillas! Schrader y sus amigos decidieron que, de forma ininterrumpida, iharían del Macizo Calcáreo un *asunto suyo!*”.

El proceso que siguió la nominación de nuestra montaña era un dato poco difundido hasta que fue descubierto por Eduardo Sánchez Abella. Un investigador minucioso del Macizo Calcáreo que me pasó el siguiente párrafo de un reputadísimo cartógrafo, el entonces capitán Jean-François Massié, autor del artículo sobre “La conquête du Mont-Perdu par Ramond. Essai d’histoire pyrénéiste”. Fue publicado dentro del número 270 de *La Montagne*, en junio de 1935:

“Las tres cimas del Monte Perdido se designaban en España bajo el nombre de *Las Tres Sorellas* o *Tres Sorores*: las Tres Hermanas. El mazacote compacto era el Cilindro; la cumbre más elevada, el Monte Perdido. La tercera cima no tenía nombre. Ramond deseaba unir su recuerdo al macizo que había conquistado, pero no fue sino hasta setenta y tres años después de su conquista, hacia 1875, cuando esta tercera cima de más de 3.000 metros fue bautizada como *Soum de Ramond* a través de una asamblea de grandes pirineístas como Russell, Schrader y Wallon, a propuesta de Schrader”.

O, dicho de otro modo: el entonces mayor experto en la alta montaña pirenaica, junto con los dos cartógrafos que dibujaban los primeros mapas a escala detallada de la vertiente hispana, acordaron (posiblemente junto a otras personalidades de la descubierta de nuestra cordillera) cómo se llamaría en sus respectivos trabajos una montaña que, hasta donde todos ellos sabían, permanecía innominada. Acertadamente, cuantos vinieron detrás atendieron el buen criterio de estos reconocidos especialistas. Hasta el año pasado, claro...

Volvamos con el cartógrafo de Burdeos. Como es lógico, las referencias dentro de su obra hacia la cumbre que acababa de *nacer* para el montañismo fueron frecuentes. Complementadas siempre con importantes observaciones sobre la toponimia de la época. Insistiremos algo más en su texto de presentación, para acompañar al erudito en las exhaustivas rondas de 1873 por ese Macizo Calcáreo que de tal modo supo ganar su afecto:

“El horizonte por el suroeste se volvía cada vez más amenazador y las brumas se mantenían todavía sobre los 3.400 metros, rozando apenas la cima del Monte Perdido y recubriendo la mitad de los Pirineos con una cúpula tan negra como la pizarra contra la que se destacaban las grandes cimas nevadas con su fantástico resplandor [...]. Después del rodeo que realizamos en torno al Cilindro, observamos ante nosotros, a la misma altura, la interminable fila que era preciso atravesar de las cumbres de Gavarnie, resplandecientes de nieves. Jamás pensamos en poder encontrar tanta nieve sobre la vertiente meridional. El Marboré, las Torres [los picos de la Cascada y la Torre], el Casco y el reverso del Cilindro no eran sino un inmenso desierto blanco, apenas interrumpido aquí y allá por amplios afloramientos de rocas grisáceas. Las nubes quedaban todavía muy altas. El Cilindro, el Monte Perdido y el Soum de Ramond se alzaban bajo el cielo sombrío con un terrible esplendor, perfectamente emparejados los tres, pues el monte del medio apenas sobrepasaba a los otros dos.

“Fue preciso detenernos para corregir un error geográfico. Desde las llanuras de Aragón se distinguía por encima de los Pirineos las tres cimas dominantes que llevaban el nombre de *Tres Sorellas* (era, al menos, el nombre que les daban los montañeses, pero parece verosímil que el de *Tres Hermanas* fuese el más empleado fuera de la cadena). Los geógrafos franceses, ignorando la existencia del Soum de Ramond, habían creído hallar esas tres hermanas en el Monte Perdido, el Cilindro y el Marboré. En este tema la duda ya no era posible: las tres hermanas que ya habíamos reconocido desde el pic Long el año anterior [1872], nos aparecían ahora en el orden inverso, con un relieve todavía más acusado. Ese Marboré que se extendía al norte no era en absoluto un pico, sino más bien una plataforma aplastada, poco definida y poco individualizada, a través de la cual las estratificaciones calcáreas dibujaban en la nieve unas gradas paralelas. Por su parte, el Cilindro se veía bajo un nuevo aspecto. Era como un amplio pozo o como un enorme coliseo cuyas paredes se abrían hacia el suroeste, para elevarse muy altas hacia el norte. Un glaciar agrietado ocupaba toda la depresión y venía a morir en medio de las nieves que recubrían la meseta. El muro sur del Cilindro no se interrumpía completamente y se podía seguir bajo las nieves su continuo alzamiento: se alargaba paralelamente en la dirección de la cadena pirenaica, del Monte Perdido, de las cimas de Gavarnie o de las mil pequeñas gradas del Marboré, y se enderezaba con lentitud para formar la segunda cumbre de la alineación de puntas gemelas que se distinguía desde Gavarnie, por debajo y a la derecha del Marboré. Las otras puntas, situadas más cerca de la cima, no eran sino resaltes, aunque singularmente desgastados. En cuanto al bloque que les precedía a todos, dominando la Gran Cascada por el lado francés, que [Édouard] Wallon llamaba Hombro [Épaule] del Marboré, surgía de un amplio glaciar allanado con un orgullo soberano”.

No extraña que la calidad de los textos y mapas de la *factoría schraderiana* sigan maravillando en nuestros días. Nos despediremos por hoy de este cartógrafo siempre sincero, como buen protestante que era, para retomar su testimonio en la próxima entrada: es lo menos que se merece un pionero de semejante calibre, responsable de un topónimo nuevo dedicado a otro explorador de similar valía. En una montaña de primer orden, sí, y del Sobrarbe, desde luego, que probablemente estaba privada de designación fuera del coral de las Tres Sorores y demás mutaciones localistas. Vamos, nada extraordinario: lo mismo que había pasado con las otras dos *hermanas* (Cilindro y Monte Perdido) desde al menos el siglo XVIII, bautizadas antes que nuestro *Soum* debido a su mayor visibilidad. Con topónimos que en la actualidad están perfectamente asentados en Francia y España.

Personalmente no me molesta que esta individualización de los Techos del Macizo Calcáreo llegase desde el norte. Ni que, con los lustros de empleo por parte, sobre todo, de montañeros, tales designaciones se consolidaran y perdurasen en ambas vertientes. En el caso de la más *joven* de las Tres Sorores, el Soum de Ramond, nominada desde hace la friolera cifra de ciento cuarenta y seis años.

Me admira, eso sí, que ciertos toponimistas aborden este hecho de forma separada, cuando en los tres casos se siguió un proceso bastante parecido. ¿Se han *cargado* a Ramond por pura fobia a cuanto pueda sonar a francés?

2.13. Los pastores del Som de Ramón

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 20 de noviembre de 2018

Desde la toponimia más sesgada se supone, de forma gratuita, que los pirineístas de antaño nunca hablaban con los habitantes de las montañas. Que jamás se les ocurrió interrogar a quienes permanecían en lo alto: ganaderos y cazadores, guías y arrieros, contrabandistas y carabineros. Sin embargo, hay abundancia de testimonios que indican que tan grave acusación no es real. Más aún: todo parece apuntalar el hecho de que los pioneros de la época de la exploración visitaban pueblos, cabañas y majadas para recopilar de sus moradores unos datos para ellos vitales sobre nombres, rutas y mil asuntos más de una cordillera que adoraban.

Vamos ya con la segunda entrada sobre el Soum de Ramond... A modo de complemento de la anterior he reunido varias referencias sobre los contactos de Franz Schrader con los montañeses del sur de la cadena. En realidad, no es sino una mera excusa para conocer a los, sin duda, mejores informadores durante sus rondas cartográficas. Así, desde las "Nuevas exploraciones en el macizo calcáreo de los Pirineos" del *Annuaire* del *Club Alpin Français* (1875), el galo narró un encuentro poco fructífero que se produjo en el transcurso de uno de sus recorridos entre Añisclo y Góriz:

"Por el momento se trataba de descender. Henri [Passet] se decidió a meterse el primero en un corredor muy estrecho, lleno de desprendimientos deslizantes, que se inclinaba al menos sesenta grados hacia la base de la muralla. Antes de seguirle, tomamos nota del nivel barométrico, según el cual debíamos de encontrarnos aproximadamente a 2.350 metros, por lo que le asignamos a la brecha que íbamos a dejar atrás el nombre de nuestros dos bravos guías [montañeses, claro]: *Passet-Pujo*. Después llegó el turno de introducirnos en la chimenea, descendiendo durante un cuarto de hora por la muralla de la derecha. De ese modo terminamos encontrándonos sobre el flanco de un barranco de rocas pulidas que descendía entre dos contrafuertes del Soum de Ramond, que tuvimos algún problema para contornear.

"Más adelante hallamos un camino más fácil sobre un resalte de roca que serpenteaba como un verdadero sendero a lo largo de las murallas. Finalmente alcanzamos el fondo del circo, allí donde acababa la garganta, y echamos un vistazo a la cascada que se hundía por debajo. A dos pasos de allí hallamos un rincón encantador, tapizado de césped y de grandes rocas horizontales. Una cascada que caía burbujeante del muro superior, a la que alimentaban dos profundas cuencas de agua azul, impidió que pudiésemos resistirnos por más tiempo a la necesidad de efectuar un alto. Las provisiones fueron desembaladas y extendidas sobre el mantel gris del roquedo. Así, confortablemente sentados sobre nuestros asientos de césped, cenamos con un apetito mucho más feroz debido a que degustábamos la doble satisfacción

de haber realizado un auténtico viaje de exploración que terminábamos de forma dichosa.

"Efectivamente: podíamos considerar que ya habíamos llegado. Sabíamos que la meseta de pastos que buscábamos se extendía hacia el sur por encima de la primera muralla. Aunque dicha muralla pareciese muy lisa, tampoco nos iba a espantar después de lo que acabábamos de ver. Por lo demás, debía de haber un dios que se ocupaba de los miembros del *Club Alpino*: dicho dios adoptó la forma de un español, armado con un gran fusil y acompañado de un perro que empujaba por delante suyo, sobre el remate de la muralla, a un rebaño de carneros. Al llegar encima de nosotros, los carneros descendieron a su aire a lo largo de la pared como sobre una escalera, en tanto que el perro profería prolongados ladridos y el español nos observaba con cierta desconfianza.

"Al cabo de unos minutos, satisfecho sin duda por su examen, descendió a su vez hasta nosotros y, viéndonos realizar los preparativos de salida, se detuvo a cincuenta pasos con el fusil en la mano. Unas palabras de nuestros guías hicieron pronto de él un amigo. Se trataba de un pastor de Fanlo: un hombre apuesto, robusto [...]. Ignoraba el nombre de esta grieta: para él era un *barranco*, similar a todos los *barrancos*. Pero sabía que los pastos estaban allá arriba, que la muralla era fácil y que en una hora estaríamos en la cabaña de Góriz. Todo aquello resultó exacto. La muralla estaba formada por cornisas superpuestas y muy fáciles de ascender.

"En cinco minutos nos encontramos sobre el remate de la meseta de pastizales. Cambio de panorama: ante nosotros las suaves pendientes del collado de Góriz y las cumbres de la Custodia. La cabaña de igual nombre debía de encontrarse un poco más a la izquierda, al este del collado de Góriz. Al sur, una inmensa extensión de pastos escasamente ondulados de los que no se veía el final, escondían España. Al norte, los contrafuertes del Soum de Ramond y del Monte Perdido, una ciudadela de mil metros de altura y de tres kilómetros de longitud. No había nada tan majestuoso ni tan uniforme. Los muros superpuestos comenzaban en un extremo y no terminaban sino en el otro, sin doblarse ni romperse. Hacia abajo, sobre las pendientes más suaves, un rebaño de carneros y de vacas se iba reuniendo según las órdenes de sus pastores, pues la tarde caía y las grandes sombras de las montañas se alargaban sobre las praderas. Paz suprema, una calma quizás más sublime que el primer aviso de la mañana [...]. El sonido de nuestras pisadas se apagaba en la hierba espesa y mullida, tan horizontal, tan compacta como la superficie de un lago. ¿Dónde estaban las pérfidas murallas de hacía un momento? Nada recordaría las asperezas de la montaña, si unas largas filas de rocas blancas o negras, no interrumpiesen a veces el tapiz de vegetación, o si las grandes cimas de la derecha no brillaran cada vez más fantásticas, a medida que el sol se abatía. Alcanzamos el collado de Góriz [...].

"Jamás olvidaré la profunda majestuosidad del crepúsculo en mitad de los grandes herbazales de Góriz. Dos mil cuatrocientos carneros y cabras se habían juntado allí: llegaban de todas partes, dando tumbos sobre las largas gradas de calcáreo que formaban las praderas en fajas superpuestas. Los innumerables balidos, entremezclados con el distinto repique de las esquilas,

parecían dotar de una voz a la melancolía de la tarde. El Monte Perdido se apagaba poco a poco. Las rocas o los picos ocultaban sus grandes dimensiones, mediante una dulzura extraña, en las profundidades del cielo. Después, los corderos se amontonaron en sus recintos de piedras, las estrellas se encendieron y el silencio de la noche, ese gran silencio de las montañas, descendió lentamente sobre nosotros”.

Disfrutemos un poco más con un segundo cuadro de los, digamos, ambientes montañoses de otros siglos. O, mejor dicho: seamos testigos de un nuevo encuentro, en mitad del Macizo Calcáreo, de un nativo con Schrader y sus compañeros. Se trata de una bonita anécdota extraída del texto sobre “Algunos recuerdos” en *La Montagne* del 20 de noviembre de 1907. Acudamos ya junto al gran cartógrafo bordelés a los praderíos ganaderos del Góriz de antaño:

“El pastor español, un guardián de millares de carneros que durante el día hacían sonar las esquilas por los pastos esquilados, los llamó a la caída del sol. Apretados en una majada formada por piedras calcáreas apiladas a lo largo de las cuales se amparaba la estrecha cabaña, dormían o, a ratos, se estremecían con el murmullo sordo de todos los vellones refrotados. A lo lejos, un perro ladraba al presentir al oso por el borde de los precipicios del Arazas.

“Sentados en un banco de piedra aún tibio por el sol, comimos, con la luna decreciente, una sopa espesa elaborada con leche salada de oveja, sazónada con pan negro. El pastor nos contó que, durante la última Guerra Carlista, fue por algún tiempo el capitán de su compañía cuando perseguían a los insurgentes por las montañas de Fanlo, allá abajo, hacia el sur.

“Le dije sonriendo: *Así es la suerte; llegasteis a ser capitán de hombres y hoy sois capitán de carneros. ¿Qué es lo que preferíais?*

“Él dejó descansar su cuchara en la sopa, reflexionó un instante y respondió: *Hombre, lo que importa no es lo que hice, sino cómo lo hice. Si estuvo bien, entonces fui un hombre. Si no, no fui nada.*

“Reinaba el silencio, el perro todavía ladraba, ahora más lejos, probablemente haciendo huir al oso por las cornisas del Arazas y, en la calma de la noche de agosto, dos estrellas errantes se deslizaron en mitad del cielo”.

Bien se ve que los pirineístas clásicos *jamás-jamás* charlaban con quienes se encontraban por las montañas... Nos despediremos momentáneamente de Franz Schrader con su texto sobre “Gavarnie y Arazas”, publicado en el órgano del CAF en abril de 1913. Atentos, pues contiene uno de los párrafos más interesantes de la crónica toponímica del *joven* Soum de Ramond:

“Cinco personas en una tienda de dos metros cuadrados es mucho en apariencia. En realidad resulta perfecto, una vez que la gente está bien estibada. Además, la temperatura permanece tibia durante toda la noche. Al amanecer, el crepitar de una tormenta sobre la tela nos despertó de forma desagradable. Pero constaté que el barómetro indicaba augurios bastante buenos y, enseguida, saliendo bajo un chaparroncillo, vimos agruparse a las nubes bajo los primeros rayos de un sol bastante pálido para ser de España.

“Aunque las grandes cimas quedaban todavía escondidas, a pesar de todo, no nos faltarían los puntos de referencia. Los veíamos alrededor nuestro, por

todas partes. Al oeste y al sur de nuestro campamento, el muro del Arazas caía verticalmente sobre el valle. Enfrente, las murallas se alzaban, y los primeros corredores que, desde la meseta de Góriz, se abrían hacia la estrecha llanura de Soaso, aparecían en su conjunto, a la vez rítmico y complicado. Todo el grosor de la roca había sido aserrado mediante cortes verticales, infinitamente variados, sobre trescientos o cuatrocientos metros de espesor. Todos los colores convergían hacia una grieta central, donde el torrente descendía alternativamente en caídas y remansos hasta la cascada de Soaso, que se desplegaba como una cabellera regular sobre las capas finas de calcáreo, a más de trescientos cincuenta metros a nuestros pies.

"De inmediato, nos pusimos a trabajar [Maurice] Heid y yo, cada uno en lo suyo. Para interpretar mejor los detalles del fino corte de los colores superiores, elegimos dos estaciones, una al oeste y otra al suroeste del campamento, en tanto que Pujo salió en busca de un pastor al que conocía, y cuyo rebaño apareció a lo lejos, concentrado bajo una peña extraplomada. Al cabo de tres cuartos de hora regresó, no con un pastor, sino con dos. El mayor frecuentaba la región desde hacía dieciséis años, luego la conocía a fondo. Para asegurarnos, primero le preguntamos sobre todo cuanto sabíamos tan bien como él. Así, nos informó de todos los nombres de las cimas, de los collados, de las mesetas que se veían y de las que no, y descompuso a las *Tres Sorores* de hace cuarenta años, en *Cilindro*, *Monte Perdido* y *Som de Ramón*. ¿Acaso adivinó que tenía ante sus ojos a quien, en 1872, atribuyó dicho nombre a la segunda cumbre [sic] del Monte Perdido? Fue una extraña sensación la de escuchar en España, al sur del macizo, cómo resonaba un nombre que pronunciamos en Francia hacía cuarenta años [desde la cresta del pic Long]. Sin embargo, es así como se constituye la historia: motita a motita de polvo.

"Durante más de una hora entremezclamos los apelativos conocidos con algunas otras cuestiones sobre las que nos queríamos informar. Ningún otro control parecía más eficaz. Se trataba de una auténtica triangulación. Dicho examen resultó satisfactorio, demostrando que nuestro informador conocía la zona. ¡Cuántas veces, para encontrar algún cordero perdido, debió de recurrir a esos conocimientos que ahora compartía con nosotros!"

Imagino que los artífices de cierta Lista de tresmiles desconocían esta versión tan *aragonesa* del nombre de la *cima ramondiana*. Si no, igual la hubieran hecho suya. Podían incluso haber elegido otras. Ya hemos hablado, hace no mucho, de ese "Pic Ramond" al que, un tanto a regañadientes por no existir otro topónimo, pareció recurrir el geólogo oscense Lucas Mallada hacia 1878... Varios lustros después, los más diversos términos, digámoslo sin sombra de reproche, un tanto *deformados*, habían hecho fortuna entre nosotros para designar a la *Soror Innominada*. Pondré tres ejemplos tan solo de esos que pueden hallarse entre las crónicas del montañismo con tal de saber leer en el idioma español, demostrar un mínimo de interés por el asunto y disponer de un pelín de tiempo:

En 1928 Anselmo y Francisco Solanes hablaban del "Sum de Ramond" desde las páginas del *Heraldo Deportivo*...

En 1929 Victoriano Rivera Gallo se decantaba más bien por el "Som de Ramond" desde un artículo para *España Forestal*...

En 1930 Arnaldo de España aludía al "Sum de Ramón" en su trabajo para el diario *El Sol*...

¿Más pruebas reales, que no elucubraciones? De las obtenidas en labios de los guías locales del pasado cercano, quiero decir. Ya he hablado anteriormente del reconocimiento efectuado en agosto de 1903 por Lucien Briet, quien distinguía sin titubeo alguno entre ese "Soum de Ramond" situado en el costado noroccidental del cuello de Añisclo, y esos "picos de Añisclo" que se alzaban justo al otro lado del portillo... Revisemos ahora cierta *tournée* entre Panticosa y Benasque realizada por el ingeniero Deffner en 1916. Esto podía leerse en su detallado informe para la *Revista de Alpinismo Peñalara* en su número 40 (abril de 1917):

"El collado superior de Goris [en muchos textos pretéritos se prefiere este término al actual de Góriz] estimo deberá tener una altura de unos 2.500 metros (pico Gordo), pues el Soum [de Ramond, según especificara anteriormente] queda a muy poca altura más y los mapas indican para el collado inferior, más al sur, 2.393 metros. El puerto es ancho, formado por un montón enorme de losas deshechas por la acción del tiempo durante siglos. El panorama es grandioso. Se extienden sobre el grupo del Monte Perdido y Marboré, hasta la aguda punta de la Torre, de 3.118 metros de elevación, el Casco, de 3.150 metros, y el Taillón, de 3.140 metros. Estos últimos picos ya los había visto desde las faldas del pico de Otal, bajando de la collada de la Tendeñera, habiendo rodeado desde entonces todo el macizo.

"Al otro lado del collado se presenta una nueva vista, casi más magnífica aún que la anterior. A mi izquierda se eleva la Cega, o el pico de Añisclo, con la collada de Escuaín, delante de la cual va a parar una estribación en el Fon Blanca. Desde aquel foso baja el valle de Añisclo, por el que serpentea el río Bellos, y que está formado por montes de extravagantes aspectos".

No; no son casos excepcionales: aunque el sector del macizo del Monte Perdido que hoy nos ocupa no era de los más frecuentados por los *bípedos montaraces*, resulta relativamente sencillo que, quien en verdad lo desee, pueda enterarse de la toponimia que por allí imperaba a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Me refiero a las designaciones que usaban por entonces tanto montañeses como montañeros. Porque, cuando no existían los helicópteros de rescate, iera esencial no perderse por *enredarla* con un nombrecito inexacto!

A modo de despedida, insistiré en el más que demostrado buen hacer del cartógrafo Franz Schrader: tal y como él mismo detallara, siempre buscó el contacto directo con los naturales de las montañas cuando atravesó sus territorios. Es más: se sabe incluso que quedaba un tanto decepcionado cuando sus informadores demostraban no conocer en exceso la zona sobre la que les interrogaba. Y que desconfiaba de muchas de estas noticias, de las que simplemente tomaba nota hasta conocer su valía real. Una actitud obvia, dada su pasión por legarnos unos mapas lo más exactos posible. Tanto en el relieve como en los nombres.

2.14. Un Reglamento centenario para Ordesa Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 3 de diciembre de 2018

Entre los eventos que deja atrás este 2018 que se despide ya de nosotros, brillan de un modo especial las conmemoraciones por los cien años de la entrada en servicio del llamado *Parque Nacional del Valle de Ordesa o del Río Ara*. Un espacio que seguiría cierto proceso de consolidación progresiva que, debido acaso a la bisoñez de la política hispana en favor del medio ambiente, saldría adelante a través de pequeños impulsos.

Entre las diversas actuaciones que hoy se pueden evocar, ha pasado de un modo un tanto discreto la aprobación de su Reglamento mediante la preceptiva Real Orden del 26 de septiembre de 1918. En cualquier caso, la efeméride constituye un buen pretexto para que repasemos cierto trabajo de Alberto de Segovia para el número 65 de *España Forestal* (septiembre de 1920), editado bajo el parco título de "Los Parques Nacionales".

En primer lugar, y para situarnos un poco, veamos primero las consideraciones *a caballo pasado* que realizara dicho periodista sobre cómo se produjo el *nacimiento embrionario* del futuro *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido*. Un texto-interview rico en detalles y matices, como pronto se verá:

"Para que una idea se convierta en hecho necesita un hombre que la encarne y la sostenga con tenacidad y energía. Los comienzos de su propaganda son generalmente algo heroico en los linderos de lo *quijotesco*, únicamente respetable para los que profesamos la religión de Alonso Quijano, para los idealistas y románticos, que, a juicio de los hombres prácticos, vivimos en las nubes. Y ojalá viviéramos siempre en ellas, sin tener que sufrir los ásperos, repugnantes contactos con la realidad que exige la lucha por la vida y la relación con las gentes. Después, cuando la colectividad utiliza los beneficios de la idea llevada a la vida suele reivindicarse a sus iniciadores e impulsores, que pasan a ser incluidos en una especie de martirologio, que es como la afirmación de la incomprensión y la ingratitud humana.

"El marqués de Villaviciosa de Asturias, hijo del estadista ilustre que se llamó Alejandro Pidal, tiene en su haber una obra amplia y fecunda. Lo que a primera vista parece constituir exclusivamente un aspecto estéril, de mera diversión personal, su dominio de los deportes, ha sido un vigoroso aliento a las clases aristocráticas hacia la noble belleza y utilidad del entusiasmo por los ejercicios físicos y por la Naturaleza, vigorizadores del organismo y del espíritu en su doble eficacia regeneradora. ¿No es verdad que es vergonzoso y doloroso el espectáculo de la juventud rica, que limita sus perspectivas a los bajos fondos del vicio y reparte sus horas y su capital entre el tapete verde, el alcoholismo y la juerga, bajo la sugestión de esos dos morbos de la violencia y de la lascivia fundidos en su psicología con la abulia más manifiesta en constante servidumbre, esclavitud de las disposiciones, del azar, que a la postre no es más que un encubridor de la holgazanería y la ausencia de estímulos elevados? El marqués de Villaviciosa, Pedro Pidal, campeón varias veces de tiro, alpinista el más hábil y resistente, como que ha sido el único que logró escalar el

Naranjo de Bulnes, en los Picos de Europa; cazador de osos [reconvertido a proteccionista]; hombre corpulento y fortísimo; que madruga y no bebe ni fuma; andarín; que goza la voluptuosidad del frío y resiste la acción de todos los agentes naturales sin dejar de sonreír, ¿no es un hermoso ejemplo de conducta que contrasta con la vida de cabaret y casino, insana y degradante, verdadera ciénaga en que se asfixia con el olor de su propia miseria física y moral tanta porción de nuestra juventud rica? Claro está que un vivir consagrado a los deportes no bastaría a justificar la existencia de un hombre, por glorioso que fuera su apellido, aunque difundiese con sus costumbres las ventajas de no ser noctámbulo y de sentir pasión por el aire libre y culto al músculo. Pedro Pidal es un parlamentario estudioso que, burla burlando, entre notas de amena travesura y estridencias oratorias que atraen la expectación de la nación, realiza una labor disectora, fiscal, en cuestiones docentes, y su palabra y su pluma son atendidas por la opinión imparcial con vivo interés y..., temidas por los que originan con su ignorancia, su incapacidad y su proceder inmoral los escándalos de la enseñanza española.

"El marqués de Villaviciosa de Asturias ha logrado enlazar de la manera más fecunda su amor a la Naturaleza y sus predilecciones por asuntos de educación, levantando la bandera de los Parques Nacionales, que además de lugares de belleza dignos de conservarse, son como escuelas naturales en que la inteligencia aprende mientras la sensibilidad goza y los pulmones se ensanchan, fortificándose el organismo.

"Son Parques Nacionales, dice el Artículo Segundo de la Ley vigente, presentada al Senado por Pedro Pidal, aquellos sitios o parajes excepcionalmente pintorescos, forestales o agrestes del territorio nacional que el Estado consagra, declarándolos tales con el exclusivo objeto de favorecer su acceso por vías de comunicación adecuadas y de respetar y hacer que se respete la belleza natural de sus paisajes, la riqueza de su fauna y de su flora y las particularidades geológicas e hidrográficas que encierren, evitando de este modo, con la mayor eficacia, todo acto de destrucción, deterioro o desfiguración por la mano del hombre... El marqués de Villaviciosa es comisario general de Parques Nacionales.

"Lo mismo que un monumento artístico cualquiera es declarado nacional para su conservación, debe nacionalizarse un monte, un valle, un paisaje, con el fin de que no desaparezca. Pedro Pidal, a requerimiento del que suscribe, diserta acerca del interesante tema:

"—Los Parques Nacionales tuvieron su origen en los Estados Unidos de América del Norte. El general Grant, vencedor de los Estados separatistas del Sur, creador de la unidad nacional, creó en las Montañas Rocosas el primer parque nacional de América y del mundo, el Yellowstone, en 1872. Tiene cien kilómetros de largo por ochenta de ancho. En él se admiran los geisers, que elevan al cielo sus columnas de agua hirviendo, los lagos, las cascadas, los rebaños de búfalos, los bisontes, los ciervos wapitis, el alce, los carneros salvajes, el antílope, el puma, los osos negros, pardos y grises, que se acercan al visitante y acuden a las traseras del hotel [...].

"En Sierra Nevada, de California, está el Parque Nacional Yosemite, con altas cascadas, gigantescos árboles y hermosos lagos. Los Parques del General Grant son también célebres en los Estados Unidos, donde hay un árbol llamado General Grant, que mide treinta metros de circunferencia; así como Cráter Lake, antiguo volcán, cuyo cráter es hoy un lago; Monte Rainier, Caverna de los Vientos y otros, hasta cuarenta y ocho. Los del Canadá son los del Niágara, Reina Victoria, Lago Luisa, Buffalo Bark, Parque de Hielo, con la caverna de Nakimu y otros. En Nueva Zelanda, Australia, República Argentina y otros pueblos hay parques muy notables.

"—¿Y en Europa?

"—Los primeros Parques Nacionales de Europa los fundó Suiza, que ama y conserva sus paisajes y siente orgullo de ellos. Su Liga para la protección de la Naturaleza cuenta con más de veinticinco mil miembros.

"Alemania tiene la Sociedad para la creación de los Parques Nacionales en Alemania y Austria que ha establecido varios, entre ellos los de los Alpes de Styria, Selva virgen de Hastruch, Isla de Wilvi, Selva de Kubany, en Bohemia, y Bosque del Conde de Dolina-Finckenstein. El profesor Conwentz, de Berlín, merece un elogio. Gracias a su gestión desde la dirección del Gabinete Central de la Protección a la Naturaleza, de la capital de Alemania, no se ha cortado ningún árbol en el lago de la Selva Negra, ni se ha matado ningún castor del Elba. El gato salvaje de Harr tiene un protector en el conde de Asseburg, y el conde de Craislshiem mantiene a cuatrocientas garzas en sus posesiones. Hasta se ha prohibido en Alemania la destrucción de una cierta serpiente (la coronella austríaca) y una gran cantidad de plantas.

"Es admirable la labor del Comité para la defensa del paisaje y de los monumentos italianos, creado en 1913 en Milán.

"En Francia se abrió en 1919 el primer Congreso internacional para la protección de la Naturaleza. En 1906 se dictó en Francia la ley organizando para los sitios pintorescos un régimen análogo al establecido para los monumentos históricos en 1887.

"En el mismo país existe la Asociación de Parques Nacionales.

"En España se creó la Comisaría Regia del Turismo, que desempeña insustituiblemente el marqués de la Vega Inclán, encargada, entre otras cosas, de "vigilar la conservación eficaz y procurar la exhibición adecuada de la España artística, monumental y pintoresca".

"Como usted sabe —termina diciéndonos el marqués de Villaviciosa—, tenemos ya dos Parques Nacionales: el de Covadonga y el que se inaugura ahora en el Valle de Ordesa".

Tras esta entrevista realizada a nuestro Padre de los Parques Nacionales, es de suponer que en puertas del verano de 1920, Alberto de Segovia se centraba en el espacio protegido de Ordesa. No sin dejarnos una nueva colección de nombres que tendría que suscitar el celo de los toponimistas (mínimamente) trabajadores:

"La pluma no puede dar idea de su grandiosidad, de su hermosura. Es un valle paralelo al Pirineo, de origen glaciario, en forma de U, producido por un río de hielo que descendió del Monte Perdido.

"Hecha esta rápida referencia geológica, y agregando que sus rocas son calizas cretáceas, permítase una reserva al observador. Más que valle parece una grieta en el macizo montañoso que sirve de cauce al río Ordesa, con algunos ensanchamientos que forman verdes praderas.

Limitado por altísimos muros, su entrada natural está en donde sale el río para desembocar en Ara, que viene del Norte.

"No es nuestro intento hacer una digresión terminológica. Algunos geógrafos y excursionistas franceses (Saint-Saud, entre ellos) llaman a este valle, no de Ordesa, sino de Arrasas, y con el nombre de Arazas figura en ciertos mapas. Nosotros hemos preguntado a diferentes vecinos de Torla acerca de ello, y todos llaman al río Ordesa, río Ara.

"—Entonces —les replicamos—, si ese río es el Ara, ¿cuál es el que recoge sus aguas al abrirse el valle?

"—Pues..., el río de Bujaruelo —nos han contestado coincidentes entre sí.

"Aquí se plantea un problema: el río que se forma en el valle, ¿es el Ordesa o el Ara? En el segundo caso, ¿no debe designarse el valle con el nombre de valle de Ara o de Arazas? [se explica así el nombre originario de *Parque Nacional del Valle de Ordesa o del Río Ara*]. Pero dejemos la cuestión a la ciencia, que ella la resolverá [¿ a través de alguna Comisión Asesora de Toponimia?]. No podemos abordarla en una nota periodística hecha sobre un breve estudio del valle.

"El valle de Ordesa (llamémosle así, ya que es su nombre oficial consagrado por el Real decreto de 16 de agosto de 1918) tiene unos quince kilómetros de largo, y está poblado de pinos, abetos, hayas, algunos álamos blancos, numerosísimos mazorrales de boj, innumerables florecillas y abundante cantidad de fresas y frambuesas.

"En su parte oriental se precipita el río en cascadas, algunas de ellas, como la de Soaso, que vimos, realmente imponente, de sesenta metros de altura, socavando la roca de caprichosa manera y penetrando el agua por un túnel, cuya boca se ve desde arriba, para salir por una serie de curiosas fuentes unos metros más lejos.

"Los tonos azulados, verdosos, del agua en el fondo de la cascada, después del torrente espumoso en que se quiebran como en un sistema infinito de prismas los rayos solares, son de un efecto fantástico.

"Respecto a los muros rocosos que cierran el valle, exceptuándolas zonas inferiores, guarnecidas de arboledas tan espesas que asemejan un ceñido ropaje por donde parece que no puede penetrar la luz del día, el resto hasta las cimas es inaccesible.

"Se concibe en tales parajes, por lo selváticos y absolutamente vírgenes, la existencia de la cabra montesa. Todo se condensa en una sensación total de hondo, de suave, de dulcísimo reposo. Se cree el espíritu transportado a otro siglo y aun a otro lugar muy lejano del planeta. Suscribimos la opinión de los distinguidos compañeros que afirman que ningún otro sitio merece como éste haber sido consagrado Parque Nacional.

"Así lo pensó, en efecto, el ilustre Comisario Regio del Turismo, marqués de la Vega Inclán, cuando el día 14 de agosto de 1915 comunicó al Ayuntamiento en

pleno de la villa de Torla que Su Majestad el Rey personalmente, desde hace tiempo, conoce y se interesa por el maravilloso valle de Ordesa, y que seguramente, cuando las dificultades de carácter internacional lo permitan [tras la guerra de 1914-1918], se construirán carreteras, especialmente la que une a Broto con Biescas, con un ramal al valle de Ordesa y probablemente otra que siga por el puerto Bujaruelo a Francia. La Comisaria Regia del Turismo, es decir, su alma, el marqués de la Vega Inclán, se preocupaba de este asunto desde hacía dos años cerca de la Dirección de Obras públicas, inspirándose en los estudios del ingeniero Diz Bercendoniz, mientras estuvo al frente de las carreteras pirenaicas.

"La Comisaría pensaba someter al Gobierno la declaración del valle de Ordesa como primer Parque Nacional, así que se aprobara el proyecto de ley presentado por el marqués de Villaviciosa de Asturias.

"El citado día, el marqués de la Vega Inclán, entregó al secretario del Ayuntamiento de Torla quinientas pesetas para colaborar a la obra que este pueblo hace en pro de las comunicaciones y mejoramiento del valle de Ordesa; constituyó allí una Junta de Turismo y recomendó la conservación de la fauna y flora del valle, evitando que se cace la *capra hispánica* para que no se extinga la especie.

"El pueblo de Torla ha demostrado su gratitud al marqués de la Vega Inclán, poniendo su nombre a una de sus calles.

"Después se creó primero el Parque de Covadonga por motivos explicables de significación histórica, dada la epopeya patriótica que recuerda la Peña Santa en los Picos de Europa asturiano-leoneses, consagrada como primer Parque Nacional.

"Refiriéndonos al de Ordesa, tiene por límites, según el decreto de su creación: al norte, todo lo largo de la cúspide de las murallas que asoman al valle, desde Mondarruego a la cascada de las gradas de Soaso. Al este, la cascada de las gradas de Soaso. Al sur, desde esta cascada a la cumbre de las murallas, siguiendo ésta por encima de la Faja de Pelay, hasta dar vista a Torla. Por el oeste, desde donde empieza la Faja de Pelay, mirando a Torla, al puente de los Navarros, Solepiana, San Guino y Mondarruego.

"Con arreglo al concepto del Parque Nacional, en el Reglamento del mismo, aprobado por Real Orden de 26 de septiembre de 1918, se dispone que se respete la vegetación, la fauna y, en general, el paisaje del valle de Ordesa, prohibiéndose todo género de explotación forestal, fabril, hidráulica, minera, etcétera.

"El acceso a Ordesa es largo y difícil. De Madrid, en tren hasta Barbastro, o sea desde las seis y treinta y cinco de la tarde, que salimos en el correo de Zaragoza, hasta la hora de almorzar del día siguiente, que llegamos a esta vieja e histórica ciudad. Después, ciento cinco kilómetros en auto hasta Broto, con un pintoresco camino: valle del río Cinca, el puerto de Naval, Aínsa, Boltaña, el curso del río Ara. De Broto a Torla, donde pernoctamos, y de Torla al valle, en mulo, unos diez kilómetros escasos, por senderos de herradura, en parte tallados como cornisas en la roca, al borde de precipicios.

“Sin embargo, el esfuerzo que supone el viaje es más que suficientemente recompensado con la magnífica impresión estética que ofrece el valle de Ordesa. Además hay unas truchas excelentes y unas frambuesas agridulces que ocuparían lugar de preferencia en la mesa de un sibarita”.

Así analizaban “sobre el terreno” al primero de los espacios protegidos de Aragón, los ojos del periodista Alberto de Segovia, allá por del mes de agosto de 1920. Mucho se ha escrito desde entonces sobre Ordesa. Sin embargo, siempre se pueden hallar datos poco o nada difundidos..., si se rasca (mínimamente) por la hemeroteca.

2.15. Viaje a Escuaín, el pueblo al que nadie va Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 10 de diciembre de 2018

No solo de montañas vive el pirineísmo. En su época dorada, los pioneros sintieron de igual modo cierta atracción por los ríos de los valles altos. Que era tanto como decir: por los siempre misteriosos nacederos, allí donde surgen a la luz esas gotitas de agua ansiosas por iniciar entre cumbres su peregrinación hacia el mar.

Quienes buceen entre los textos de, pongamos el caso, Henry Russell o Lucien Briet, hallarán bellas páginas destinadas a los cursos más jóvenes del Pirineo. Capítulo aparte merece el geógrafo Franz Schrader, quien en las añadas a caballo de los siglos XIX y XX dedicó su atención con frecuencia a esos caminos del agua que se abrían paso entre las montañas del Alto Aragón.

Una de las aventuras *schraderianas* más afortunadas tendría como protagonista al río Yaga. Más en concreto, al tramo situado no lejos de cierta población sobrarbesa donde, al parecer, *a nadie se le había perdido nada*. Dicho episodio quedó reflejado en el artículo sobre las “Montagnes de Bielsa et pic de Cotiella (Pyrénées françaises et espagnols)” para el *Annuaire du Club Alpin Français* de 1877 (1878). Acudamos sin demora a estas páginas para asistir al *descubrimiento turístico* de la garganta de Escuaín.

La campaña cartográfica de Franz Schrader del verano de 1877 lo llevaría a un terreno que se extendía desde las montañas belsetanas hasta el Cotiella y la punta de Salinas. Nos centraremos en el apartado que dedicó tanto al “Valle de Tella” como a la “Garganta de Escuaín”. Como era costumbre en nuestro erudito, acudió muy bien escoltado por dos habitantes de la zona: como guía llevaba a un tal Gabardous, hombre ya maduro y con fama de decidido, originario de Héas pero establecido desde hacía tiempo en Bielsa para evitar la leva del Ejército galo. Como porteador contrató a un nativo de la referida villa llamado Antonio Suárez.

Entre los planes iniciales del bordelés nunca estuvo el de dirigirse hacia la aldea que bien hubiera podido erigirse como el *Shangri-La* aragonés. Seguramente tampoco estaba en su mente una incursión por el territorio de la toponimia que diferenciara, una vez más, los verdaderos “picos de Añisclo” del ya aceptado como “Soum de Ramond”. De esta manera contó Schrader cómo discurrieron sus indagaciones hidrológicas entre el Cinca y el Ara, los días 17, 18 y 19 de agosto de 1877:

“Salí a la mañana siguiente, partiendo desde Bielsa rumbo a Tella y a las montañas de Añisclo. Tenía algunas dudas de lo que encontraría en mi ruta: abandoné el camino de Salinas antes del final de la garganta para ascender hacia la derecha por un sendero en zigzag hacia el melancólico collado de Tella (1.200 metros). Había allí bellas vistas hacia el sur sobre la cuenca de Salinas, la peña Montañesa y el desfiladero de las Devotas, así como, hacia el norte, sobre los declives rojizos en forma de defensas y torretas derribadas que aparecían sobre los bosques milenarios del Pirineo aragonés. Había un puente sobre el barranco con una bella fuente a ocho o diez metros: no se olviden de beber allí. El sendero giraba al sureste. Después se alcanzaba un altiplano bastante amplio que apenas se ondulaba y que formaba un collado. Vimos una buena fuente con abrevadero a la izquierda del camino, por el lado del collado. Seguramente se pueden hallar huellas del ganado si se buscan. Había un panorama grandioso, aunque bastante triste, sobre la vertiente meridional de Ets Parets y de las nieves del *Soum de Ramond*. Hubiésemos tenido que bajar a la izquierda para acudir hacia Tella, pero nos dirigimos a la derecha para alcanzar Revilla con el fin de ganar las *montañas de Añisclo* por cualquier rampa. Al ver las redondeadas cimas que formaban la base de los *picos de Añisclo*, con todo el aspecto de sustentar el Monte Perdido, pudimos convencernos de que no careceríamos de accesos. Proseguimos por el flanco de la montaña, marchando en dirección oeste-noroeste sin preocuparnos por los senderos que se interrumpían o que volvían a materializarse sin continuidad alguna. Ets Parets nos dominaban por la derecha, enviándonos el calor del sol: se hubiera dicho que el mismo astro rey iba a incendiarse; la sequedad era desesperante. Todos los barrancos ardían, no había ni una gota de agua y, solo de forma excepcional, se veían unos pocos árboles. Cuando llegamos a unos cien metros por encima de Revilla, un pueblo melancólico en un lugar melancólico, tanto la sed enloquecedora como el olor dulzón de los bojes nos obligaron a realizar un alto. Más en concreto por Gabardous, quien, algo indispuerto, pidió poder echarse una siesta. Por su parte, el porteador Antonio Suárez, de Bielsa, se sentía bien. Durante unos instantes nos adormecimos sobre un roquedo al sol, después de haber bebido unas gotas de un agua tibia enriquecida con fango verde, el único líquido que había en el fondo de un orificio del barranco. Tanto la fuente como los habitantes de Revilla permanecían invisibles en ambos casos. Más abajo la torrentera susurraba bajo los abetos y las encinas. Me desperté enseguida, insistí para que siguiésemos adelante y volvimos a salir.

“Pero Gabardous, quien verdaderamente padecía, me propuso que renunciáramos a cruzar hasta el valle de Añisclo en esa misma jornada, acudiendo para pernoctar a Escuaín. Me sorprendió ese nombre tan extrañamente vasco que escuchaba por primera vez:

“—Entonces, ¿qué es eso de Escuaín?

“—Un pueblo adonde jamás se va; al pie del Marboré.

“Respondí a Gabardous que en aquella ocasión se equivocaba, puesto que nos hallábamos separados del Marboré por dos valles y por toda la masa del Monte Perdido. Pero él insistió, sosteniendo que conocía muy bien Escuaín, ya que

había estado allí, y que la *Gran Garganta*, la más profunda de los Pirineos, llegaba hasta el fondo del Marboré. Indudablemente aún quedaban inesperados asuntos para esclarecer en mitad de estas grandes montañas que incluso desconocían las gentes de la comarca. Eso me recordó que los habitantes de Gavarnie, cuando le mostraban a Ramond el Astazu, lo señalaban como si fuera el Monte Perdido.

"Adelante, pues, hacia lo desconocido. Continuamos hacia el oeste. Ante nosotros apareció un gran amurallamiento en tonos marrones que se alzaba muy alto para cerrar el valle. Alcanzamos su base y, en un principio, nos encontramos al borde de un torrente que surgía de una grieta profunda, abierta en zigzag entre las masas rocosas: era una desolación admirable con agua fresca, encinas y abetos. Dicha quebrada, me dijo Gabardous, era el inicio de la *Gran Garganta*. Cruzamos la torrentera, aunque no sobre un puente del que no quedaban más que los pilares, sino sobre las piedras que obstruían su lecho. Luego subimos hacia el sur por un sendero malo, por el medio de un gran caos de bloques calcáreos desgajados del pico del Castillo Mayor, un soberbio bastión de unos ochocientos metros. Veinticinco minutos después, llegamos al remate de esa gran muralla que cerraba el valle. Pasamos junto a un campo de patatas y luego junto a otro de judías, alcanzando después unas casas del mismo color que el pan quemado. Era Escuaín, una aldea que escalonaba sus pocas cabañas y su pobre iglesia en una meseta de amplios estratos calcáreos, dominada por la derecha por bosques, grandes muros con almenas rojas y cumbres nivosas. Los habitantes, que bailaban ante su iglesia, se detuvieron para rodearnos: reconocieron a Gabardous, quien había venido a Escuaín hacía treinta y dos años, y al que algunos jóvenes habían visto después en Bielsa. Me enseñaron ese famoso *Marboré* que, efectivamente, dominaba el pueblo, pero en el que reconocí a los cuatro *picos de Añisclo*, que se parecían extrañamente, hay que confesarlo, a la hilera de las cimas del Marboré vistas desde Gavarnie, aunque en sentido inverso. Después de tales entreactos, nos trajeron vino y un vaso en el que bebí, después lo hizo Gabardous, luego Suárez y, seguidamente, los principales asistentes: todos del mismo vaso. Era una costumbre tan sorprendente como instintiva que equivalía a la adopción del extranjero, que podía dormir sin temor en Escuaín. Un hombre rico, don Jacinto, nos llevó a su morada. Evitaré dar detalles sobre ese perfume penetrante y esos insectos, aún más penetrantes, que invadían la casa.

"Pero podía afrontarse todo aquello a cambio de ver la *Garganta (gorge)*, que resultaba sorprendente. Rodeaba el pueblo por el norte y lo separaba de las montañas de Ets Parets y de los *picos de Añisclo*. Se trataba de una hendidura de la que no me atrevería a tasar su hondura, puesto que no se podía comparar con ninguna otra garganta del Pirineo. Desde las *cumbres de Añisclo* (de unos 2.850 metros) hasta debajo de Escuaín (entre los 1.000 y los 1.100 metros), descendía como una fractura de aristas vivas y paredes rojas. Por el fondo rugía el torrente de Escuaín que, más abajo, se transformaría en el de Tella. El Cotiella, que aparecía por el este en toda la gloria del atardecer, remataba con orgullo semejante perspectiva.

“Recomiendo la amabilidad, cocina y precios de don Jacinto. Dado que eran las tarifas de inauguración, esta fue la cuenta: tres cenas —sopa, dos platos y postre—, tres camas, seis tazas de chocolate, un litro de leche, seis litros de vino para llevar, un litro de *rancio* (como regalo), dos kilos de queso, dos kilos de carne, cuatro kilos de pan, doce huevos duros. En total: trece francos con cincuenta céntimos.

“A la mañana siguiente hacía un tiempo radiante. Se trillaba el trigo en todas las eras, haciendo trotar por ellas a unas mulas. Salimos a las 6:00 h, remontando la orilla izquierda de la *Garganta* durante tres kilómetros. Aunque era gigantesca, las paredes que se alzaban por el norte lo eran más todavía.

“Este macizo al que nadie se había acercado aún se mostraba soberbiamente salvaje. Lo que hacía que la altitud de sus picos resultase más sorprendente todavía, era la brusca disminución de las alturas. Al sur de Escuaín las montañas se doblegaban, ondulándose en amplios praderíos rodeados de bosques entre los 1.500 y los 2.000 metros.

“A tres horas de Escuaín por la orilla de la *Garganta*, o dos horas en línea recta, franqueamos una de las depresiones que se abrían al inicio del valle (bastante desolado) de Puértolas. Después, atravesando en diagonal dicho valle en su punto de arranque, nos hallamos enseguida en la otra vertiente (oeste), por una brecha que nos colocó al mismo nivel que los inmensos pastizales de Añisclo. Por el norte se escalonaba el Monte Perdido, por encima del corte extraño de ese barranco de *Fuen Blanca* que visité en 1875 con mi amigo Lequeutre. A nuestros pies, el abismo del valle de Añisclo. A la izquierda, las interminables pedrizas de los Sestrales, cortadas en millares de profundas fisuras, aunque dominando un panorama admirable, inesperado, sobre esos Pirineos de Fanlo al oeste, de Vio al sur, y sobre el cerco de las grandes montañas, desde el Cotiella hasta la peña Collarada, girando hacia el norte. Desde aquí volvía a las regiones conocidas, pues aunque no habían sido recorridas todavía, al menos pude examinarlas y alzar a placer sus principales puntos desde lo alto de la cadena [...].

“Tras haber dormido bajo un roquedal que servía de cabaña a un pastor de Añisclo, justo al borde de los precipicios del río Bellós, a la mañana siguiente bajamos al fondo del abismo para subir al otro lado hasta los pastos de la Custodia y seguir la orilla izquierda del singular barranco de la *Pardina* hasta sus inicios, al sur de la *Collada Baja*, o collado inferior de Góriz. Había unos hermosos cobijos de roca ocupados por soldados en la parte superior del barranco de la *Pardina*, en la orilla izquierda. Parecían mucho mejores que las cabañas de Góriz o que las de Añisclo. No se veían sino después de haber sobrepasado la entrada, que era un boquete..., “tortuoso, estrecho, rudo, y tan erizado de zarzas y ortigas que solo un hombre podía defender la salida”.

“Toda esta comarca era muy peculiar y el contraste que producía el manto infinito, apenas ondulado, de los pastizales, las montañas heladas que la dominaban por el norte con las grietas de varios centenares de metros que la cruzaban en todos los sentidos, resultaba sorprendente.

“Tras haber contorneado el barranco de la *Pardina* y tomar un momento de reposo en los abrigos de los que acabo de hablar (*alvéolos* en las murallas del

Barranco), volvimos a marchar hacia el oeste, bordeando esas bases inclinadas suavemente del Pueyo del Cadiello (2.370 metros), para llegar enseguida al pasto absolutamente horizontal del plan de Ripalés, tan amplio como el Champ-de-Mars. Por el extremo opuesto, una brecha entre dos colinas nos permitió virar hacia el sur. Se produjo un cambio de panorama: estábamos ante un estrecho valle sin hierba ni roquedales, pleno de guijarros grisáceos, y embellecido con cardos raros que descendían con suavidad hacia Fanlo. Lo seguimos durante veinte minutos y, luego, viramos a la derecha. Fanlo surgió por debajo, si bien las pendientes que nos separaban aparecían erizadas de esas agujas de gres que volvían la muralla del Arazas y el pico de los Sestrales tan fatigosos: quien se hubiera internado en ese laberinto no hubiese salido antes de la noche [...].

“Una vez que llegamos a la base del declive y al pie del montículo de Fanlo, que se elevaba hacia el sur, nos encontramos sobre una especie de dique que arrojaba hacia el oeste las aguas del río Xalle y hacia el este las del gran barranco que acabábamos de bordear por sus murallas. Este último torrente, el río Aso, se dirigía hacia Nerín, y se encontraba un poco más allá con el río Bellós, en la salida del valle de Añisclo.

“Fanlo se hallaba a caballo entre los dos valles del Xalle y del Aso. El pueblo era negro, salvo la torre de la iglesia, que había sido blanqueada con cal. Allí se alojaba uno en la *Casa del Señor*: no sabría qué más sería preciso añadir para mejorar dicho alojamiento, debido a la escrupulosa pulcritud de la casa y la extrema amabilidad de sus dueños”.

Tal fue el itinerario lacustre que siguió esta expedición cartográfica para conectar el Cinca con el Yaga, el Bellós, el Jalle, el Aso, el Ara... Aquí nos despediremos del activo Franz Schrader y de sus auxiliares, unos montañeses establecidos o nativos de Bielsa llamados Gabardous y Antonio Suárez. Un trío que, desde Fanlo, marchó seguidamente hacia Sarvisé, Broto y, por un puerto de Bujaruelo batido por la tempestad, hasta Gavarnie.

A modo ya de cierre, podríamos plantearnos la siguiente pregunta: ¿acaso los habitantes de Bielsa y Escuaín desconocían en 1877 cómo se llamaban las montañas de su propia tierra?

2.16. El mítico nacedero del río Cinca

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 18 de diciembre de 2018

Uno de los ríos importantes de Aragón, con el permiso del *Padre Ebro*, es el Cinca. Su nacedero principal se ubica en un marco grandioso, de difícil equiparación. Aunque no se trate de las remotas Fuentes del Nilo, el lugar donde el curso vertebrador del Sobrarbe reúne sus primeras aguadas, justo a los pies de las Tres Sorores, compone cuadros realmente magníficos. Aliñados con sus propios retazos de historia pirineísta, para así animar a una visita al Balcón de Pineta, me atrevería a añadir que obligada para cualquier montañero...

Mucho antes de que los *bípedos urbanitas* se decidieran a curiosear por la alta cordillera, nuestro arranque de curso ya había despertado la curiosidad de un

cosmógrafo portugués. Un 21 de diciembre de 1610, Joao Batista Labanha informaba *a pie de tapia* de cierto nacedero que se encontraba "cerca de una ermita que se llama Pineta, al lado del puerto una legua más arriba". Nada más añadió el lisboeta sobre un posible reconocimiento de su adjunto para las regiones elevadas, Paulo de Rajas. Al menos, a resultas de su paso por Aínsa se explayaría algo más, contando que de ese Cinca "dicen que viene muy furioso y rápido cuando hay crecidas". Un buen ingreso en la crónica del Pirineo.

En 1794, el supuesto *Espía del Rey*, Francisco Zamora, vino a sumarse a la lista de los pretendientes a la cima de donde, según se estimaba, procedía gran parte de sus caudales iniciales. Con tal excusa, quiso explicar la ubicación de este génesis hidrológico:

"Es famosa la laguna de Marmorés, situada en lo alto del Pirineo donde nace el Cinca, y en cuyas cercanías hay nieve de colores como en las Maladetas [...]. A la izquierda de la ribera de Pineta está la famosa montaña que llaman Tres Sorores, por ser tres picos iguales que se elevan sobre la misma cordillera: se ven desde veinte leguas por su glaciar".

Al menos, este comisario regio en visita de inspección guerrera, reconoció que el entonces "Cinca de Pineta", constituyente del "Cinca" a secas tras unirse con el "Cinca de Barrosa", disponía de nacedero perfectamente situado..., ie incluso reputado!

No obstante, la primera presencia confirmada de un erudito en las fuentes mismas del Cinca tuvo que esperar hasta 1817. Cuando el médico ruso Friedrich von Parrot se plantó ante la mencionada laguna del Balcón de Pineta para estudiar un poco sus atributos:

"Esta cubeta es una de las fuentes de ese Cinca que, tras haber dejado atrás Barbastro, se une al Ebro y vierte por éste al Mediterráneo [...]. Hacia el oeste, el lago no tiene salida, lo que se aprecia claramente, pues el macizo de *Astschjou* [Astazu] se halla en esta dirección. Por eso, la afirmación según la cual la cascada del Monte Perdido [la de Gavarnie] debería su origen a este lago sería una fábula [...]. No sería improbable que el lago tuviera en su costado occidental alguna filtración subterránea, dado que se halla unos ciento cincuenta metros más arriba que el punto por el que se ve brotar la cascada desde la grada superior del circo. Tal hipótesis, muy plausible, prestaría aquí de un modo muy particular la comunicación entre el Mediterráneo con el Océano a través del Ebro y el Cinca, con el lago del Monte Perdido a una cota de 2.560 metros, y seguido subterráneo, desde el lago hacia la cascada del monte Perdido que, tras dar origen al gave de Pau, discurre hacia el Adour. La cubeta entera al fondo de la cual se extiende el lago presenta unas pendientes primero poco inclinadas y luego más empinadas. Una nieve eterna lo recubre, y el mismo lago aparece, en gran medida, helado. Cuando rompí su costra de hielo, me pareció que había otra capa debajo, y su temperatura era exactamente de 0° C".

Puede decirse que de la mano de Parrot el Cinca acababa de nacer para el excursionismo, inicialmente científico. De hecho, hacia 1823 otro sabio, el suizo Jean de Charpentier, se acercaba hasta el siempre espectacular circo de

Pineta, del cual destacó que "la catarata es muy bella y sorprende tanto por la altura de su caída como por su volumen".

El siguiente capítulo en el expediente de nuestro curso de agua iba a proceder, por fin, de un hijo del Sobrarbe. Así, José de Víu se centraba en él hacia 1832, promocionando a un Cinca "cantado por Marcial, Lucano y otros poetas e historiadores antiguos, con razón, pues ningún otro río puede envanecerse no solamente de su encumbrado origen, sino de aguas más puras y transparentes, a las cuales ni las del famoso Ladón de la Arcadia". Este natural de Torla andaba bien informado en cuanto al debut de sus caudales: "Proceden del lago del Monte Perdido y precipitándose de peñasco en peñasco bajan presurosas a vivificar una bonita llanura arbolada". A tenor del mapa que Víu adjuntara, parece que, aunque montañés, no se decidió a conocer dicho paraje. Ni tampoco a explicar la procedencia de su informe.

Al menos, los cronistas nacionales del siglo XIX incluirían alguna línea dedicada al Cinca en sus trabajos. Por ejemplo, el menorquín José María Quadrado, quien desde sus *Recuerdos y bellezas de España: Aragón* (1844), consideraba que el Cinca era río "de frescor y vida" a la altura ya de Fraga. También se refirió al "manso y traidor" curso, según bajara en estiaje o en avenida. Parece que Quadrado no investigó su nacedero, conformándose con loarlo en las cercanías de Monzón como al émulo de "un mar de verdor en el que flotan como esquifes los caseríos". Igualmente habló de las disputas fronterizas con Cataluña por fijar sus límites con Aragón en el Segre o en el Cinca.

Sigamos buscando la cota 2.500 metros del Balcón de Pineta. Hacia 1850, el navarro Pacual Madoz fijaba el origen de nuestro curso:

"Al norte del valle de Bielsa en un lago permanente al oeste de la montaña de las Tres Sorores, junto al puerto de Forqueta, desde donde se precipita y lleva su curso por un espacioso llano, donde tributo de multitud de manantiales. Continuamente aumenta caudal en escarpados barrancos y arroyos de montañas. Hacen difícilísimo cálculo de las aguas que lleva".

Bien se ve que, por una vez, los españoles se interesaron por la naturaleza de uno de sus grandes ríos pirenaicos. Sin embargo, la presente relación tendrá que seguir recurriendo, a falta de otra cosa, al testimonio de los viajeros foráneos. Aunque resulte chocante, uno de los exploradores de esta cadena que mayor afecto destinó a los caminos del agua fue Henry Russell. Entre las páginas de sus *Souvenirs d'un montagnard* (1908) aparecen frecuentes descripciones de los accidentes acuáticos que iría conociendo. No extraña que, ante la ausencia de hidrónimos, fuera otorgándoles nombre en no pocas ocasiones. El nacedero mismo del Cinca estrenaría su denominación, merced a su pluma, tras el reconocimiento *russelliano* de 1864:

"El agrietadísimo glaciar del Monte Perdido, que forma de oeste a este un río de hielo de una longitud de tres kilómetros, es una de las vistas más nivasas de los Pirineos. A la izquierda, semejante al Mar Muerto, brillaba el *Lago Helado*, donde algunos icebergs, volcados por el viento, flotaban boca abajo, dejando ver bajo sus aguas sus remates cerúleos".

¿Ya he dicho que a Russell le gustaban los ríos pirenaicos? Pues vamos a comprobarlo, a la par que añadimos nuevos jalones a la historia del

excursionismo en torno al Alto Cinca. Durante sus recorridos del estío de 1865, de este modo lo avistaba desde el puerto de Bielsa:

“Mientras que por abajo se ve languidecer, girar, brillar y detenerse al cálido y perezoso río Cinca, del que pronto vamos a descender por sus orillas de pendientes casi nulas donde, en veinte kilómetros, no se baja más que un centenar de metros. Este valle de Bielsa se parece muy poco a los otros valles pirenaicos, que ya no se sabe si se está en Europa. Pero tampoco es Suiza: resulta del todo rectilíneo y casi horizontal. Por la derecha, una cadena inmensa que desciende gradualmente al sureste de la cima del Monte Perdido, lanza en vertical, sobre las playas desnudas del Cinca (en su orilla meridional), una línea de precipicios calcáreos tan rectos como las torres de Notre Dame. Detrás, bajando, se deja el Monte Perdido y el circo de Bielsa, desde donde caen varios saltos una cascada gigantesca, que sale del gran glaciar del Astazu y del Monte Perdido, o incluso del *Lago Helado del Monte Perdido* [no confundir con el *Pequeño Lago Helado*, sito a 2.988 metros], de fácil acceso por aquí. Hay que ir, ir siempre, durante dos horas y media, por la orilla izquierda del Cinca, sin bajar lo más mínimo. Pero, poco a poco, el torrente pierde su tinte azul sucio, sedimentando el polvo y el barro de las morrenas de su fuente: se extiende sobre los lechos de antiguos lagos, que deben probablemente reformarse cada primavera; torrentes claros mezclan aquí pronto el cristal de sus aguas, y en Bielsa, donde entra de repente con cascadas pintorescas y sonoras, no se adivinaría que es agua del deshielo”.

En efecto: durante un tiempo, al nacedero de nuestro río se designó como *Lago Helado del Monte Perdido*, para evolucionar más adelante hacia otros hidrónimos como *ibón Helado del Marboré*, o *de Tucarroya*, e incluso *de Pineta*. Que de todas esas formas ha aparecido sobre los pliegos de nuestro *Instituto Geográfico Nacional*.

Ni que decir tiene, el futuro *Señor del Vignemale* repetiría. En 1872 regresaba a tierras belsetanas con el fin de admirar la vega de nuestro río desde las alturas de Ets Parets de Pineta, admirándose de que “bajo nuestros pies, caía con el desconcertante estruendo de una catarata, la cascada de Bielsa, llamada también de Pineta”. En cuanto a la porción ya más sosegada del gran curso del Sobrarbe:

“Al norte de este espléndido observatorio, y bajo los pies del espectador, se abría como en un abismo el enorme circo de Bielsa, donde se veía espumear bajo las hayas y los bojés, iunos 1.300 metros más abajo!, las aguas nacientes y vagabundas del Cinca, que iban enseguida hacia el este para serpentear, relucientes, y dormir durante veinte kilómetros al sol”.

Nos despediremos de las impresiones que Henry Russell recolectara en torno al colosal nacimiento del Cinca con su dictamen del mismo en 1891: “El lado norte del Monte Perdido es formidable. ¡Una catarata de hielos y de séracs de 900 metros!”.

De la mano de unos promotores como Henry Russell, quien pronto se vería secundado por Franz Schrader o Lucien Briet, el éxito del origen del *Cinca de Pineta* estaba asegurado. Es hora, pues, de volver nuestra mirada hacia los

estudiosos nacionales. Como, pongamos, Lucas Mallada. El geólogo oscense se fijaba en nuestro alto curso hacia 1878:

“La ribera de Pineta tiene su comienzo en varias cascadas reunidas al pie de las Tres Sorores, una que baja de Marboré, otra de Alarri y otra muy copiosa que se desploma de grande altura desde los heleros septentrionales de aquel grupo. Estos se prolongan en una longitud de cinco a seis kilómetros, desde la vertiente norte de la collada de Añisclo hasta la del Corral Ciego o Casco de Roldán, por donde entran en territorio de Francia sobre el famoso circo de Gavarnia [...]. Otro [helero] de muy difícil acceso y rodeado de altas escarpas hay al pie del Cilindro, y más al este se halla el helero mayor del grupo, cercado un ibón muy grande [del que no da su nombre autóctono..., ¿porque no lo tenía?], que da origen al Cinca. Las Tres Sorores y Sesa, dibujadas por este lado con perfiles idénticos a los del opuesto, tienen escarpas y cortes más pronunciados todavía, destacándose con soberbia majestad por delante de ellas antepechos y cornisas como si estuvieran destinadas a que se asomaran a un fondo dos mil metros más bajo. Este comienzo del Cinca en el circo de Pineta es tan grandioso y fantástico que, con la reunión de otras cascadas y torrentes que le adornan, reproducen en territorio español una cosa arecida al admirable circo de Gavarnia [...]. Con mansa corriente sigue este su curso desde la Pineta”.

Como Mallada era muy discreto en cuanto a la naturaleza de sus excursiones reales, habrá que buscar en otro lugar la identidad del posible primer hispano que visitó las orillas del ibón Helado de Tucarroya. Dicha ascensión la firmaba un catalán llamado Ramón Arabia i Solanas, quien pernoctó en sus cercanías tras subir desde Gavarnie por el corredor de Tucarroya, de camino al Monte Perdido. Fue el día 23 de agosto de 1880, en el curso del multitudinario ascenso del *Club Alpin Français* liderado por Franz Schrader: veinticuatro turistas y treinta y siete guías o porteadores que pernoctaron en sus riberas a 2.580 metros dentro de varias tiendas gigantescas.

La crónica del nacedero del Cinca a lo largo del siglo XX se iba a mostrar rica en toda suerte de experiencias montañeras. Apuntaré únicamente dos más, protagonizadas por deportistas hispanos. Como la que relatara el *peñalero* José Díaz Duque en 1926:

“Mientras avanzamos por el valle, tenemos enfrente el magnífico circo coronado por el Soum de Ramond, el Monte Perdido, el Marboré, el Astazou y el pico de Pineta. Por el fondo del circo se precipita el Cinca en una doble cascada que, en tres escalones, salva unos mil metros de desnivel. La exuberante vegetación del fondo del valle pone un primer término acogedor, en contraste con las arideces de las alturas. En la tarde, subimos por un camino de reciente construcción a la terraza del Estanque Helado [o ibón Helado del Marboré], al pie del Monte Perdido. Coincidió nuestra llegada con la puesta del sol detrás del Marboré. La brillante caperuza nevada del Monte Perdido reflejó el último rayo y pronto su helado ropaje pareció querer envolvernos, y huimos ateridos de frío y llenos de asombro ante el imponente espectáculo”.

Dejo para el final el informe de otro montañero madrileño, Arnaldo de España. Lo redactaba en 1935 para la primera guía oficial del parque nacional de Ordesa. A pesar de que quedaban fuera del ámbito primitivo del espacio protegido, el *Apartado XVI* se dedicaba "A las Cascadas de Pineta". Veamos sus acuosos contenidos:

"Las Cascadas de Pineta merecen, y mucho, una visita, pues, aunque el nombre genérico de cascada parezca igualarlas a las demás, especialmente a las señaladas en la Excursión XI con relación al río Arazas, son cosa tan diferente que no tiene semejanza alguna, no pudiendo hallarse tampoco en ellas monotonía ni cansancio por identidad de paraje, puesto que el suyo es distinto por completo.

"Las de Ordesa se encuentran a lo largo del río con toda tranquilidad, y puede decirse también hasta con coquetería, como si tuvieran la obligación de hacer unas piruetas con el agua para alegrar el paisaje del llano y entretener a los viajeros. Las de Pineta son el propio río Cinca, que se descuelga con furia por lo más alto de su circo como si enérgico, impetuoso y valiente quisiera escapar de la prisión que parecen mentirle los montículos de la gran altura donde se funden los glaciares y neveros que le dan vida. Su caída es desesperada, sin reglas ni concierto, francamente tumultuosa, aprovechando cualquier resquicio de aquella región ruidosa, denominada Paredes de Pineta, que valen las horas que se les dediquen, por muchas que sean.

"Entre todas las cascadas que comprende ese conjunto destacan la llamada de Tromosa por su magnitud y belleza, y aún más la de Cantal, que tiene en su base 1.850 metros de altitud y 2.068 en el arranque, midiendo por lo tanto su columna de agua más de 200 metros efectivos.

"Todas ellas, y por la furia de su caída, brincan, formando blondas de espuma y cortinas de pulverización que alcanzan buenas distancias, determinando caprichos escénicos al dirigir los hilos de su cauce por resquicios pintorescos, y así una plomada nutrida de un solo cuerpo se divide a poco en infinitas ramificaciones, que le dan un aspecto de lo más artístico y atrayente. Otras hacen un socavón imponente que no hay forma de poderlo dominar para mirarlo, levantando nubes de salpicado como si cociese el agua en su fondo. Si algún curioso, al asomarse, fuera arrastrado por la fuerza del torrente, sería triturado sin remedio en el hondón del mortero que determina.

"Al final de la pared en que se encuentran esas interesantes cascadas entra el agua en cauce único y normal para recorrer suavemente el valle de Pineta, después de recibir el otro brazo que le engrosa y que baja de los lagos de La Munia".

Aquí nos despediremos del mítico nacedero del río Cinca. Bien se ha visto que no solo de montañas vive el pirineísmo...

2.17. Del Centro de la Tierra..., a Ordesa

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 28 de diciembre de 2018

Nuestro flamante catedrático de Parque Nacionales acaba de ser *padre* (literario), para deleite de sus numerosos incondicionales. Así, este otoño que

dejamos atrás, nuestro consocio Eduardo Martínez de Pisón nos ha obsequiado con la tercera pieza de una trilogía sobre la que se va a escribir mucho (y bien). En esta ocasión, después de las obras previas dedicadas a Jules Verne y a las Artes en las Montañas, la editorial Fórcola ha puesto en circulación sus *Viajes al centro de la Tierra. Noticias literarias, de Homero a Jules Verne* (2018). Vamos a asomarnos, aunque sea de un modo breve, a este peregrinaje tan singular...

Como en los trabajos precedentes, nos hallamos ante un libro para el noble gremio de los "viajeros desde el sillón de casa", como se decía en el siglo XIX. De la mano del profesor Martínez de Pisón formaremos parte de sus "diversos trasiegos antiguos y modernos por los huecos del interior de la Tierra". Lo aclararé un poco más, recurriendo de nuevo al propio autor: los lectores ávidos de emociones van a poder disfrutar, e incluso estremecerse (literariamente hablando) con estos recorridos selectos por "algunas geografías del Infierno y ciertas incursiones notables por simas, cuevas y cráteres". Donde tendrán lugar los más sabrosos encuentros con personajes como, lógicamente, el ya citado escritor de *sci-fi*, Jules Verne... Del que pronto nos revela un dato tan escasamente conocido en tierras hispanas como que sus *Veinte mil leguas de viaje submarino* se originaran a resultas de una charla con la escritora Aurore Dupin, alias *George Sand*. Una dama que supone una primera presencia pirineísta en este tratado, a la que siguen guiños y más guiños hacia esta cordillera: desde la denuncia de la burrada recientemente cometida con los restos neolíticos de la cueva de Chaves en Guara..., hasta las resonancias poéticas de los pirenaicos "Ecos de las montañas" de José Zorrilla.

Por lo demás, el resto del elenco, ya real, ya imaginario, de estos *Viajes al centro de la Tierra*, se puede completar con Don Quijote, Tom Sawyer, Umberto Eco, Haroun Tazieff, Homero, Virgilio, Dante, Boccaccio, el barón de Munchausen, Prometeo, Samivel, Fausto, Quevedo, el Judío Errante... Todos ellos, instigadores o protagonistas de diferentes incursiones por el Infierno y otros territorios subterráneos, dantescos o no. Puede decirse que se trata de un trabajo de gran erudición con enorme vocación divulgativa, al estilo del *Cosmos* de Karl Sagan: en esta ocasión, hablaríamos del *Sub-Terra* de Martínez de Pisón...

Es un libro (afortunadamente) denso que resulta muy difícil de reseñar en pocas líneas. Así y todo no me resisto a recortarle un párrafo donde el autor realiza una interesante declaración de principios:

"Quienes me conocen personalmente saben que soy, desde casi siempre, pirineísta, lo que también viene a cuento, como ahora diré. El pirineísmo es una variante regional del alpinismo, aplicada al Pirineo, pero con notable entidad propia por sus propios caracteres no solo geográficos o deportivos sino culturales. Hay pirineístas exclusivos, con dedicación plena a la cordillera para recorrerla, describirla, pintarla, estudiarla; los hay más abiertos y también otros ocasionales, como Victor Hugo por ejemplo, pero que dejaron admirables obras sobre la montaña. Pues bien, *George Sand* pertenece a este grupo, con el ingrediente de haber repetido su visita inicial, y sobre todo, de haber

guardado las impresiones recibidas en esta montaña con intensidad prácticamente toda su vida”.

Quienes se *hagan* con esta obra recomendable disfrutarán igualmente con un apartado referido a ese cartógrafo célebre, primo de nuestro querido Franz Schrader, llamado Élisée Reclus... Así, ahora en el plano de lo personal, he de agradecerle públicamente a Eduardo, notorio socio de *Montañeros de Aragón*, que conectara una bella cita de este último sobre los nacedores de ríos con la siguiente anotación que dejó incompleta: “Hay un bello libro de excursiones a las maravillas, a veces humildes y en ocasiones espectaculares, de los manantiales de Aragón, el reino que se dio a sí mismo nombre de río [...]”.

Bien se ve que el Pirineo tiene una presencia especial en este libro dedicado al Inframundo. Así, Martínez de Pisón se da cita con otros pirineístas como José Cornide o José de Víu, además de promocionar algún *Premio Desnivel de Literatura de Montaña, Viajes y Aventuras* de esta Casa y a su creadora, una consocia nuestra:

“Nuestra autora [*George Sand*] recorrió los Alpes mirando ávidamente los paisajes, e incluso entregada a la geografía en 1836, para disgusto de alguno de sus más introvertidos o etéreos acompañantes, tal y como ella misma escribió en *Lettres d'un voyageur*, y, según cuenta Marta Iturralde (*Mujeres y montañas*, Desnivel, 2002), hasta se hizo miembro del *Club Alpino Francés* ya avanzada su vida”.

Igualmente es preciso destinar unas líneas a esos dibujos con los que ameniza su texto: son una delicia, pura maravilla. Dichas ilustraciones constituyen toda una declaración de amor a las cavernas, desde la misma portada de Athanasius Kircher en 1665 con su diseño del Centro de la Tierra como volcán humeante y con canales a la superficie...

No dudo que muchos lectores agradecerán que, casi al final del todo, Martínez de Pisón haga suya cierta cita de Feijoo: “En materia de erudición soy liberal de lo poco que tengo; y siendo pobre, me porto como rico. Algún día, lector, daremos otro paseo igualmente liberal por las llanuras, los ríos o los bosques. Es cuestión de tiempo, pues, como sabes, mi propósito es que ambos sigamos caminando por paisajes y palabras”. Esperémoslo así.

¿Y cómo se podría conectar este Centro de la Tierra, tan culto como ameno, con nuestra querida Ordesa? Nada más sencillo: aprovechando su nombramiento de este mismo año como titular de la Cátedra de Parques Nacionales, Eduardo nos regaló un acertado artículo en el número de octubre de la *Revista de Occidente*. Lleva por título “Cien años de Parques Nacionales” y, entre las páginas 17 y 20, dedicaba un capítulo a *Ordesa y Monte Perdido*. A modo de celebración por las cien añadas que acaba de cumplir este espacio protegido, he extractado los párrafos más *históricos* con el permiso de su autor:

“El valle o cañón de Ordesa, recorrido por el río Arazas, afluente del Ara, está internado, escondido incluso largo tiempo, entre imponentes paredes rocosas, en el corazón calcáreo de las llamadas Sierras Interiores Pirenaicas. En el paso del siglo XVIII al XIX fue descubierto para la cultura pirineísta por el ilustrado

Ramond; lo atisbó primero desde las cumbres, luego lo recorrió, se emocionó en sus bosques y finalmente lo describió con prosa romántica.

"Ramond dedicó su vida científica y montañera al Monte Perdido y, como creador de la corriente del sentimiento de la montaña en Francia, otorgó a estas montañas una fama y una aureola literaria y naturalista que otros exploradores y autores no habrían sido capaces de legar. Ordesa y Monte Perdido estaban destinados desde ese momento a la admiración por su paisaje, al respeto por su naturaleza y a su consideración especial como patrimonio. Aquí empezó, en verdad, su destino como futuro Parque Nacional.

"Otros reconocidos pirineístas siguieron ese magisterio en los mismos lugares, procedentes del inmediato circo de Gavarnie, como Schrader, quien cartografió más tarde, en el XIX y hasta el XX, el macizo, lo describió, estudió, dibujó y pintó, relató sus excursiones y midió sus glaciares. En los comienzos del XX, otro pirineísta francés, Briet, siguió esta tradición y recorrió cañones, montes y pueblos de la comarca aragonesa, plasmando sus impresiones en escritos de buena pluma. Alertados Schrader y Briet por cortas en el bosque añoso de Ordesa, al que consideraban intocable, lo denunciaron en sus informes e incluso el segundo hizo la proposición concreta y definitiva de convertir el valle, por parte de las autoridades españolas, en Parque Nacional. Los escritos, con fotos, de Briet sobre tozal, escarpes, fajas, hielos, cascadas, hayedos o pueblos fueron traducidos y divulgados tempranamente en nuestra lengua, por estar más interesados por las gentes y por ser de más fácil difusión, y así tuvieron un eco más directo en nuestra vertiente de la cordillera.

"La cercana frontera ejerció de este modo un doble papel: el retiro de nuestra montaña, del que procedía su estado de apariencia casi virginal, y la aproximación a ella del pirineísmo francés, que lo valoró. Por parte española hubo entonces, en 1878, la aportación señalada de Mallada, que contribuyó con rigor a la propagación de su interés geológico, desde las Tres Sorores a Fanlo. Cerca estaba, además, el puerto de Bujaruelo, por donde se realizaba el contacto principal entre ambos lados de la cadena montañosa, aunque los excursionistas y cazadores buscaban también otros pasos, como la Brecha de Rolando, la de Tucarroya o el puerto de Bielsa. La existencia del bucardo o cabra montés pirenaica en estas altitudes contribuyó a difundir su fama entre los ambientes cinegéticos que, como en los Picos de Europa, eran aún muy influyentes.

"Poco después se puso en marcha en Madrid la propuesta de Pidal, el hombre de las montañas, de los Parques Nacionales, con el apoyo cercano del monarca, y aquel llamamiento de origen internacional sobre Ordesa tuvo su oportunidad. A la manifiesta calidad paisajística, escénica y natural del valle se unieron otros puntales personales importantes. Por un lado, el de Alberto I de Mónaco, mecenas de importantes investigaciones en España, quien desde 1915 proponía la formación de un parque o espacio protegido conjunto hispano-francés en el Pirineo, en amistosa colaboración con Alfonso XIII y con Pidal y, por otra parte, el del respaldo explícito del marqués de la Vega Inclán, comisario regio de turismo, así como de las autoridades locales a la

candidatura de Ordesa. Siguió a Briet, en 1916, el escritor aragonés Ricardo del Arco con la propuesta firme de Ordesa como primer Parque Nacional español.

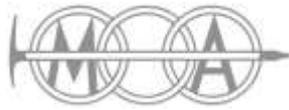
"Se le concedió, sin embargo, muy poco espacio en 1918, condición que, con nuevos números, seguimos padeciendo: sólo 1.575 hectáreas frente a las 16.925 iniciales de su parque gemelo en los Picos de Europa. En 1931 se ampliarían hasta 2.175 hectáreas y en 1982 a 15.608 hectáreas, última cantidad aún inferior a la original de los Picos y por debajo de la indicada en la Ley de Parques Nacionales de 2014, que cifra en sus requerimientos territoriales (título II, artículos 6) el mínimo de la superficie para la creación de un nuevo Parque Nacional por encima de las 20.000 hectáreas cuando éste se sitúa, como es el caso de Ordesa –que persiste porque no es un parque nuevo, claro está–, en un área continental.

"Teniendo en cuenta, primero, que, según las publicaciones oficiales, hoy los Picos de Europa alcanzan las 67.127 hectáreas; segundo, que el colindante Parque Nacional francés del Pirineo se creó en 1967 con 45.200 hectáreas; y, tercero, que nuestros estudios sobre una razonable ampliación de Ordesa y Monte Perdido con sopesados criterios geográficos nos recomiendan extender ese Parque Nacional por su sector aragonés occidental a las 63.343 hectáreas, esta objetiva exposición de números se convierte en una cuestión esencial por su significado naturalista y por su planteamiento administrativo.

"Seguramente, nadie objetará tales datos, aunque se opongan a la ampliación consideraciones locales desde perspectivas económicas, gestoras y, acaso, políticas. De la ley del 14 deriva, no obstante, una tentación: cumplir con el requisito de llegar a las 20.000 hectáreas mínimas y no pasar de ahí. Pero, a la luz de su geografía y su naturaleza, no sólo de la ley, tal tímido movimiento de cifras no bastaría para satisfacer las necesidades reales de extensión de protección en el rango de Parque Nacional de este sector pirenaico.

"Es más: una extensión tan exigua, que no traería consigo sino mínimos beneficios conservacionistas, bloquearía en términos de actos políticos la ampliación a nuestro entender verdaderamente necesaria, similar en cambios de números a la que experimentó Covadonga en 1995. La amplitud y la posición de la actual Reserva de la Biosfera Ordesa-Viñamala muestran con cierta aproximación la pauta espacial básica a seguir en una ampliación geográficamente aceptable.

"En fin, tras varias amenazas de perturbación del paisaje en las inmediaciones de Ordesa, entre ellas la de una presa que inundaría parte de Añisclo, se hizo en 1982 la ampliación a los límites actuales del Parque Nacional, que añadió no sólo las gargantas próximas en el mismo macizo calcáreo, sino el arco de sus cumbres del Gabieto a las Tres Sorores, con lo que a la concavidad del valle se sumó y se estableció como centro orográfico la convexidad de la montaña, pasando a formar parte de los grandes paisajes del Parque los formidables glaciares de Monte Perdido. Albergue de una flora admirable, este Parque ha conocido progresos en su recubrimiento vegetal y en la vida silvestre, aunque ha padecido, en el polo opuesto, la extinción del bucardo en su recinto. Ha experimentado el asalto del turismo, que se ha convertido en el factor evidente



de la prosperidad económica (hay otras prosperidades) de la comarca y que ha ocasionado también perturbaciones en una demanda que ha sido y es preciso regular. Alrededor del espacio protegido hay no sólo valles y cimas, sino una constelación de pueblos de visibles calidades en sus edificaciones tradicionales, que han experimentado las vicisitudes de nuestro mundo rural y que hoy giran alrededor de una empresa llamada Parque Nacional, a la vez naturaleza, paisaje, símbolo patrimonial y foco turístico.

“Desde 1997, como un preludio de fusiones mayores en un cada día más posible Parque Internacional europeo de los Pirineos, meta a conseguir una vez efectuada la ampliación que proponemos en la parte española, existe una feliz unión transfronteriza en el Patrimonio Mundial de Monte Perdido, que junta en el catálogo de la *UNESCO* a Ordesa y Gavarnie. Ordesa es hoy, en definitiva, un noble modelo de tratamiento a la montaña que, como canon, compite con los de turismo agresivo, tan celebrados en los telediarios”.

De la mano siempre docta de nuestro consocio, Eduardo Martínez de Pisón, resulta tan fácil como grato viajar desde el Centro de la Tierra hasta Ordesa...